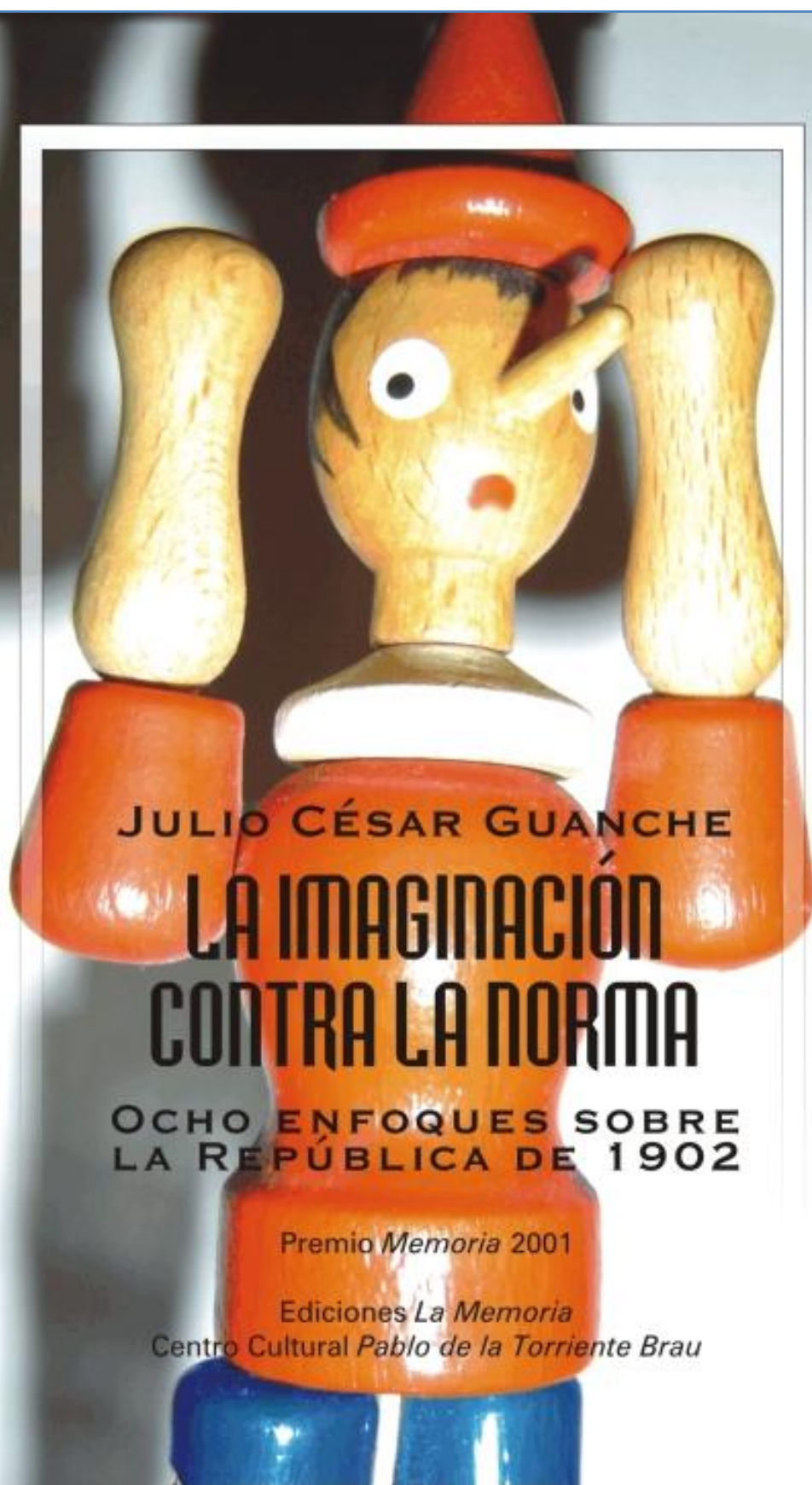


JULIO CÉSAR GUANCHE / LA IMAGINACIÓN CONTRA LA NORMA



JULIO CÉSAR GUANCHE

LA IMAGINACIÓN CONTRA LA NORMA

OCHO ENFOQUES SOBRE
LA REPÚBLICA DE 1902

Premio *Memoria* 2001

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*

JULIO CÉSAR GUANCHE

LA IMAGINACIÓN
CONTRA LA NORMA

OCHO ENFOQUES SOBRE
LA REPÚBLICA DE 1902

PRÓLOGO DE AURELIO ALONSO

Premio *Memoria* 2001

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Ediciones *La Memoria*
Director: Víctor Casaus
Coordinadora: María Santucho
Editor Jefe: Emilio Hernández Valdés
Jefe de diseño: Héctor Villaverde

Edición: Denia García Ronda
Diseño de cubierta: Héctor Villaverde
Emplante: Vani Pedraza García

© Julio César Guanche, 2004
© Sobre la presente edición:
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2004

ISBN: 959-7135-27-2

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No.63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
E-mail: centropablo@cubarte.cult.cu
www.centropablo.cult.cu
www.centropablo.org

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Contenido

Prólogo. *Aurelio Alonso*

Advertencia

La Constituyente de 1940 es una lección de madurez nacional.

El período 1935-1940 en la historia de Cuba

Entrevista con Berta Álvarez Martens

La continuidad de la cultura cubana.

Nacionalismo, literatura y vanguardia

Entrevista con Ricardo Luis Hernández Otero

El amor lo salva todo.

Memoria y vivencia de la Universidad de La Habana

Entrevista con Delio Carreras Cuevas

Rubén limpio de polvo y paja.

La política y el intelectual en Cuba

Entrevista con Fernando Martínez Heredia

La institucionalidad republicana.

Estado, nación y democracia

Entrevista con Julio A. Carreras

El negro espacio del negro.

Raza y nación en Cuba

Entrevista con Tomás Fernández Robaina

La República al contado.

Las seis primeras décadas de economía republicana

Entrevista con Oscar Zanetti

La imaginación contra la norma.

Redescubrimiento fantasioso, quién sabe si verdadero,

de Pablo de la Torriente

Entrevista con Juan Orlando Pérez

*Al terminar este libro,
mis hijos estaban a punto de nacer.*

*Para ellos, y para Lupe,
estas y las otras páginas que escriba.*

Prólogo

Cuando me disponía a empezar estas líneas no pude evitar la tentación de dispersarme unos instantes, no pocos, preguntándome en qué consiste el verdadero papel del prologuista. A diferencia de un criterio con el cual me he tropezado a veces, quien prologa no se coloca para compartir, con su texto puramente introductorio y laudatorio, el mérito del autor. Concepción parasitaria del prólogo, le llamaría yo a esta. Un gesto obligado de lealtad a quien te escoge para abrir su obra radica en no creerte acreedor de lo que solo al autor corresponde.

Mucho menos le toca a quien prologa, por supuesto, el papel de la crítica, que no me parece legítima cuando alguien ha aceptado que otro nombre aparezca dentro del perímetro de su obra. Ni tarea de autor ni de crítico, prologar se me antoja como un ejercicio más modesto, que podemos considerar como privilegio del primer lector. Incluso si casi nunca los primeros lectores sean, en realidad, los prologuistas, sino otros por cuyas manos el manuscrito ha pasado y a quienes los autores suelen agradecer opiniones.

Pero si algún privilegio tiene la apreciación del prologuista es el de poder transmitir al lector potencial las impresiones que en él dejó la lectura. Para el público, el prologuista es siempre el verdadero primer lector. Así que la virtud de este género tiene mucho que ver con la sinceridad y la claridad, además de exigir un obligado recato.

*Puede que este no resulte un buen comienzo, pero hecho está. Lo cierto es que quiero que, de alguna forma, quien se digne pasar la vista por estas líneas —ya que obviar los prólogos también es una costumbre difundida— sepa que mis reconocimientos a *La imaginación contra la norma* no son retóricos, gratuitos, dictados por un compromiso formal con el autor, sino que responden a lo que entiendo por prologar. Sépase ahora que no me puedo declarar inmune a la satisfacción que me provoca un libro de este talante y que espero que sus lectores, incluso los más críticos, sean capaces de compartir.*

No estamos ante un ensayo de historia sobre Cuba republicana, sino ante una compilación de entrevistas, experimento que combina las destrezas del periodista y las del historiador. A partir de una nómina selecta de estudiosos cubanos de prestigio, y con una precisa visión de los objetivos, posibles y deseados, y pleno dominio del instrumental coloquial, Julio César Guanche no desempeña el papel de entrevistador inocente. Introduce el tema de cada entrevista con los elementos que advierten sobre el terreno concreto en que estas se adentran. Sus preguntas, elaboradas con mucho rigor y sin remilgos ni temores, desafían la imaginación y el saber del entrevistado, y advierten al lector de los vericuetos en que se moverá el discurso. De modo que los testimonios van dando al conjunto una configuración articulada que se desvela tras del marcado aire de espontaneidad propio de la entrevista.

La imagen que resulta no retiene una impronta autoral uniforme. Pueden darse y de hecho se dan proyecciones distintas. El buen observador no pasará por alto las aristas polémicas. Los temas atinentes a la República no quedan agotados, están lejos de agotarse. Al autor ni siquiera se le ocurre la ingenuidad de aspirar a ello, ni explícita ni implícitamente. El mérito mayor de la obra es el de abrir caminos. Aun a través de su heterogeneidad y hasta de sus ausencias, de aquellas que nos podrían saltar a la vista para hacernos exclamar: «Pero si no se ha hablado de...», se construye impecable la dimensión de una aproximación integral y novedosa al gran tema de la República.

¿La República? ¿Cuál República? Qué duda cabe de que se trata de la sociedad de esas seis décadas de historia poscolonial cubana a la que casi siempre hemos sentido la necesidad de adjetivar como «mediatizada», «neocolonial», «dependiente» o, en un equívoco lingüístico, con el prefijo «pseudo»; como una inconfundible señal reprobatoria, olvidando que «pesaba más el sentimiento de la independencia que el de la nueva dependencia» al nacer la República, como apunta Julio Carrera. En todo caso, nos hemos habituado a no reconocernos en otra herencia, de esta etapa republicana, que no sea la de la Revolución del 30 y algunas referencias aisladas más, culminantes en el Moncada y el Granma. Como si nada más contara en la historia.

Historia, en consecuencia, descuidada y maltratada, en la cual en las últimas cuatro décadas han prevalecido dos interpretaciones polares. La una, esencialmente guiada por la necesidad de consagración del proyecto revolucionario victorioso de 1959 (la llamada oficial); la opuesta, inclinada a magnificar artificialmente el pasado para restar legitimidad al mundo político, económico y social de la Revolución (la calificada como enemiga). Con las insuficiencias que suponen las polarizaciones.

El historiador Oscar Zanetti expresa, con loable sencillez, el meollo del problema en debate, cuando afirma que «la República constituye una parte indispensable de nuestra historia». Toda ella, quiero entender cuando dice «República», y no este o aquel episodio, este o aquel momento, estos o aquellos actores. «Indispensable», también ha dicho, y nada que sugiera santificable ni aborrecible.

Julio César Guancho no se proclama el pionero en la empresa de explorar, desde la Revolución, una visión más balanceada, menos doctrinal, más capaz de captar los matices, de desentrañar los enigmas, e incluso de dimensionar justamente las glorias de aquella historia republicana. Lo consigue, sin embargo, sin escribir un tratado. Hace ya algunos años, no muchos, en el seno de la academia cubana se ha venido haciendo fuerte esta voluntad y algunas obras —algunas las veremos en las citas de Guancho— dan cumplida muestra de ello. Y gracias también a este giro feliz ha podido el autor contar con ocho sólidos testimonios que, a través de certeras entrevistas, ponen sobre la balanza una enorme riqueza de reflexión sobre ese lapso de nuestra historia que todavía llamamos reciente, aunque ya no lo es tanto.

Tal vez sea una iniciativa como esta lo que faltaba. Tal vez lo que hasta ahora nos ha venido entregando la academia haya sido demasiado académico. O demasiado disperso, o demasiado pendiente de probaciones documentográficas, o demasiado tímido ante la tutela de una versión oficial (no siempre real). O un poco de todo eso.

Las entrevistas permiten aflorar un nivel de frescura y de audacia ante esa necesidad, a que alude Fernando Martínez, de «cambiar con el uso de nuestras mentes la funesta tendencia de imponer un mundo en blanco y negro, un mundo en el que se reparten premios y castigos, un mundo de ángeles y demonios».

Desprovisto de cualquier sombra de dogmatismo y de espíritu sectario (dos deformaciones que suelen darse asociadas, pero que no significan lo mismo), el autor sorteando y ayuda a sortear a sus entrevistados, por una parte, las miradas prejuiciadas hacia aquel pasado y, por otra, muestra una sensata objetividad para reconocer aciertos de la historiografía de ultramar, donde aquellos son evidentes.

En cuanto al contenido mismo de las entrevistas, no quisiera dejar de observar cómo el dominio profundo y la visión despejada de Zanetti sobre la economía del período, y el caudal de conocimientos acumulados por Berta Álvarez sobre el entorno político social de la Constituyente del 1940, y de toda la República, aportan dos capítulos cargados de valoraciones inestimables. Centrales al principio y el final del conjunto, ambos especialistas llevan años estudiando acuciosamente estos temas.

La erudición y la elocuencia de Delio Carreras, conocedor como nadie de la historia de la Universidad de La Habana, nos permite compartir muchas claves desde ese teatro indiscutible de la historia republicana. Tomás Fernández Robaina, que tanta energía ha dedicado a ahondar en la ruta azarosa del negro nos acerca a una idea más documentada de los altibajos discriminatorios en nuestra historia poscolonial. El tema de la continuidad cultural, la identidad y el compromiso social de los intelectuales en ese tiempo histórico nos lo ofrece el testimonio ilustrado de Ricardo Luis Hernández Otero.

En un recorrido —que me niego a reseñar aquí para no convertir el prólogo en un resumen— marcado por la diversidad de los problemas y la singularidad de los entrevistados, no vamos a encontrar espacio para el aburrimiento ni para la banalidad. Puede ser que ni siquiera falten las motivaciones de la sorpresa. Es un libro que merece la lectura meditada y la polémica desinhibida. Un libro para incentivar el estudio y para quien se sienta en aptitud de pensar por sí mismo la historia y no solo de informarse o conocerla.

En «La imaginación contra la norma» —ese material, por momentos insólito en su brillantez, que cierra el libro y que, además le da título—, la entrevista a Juan Orlando Pérez, después de un discurso fantasioso —inspirado en Raúl Roa— sobre un linaje imaginado para Pablo de la Torriente Brau, experimentamos la identificación de una honda y erudita veta filosófica que contribuye decisivamente a problematizar el sentido integral de esta incursión en el pasado nacional. «La mayor mentira de la historia es la historia misma», llega a afirmar tensando al extremo su mirada crítica. Pablo reclamaba, según nos dice Pérez, el «valor para descubrir a los demás la tristeza y la decepción donde se supone que reinan la alegría y la esperanza fervorosa, la corrupción donde debía haber entusiasmo y confianza».

De hecho, el tratamiento de los revolucionarios del 30, esencialmente de Rubén y de Pablo, que constituyen el tema central en las entrevistas con Fernando Martínez y Juan Orlando Pérez, respectivamente (y de Mella y Guiteras, que no ocupan temas puntuales, pero cuya presencia es explícita a veces, implícita siempre), los hace emerger con un relieve potenciado, inusual en la literatura concebida con ánimo apologético.

Confieso que nunca los he visto tan grandes como en las páginas de estas entrevistas; que nunca los sentí tan descollantes en esta historia como lo he sentido en la lectura de este libro. Nos recuerda, con razón, Juan Orlando que «la historia oficial es la que realiza una purificación casi religiosa del héroe». Los héroes reales son otra cosa: juegan pelota en la azotea del bufete de Fernando Ortiz, hacen el amor en lugares inusitados, se pasean desnudos por su celda para escandalizar a los guardias del presidio, conocen el miedo, viven, como hombres comunes, el «sobresalto de la libertad», y son irreverentes, audaces, desobedientes, mujeriegos, hermosos y lúcidos. No son iconos o bustos de bronce. Y así fue que perpetuaron su memoria a través los episodios que les tocó vivir.

Estima Juan Orlando que además de la Revolución misma —hito de la República que no se puede entender hasta que se entienda la República toda— de la cual fueron expresión protagónica, la mayor realización de estos gigantes, que dieron su sello al 30, «fue la de crear al hombre cubano moderno: una criatura todavía en edad infantil».

Aurelio Alonso

Advertencia

Para designar el régimen político que tuvo Cuba entre 1902 y 1958 se emplea, a modo de denominación, el término «República». No importa que una República se fundara en los campos de Cuba antes de 1902, que se redactaran cuatro constituciones y que una extensa tradición republicana —de Félix Varela a José Martí— formara parte del pensamiento político insular. Tampoco importa que la Constitución de 1976 consagrara una institucionalidad también republicana, estableciera la elegibilidad de todos los cargos públicos y el carácter popular del ejercicio del poder, ni que, reformada en 1992, ensayara nuevas formas de sufragio y participación ciudadana. Para los cubanos, «la República» sigue siendo lo que hubo en este país desde el 20 de mayo de 1902 hasta el 31 de diciembre de 1958. Lo demás son «las guerras independentistas» y «la Revolución». Ciertamente, nuestra historia republicana, enfrentada primero al parteaguas de una intervención militar y luego a una Revolución, está hecha de negaciones, de actos de refundación que construyeron su futuro como ruptura del pasado: El 20 de mayo de 1902 pudo consumarse «el nacimiento» de la República porque se obvió la ejecutoria mambisa; la Revolución del 30 generó una segunda República porque expulsó a un tirano —cancelando de paso las oportunidades futuras para las fuerzas políticas hasta ese momento tradicionales—, y abrió camino a los nuevos actores que se harían cargo del país; y la Revolución de 1959 alcanzó éxito porque reinventó la política ante el fracaso de la democracia y el republicanismo conocidos, que no pudieron pasar la prueba del hecho revolucionario. Cada nuevo momento reclamó así un nombre propio —y eludió los significados precedentes— como vía para demarcar su territorio.

No obstante, y más allá de esas negaciones sucesivas, existen otras razones para considerar que «República» es solo el decurso histórico que va de Tomás Estrada Palma a Fulgencio Batista. Esas razones nacen de una matriz común: la confrontación ideológica sobre el presente y el futuro de Cuba. En los polos extremos de ese enfrentamiento están en una parte, quienes niegan al régimen revolucionario por «antidemocrático y dictatorial» y reservan el término «República» para aquel pasado al que consideran, con sus variaciones de luces y sombras, el paradigma de la política por restaurar. Del otro lado, están quienes consideran aquella República solo como «corrupta y servil a los Estados Unidos», han terminado por transferirle las cualidades denostativas de «pseudorrepública» al concepto mismo de República y la consideran el paradigma de lo que no debe suceder para Cuba. En esta lidia, hasta ahora, hay solo una gran derrotada: la historia.

La República escapa con creces a los estereotipos y simplificaciones de sus apologistas o detractores. Si hubo dependencia política, corrupción y rutinas fraudulentas, también hubo movimientos culturales, tradiciones cívicas e instituciones públicas que adelantaron el desarrollo de una conciencia nacional y ciudadana. Por otra parte, el énfasis puesto durante mucho tiempo en la sucesión de hechos políticos ha minimizado el estudio de la historia social y del tejido espiritual que animó los proyectos de vida de los cubanos en ese período. La sociedad civil de la época, con sus

espacios de consenso y disenso hacia el orden constituido, tampoco ha sido analizada con profundidad.

Este libro reúne entrevistas con ocho investigadores de la historia de Cuba. Es una indagación acerca de la que llamaremos República burguesa (1902-1958), para diferenciarla de la República popular que cobró vida tras 1959. Los temas analizados, si bien diferentes, son debatidos en algunos puntos de una entrevista a otra. Su selección responde a la importancia que tuvieron en el transcurso de la república burguesa, pero también a que sus problemáticas siguen teniendo determinada presencia en la Cuba actual y sobre ellas existen debates públicos, privados y secretos.

La Constituyente de 1940 es una lección de madurez nacional. El período 1935-1940 en la historia de Cuba

Entrevista con Berta Álvarez Martens

Lo primero que cualquier cubano respondería al ser interrogado sobre la Revolución del 30 es que esta «se fue a bolina». La frase les ha resultado cómoda a varias generaciones para sintetizar el destino de ese hecho histórico; pero ha servido también para reducirlo a su frustración final. El desconocimiento de ese evento, la falta de análisis rigurosos sobre la República burguesa y la manida visión de la historia como marcha imperturbable hacia el triunfo de enero, han contribuido a despojar de interés aquel acto de refundación de la política en Cuba. Sin embargo, ese hecho desplegó una imaginación nacional y generó cualidades y sentidos que no pueden borrarse con la derrota política del radicalismo revolucionario.

Qué se fue a bolina —y cómo— es un asunto que merecería más debate entre nosotros. Si convenimos en que la Revolución fue derrotada en 1935 tras el fracaso de la huelga de marzo y la muerte de Antonio Guiteras, aún faltaría explicar los lapsos 1930-1934 y 1935-1940. La dialéctica revolución-reacción-reforma que ha acompañado históricamente a los procesos libertarios se cumplió minuciosamente con el cubano del 30. Ni la reacción pudo confinar al mínimo la realización práctica de las expectativas revolucionarias, ni la reforma traicionó todos los postulados del 30. El Presidente de la República, Ramón Grau San Martín, dictó bajo su gobierno —junto a Antonio Guiteras— decenas de leyes nacionalistas y antimperialistas, derogó unilateralmente la Enmienda Platt y no abdicó sino bajo presión, en enero de 1934. Las normas y la Constitución aprobadas ese año, a pesar de la injerencia norteamericana y la represión desatada por Batista, tuvieron que reconocer que en Cuba existían «sectores sociales», que hicieron acto de presencia para no ser obviados más por la política. El primer impeachment cubano, o destitución presidencial, lo sufrió el liberal Miguel Mariano Gómez, en 1936, a manos de Batista, en visceral gesto autoritario; pero el mismo Batista tuvo que aprobar la Ley Docente de 1937, que concedía la autonomía universitaria por la que venían luchando los estudiantes desde muchos años antes.

Fracasaron los intentos organizativos de unidad, a partir de 1935; pero comunistas, auténticos, liberales, conservadores y todo el arco político nacional se sentó a solventar sus intereses en 1940, dentro de una Asamblea Constituyente. Resultado de esa conciliación nacional, una Constitución —la más avanzada de su época en el continente americano— vio la luz.

Para adentrarse con sinceridad en este maremagnum de pasiones encontradas, intereses en pugna, avances y retrocesos, es preciso dedicar seriamente el tiempo a investigar. Berta Álvarez Martens (La Habana, 1939) lleva años haciéndolo. Específicamente, la Asamblea Constituyente de 1940 ha sido objeto de sus estudios. Profesora de la Universidad de La Habana, ha aprendido de la historia la riqueza del matiz y, por consiguiente, la indigencia del prejuicio. Habla pausadamente, sopesa las palabras, y quien la trata puede creerla insegura, aunque no sea más que cuidadosa. Su visión de la década de los 30 no es completamente inédita en nuestros medios —sobre todo porque publicaciones recientes han abierto un espacio crítico, no omiso, de análisis sobre el período—, pero sí posee contenidos propios suficientes para reclamar atención. En su voz, la Revolución del 30, más que un encadenamiento de sucesos, es una nueva percepción cultural que impregnó la conciencia cubana y que dejó, con el proceso que llevó a la Constitución del 40, una lucidez aprehensible, cuando de diálogo entre diferentes se trate.

La Comuna del 30

¿Se fue en realidad «a bolina» la Revolución del 30?

Creo que Raúl Roa con esa frase, quiso decir algo diferente a lo que más tarde hemos interpretado. Salvador Vilaseca, una de las personalidades del 30 con mayor vínculo con Roa y «heredero» de los papeles de esa revolución, decía en una intervención pública que «irse a bolina» significa tomar un camino indefinido, dar tumbos sin saber exactamente hacia dónde se va; pero no quiere decir «pérdida», como se ha entendido. La Revolución del 30 no cayó en el vacío, no se perdió en la memoria histórica de los cubanos. Al contrario, ella abrió paso a una nueva significación cultural.

Un conjunto de intelectuales con fuerte presencia en la vida económica e intelectual del país llegó a compartir la idea de que con la Revolución del 30 Cuba se hizo cubana.¹ Esta revolución hizo discutir, a escala de la sociedad, cómo debía estar organizada una república —similar a la prefigurada por José Martí, y diferente por fuerza a la constituida en 1902. La nación cubana se completa en la década de los 30, aun cuando en el aspecto económico, ese logro quedase pospuesto. Esa revolución abrió el campo de las posibilidades y permitió el ajuste de factores estratégicos y tácticos para la Revolución de los 50. La Revolución del 30 vendría a ser lo que fue la Ilustración a la Francia del siglo XVIII.

¹ Desde 1923 la crítica al *status quo* había cobrado organicidad. La Protesta de los Trece, la Falange de Acción Cubana, el Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes, el Primer Congreso Nacional de Mujeres, entre otras agrupaciones y eventos, habían postulado la urgencia de moralizar la vida pública cubana. A partir de 1930, un grupo importante de profesionales, bien establecidos en la vida económica y social del país, creó la Junta de Renovación Nacional, presidida por Fernando Ortiz, con el objetivo de darle a Cuba un gobierno democrático y honrado.

¿Se consumó en los 30 el Estado-nación cubano?

Sí, podría decirse de esa manera. Los términos «República» y «Estado», antes utilizados para referirse al país, fueron sustituidos por «Nación». Para pensar a Cuba — y pensarse como cubanos— se quiso hacer del hombre un verdadero modelo de ciudadano. El ejercicio cívico era lo que habría de colocar en pie de decoro y beneplácito a la República.

¿Qué cambios introdujo esa revolución a la República constituida en 1902?

La institucionalidad y la normativa de los años 20 y los 30 colocaron en primeros niveles a la clase media y a los trabajadores. Estos sectores accedieron al Estado, ejercieron protagonismo social y crearon organizaciones que tendrían mucha fuerza dentro de la reconfiguración del Estado.

La legislación nacional cubana es de la década de los 30, del período que va desde 1925 —es un cauce tan objetivo que comienza con el propio gobierno de Gerardo Machado— hasta 1940. El signo de ese proceso no provino de imposiciones foráneas. Esas leyes tenían su origen en el avance de la conciencia nacional, que buscaba legalizar y legitimar el Estado cubano. El reconocimiento político y legal de una diversidad de factores sociales constituyó una novedad que se hizo sentir en la reestructuración y modernización del Estado. En los 30 se legisló sobre cuestiones sociales, laborales y económicas, como nunca antes se había hecho. Con independencia de que la economía no estaba en manos de los cubanos y continuara siendo muy susceptible a las directivas norteamericanas —y a la propia realidad económica internacional—, la normativa en materia de economía se guió por objetivos nacionales para afrontar los principales problemas del país —como fue la Ley de Coordinación Azucarera de 1937, por ejemplo. El nacionalismo cubano poseía una gran diversidad según el sector o el grupo que lo prohiciera —por lo que prefiero hablar de *nacionalismos* cubanos—; pero dentro de esa heterogeneidad compartía un presupuesto fundamental: las políticas no debían ser el resultado automático del rechazo y la oposición a los Estados Unidos, sino el producto de una construcción nacional propia, de la cual el rechazo al injerencismo norteamericano sería parte importante, pero no el todo. Esto significa un cambio sustancial en relación con el nacionalismo anterior a 1930, por un lado, balbuceante en su discurso y, por otro, muy focalizado solamente en el problema de la Enmienda Platt y del injerencismo norteamericano.

Por cierto, es muy interesante analizar el nacionalismo de la época comparándolo con el europeo. Sin llegar a extremos xenófobos, en Cuba se adoptó un nacionalismo defensivo frente a los Estados Unidos, que alcanzó incluso al orden estatal. En ciertas organizaciones, llegó a ser pro germano, por simpatía hacia lo que se creía una alternativa al capitalismo de los países más desarrollados. Esta influencia puede apreciarse en el propio Batista y en organizaciones como el ABC.

La Revolución del 30 —de ahí su carácter democrático— se proyectó hacia los espacios públicos, las soluciones propias, el antimperialismo y el protagonismo popular. Buscó una socialización de nuevo tipo. La diversidad de las fuerzas actuantes en ella no encontró entonces polos unificadores; pero esa diversidad continúa hasta nuestros días. La Revolución del 30 colocó a Cuba en la urgencia de formularse como nación y de alcanzar la modernidad del siglo XX. Las doctrinas vigentes tras la Gran Depresión, orientadas a corregir los excesos del individualismo liberal del siglo XIX, si bien fueron aceptadas tímidamente durante el período de Machado, serían asumidas más tarde como verdad indiscutible, que hasta los más reaccionarios toleraron. En el pensamiento cubano, tomaron fuerza las corrientes más modernas de la época. La Isla se puso así en las condiciones del mundo, fundamentalmente el europeo.

El curso reformista

¿Qué rasgos se incorporaron a la cultura política cubana tras el fracaso de la huelga de marzo de 1935?

La Revolución del 30 incluye el radicalismo de Antonio Guiteras durante el Gobierno de los Cien Días; el protagonismo obrero, que propicia la formación de los soviets después de 1933, y los instrumentos legales que garantizan determinada protección para obreros, mujeres y niños, y otorgan igual sitio al negro respecto al blanco. Pero esa revolución, en rigor, es un gran movimiento de reformas. Son las reformas lo predominante. Para el pensamiento liberal reformista que sirve de base a este proceso, la revolución está en curso en 1934. Fernando Ortiz hizo un llamado a que el pueblo tuviese acceso a refrendar la derogación del Tratado de Relaciones Comerciales con los Estados Unidos (de 1903). Para él, eso era todavía la revolución. Nuestra literatura le ha dado un tratamiento diferente. José A. Tabares del Real, por ejemplo, llama a este período «la contrarrevolución en el poder»; pero Ortiz asegura que los proyectos constitucionales posteriores a 1934 están dentro de la concepción que ellos tenían desde 1933, en el apogeo de la Revolución.²

Este es un período de reformas complejo, variable y muy diverso. El movimiento represivo encabezado por Batista —con el apoyo de Caffery—, la espuria presidencia de Carlos Mendieta, la recomposición del ejército iniciada por Batista, la represión de la huelga de marzo y la muerte de Guiteras en 1935, no modificaron el curso reformista de la Revolución.

² El historiador José A. Tabares del Real considera las Constituciones de febrero de 1934 y junio de 1935 como las piedras angulares del cuerpo de disposiciones legales dictadas por Batista para institucionalizar la represión. Afirma que esos textos constitucionales consagraron el modo capitalista de producción, restringieron los derechos y garantías individuales y políticos, aprobaron el fuero militar y el *status* privilegiado de los institutos castrenses y carecieron de contenido social, entre otros aspectos. («Batista: contrarrevolución y reformismo. 1933-1945», *Temas*, nn. 24-25, La Habana, enero-junio de 2001, p. 72). La visión de Julio Carreras, profesor de Historia del Estado y el Derecho en Cuba, de la Universidad de La Habana, ofrece un matiz: «La producción legislativa constitucional prosigue bajo este gobierno provisional [de Mendieta], lo que refleja las contradicciones de clase que conmueven al país y los acontecimientos que encadenan un movimiento que no ha podido disolverse a pesar de la dura represión del Ejército, la Marina y la Policía». (*Historia del Estado y el Derecho en Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1985, p. 453).

Ahora bien, esa cultura política reformista fue capaz de albergar —y esto es excepcional— desde actitudes radicales hasta las más conservadoras, pasando por un abanico enorme de posiciones. La gran excepción de este pensamiento son las figuras que, de manera más radical, se sienten herederos de la Revolución del 30 y que se articulan, en mi criterio, en torno a la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), constituida en el exilio, al frente de la cual están Pablo de la Torre Brau y Raúl Roa. Sin embargo, aun ORCA —estructura revolucionaria y antimperialista, que se ha organizado en Nueva York a partir de los clubes José Martí— intenta articularse con organizaciones que comparten la idea de una insurrección, pero poseen un pensamiento reformista desde el punto de vista de los cambios. Son los casos del Partido Aprista Cubano (PAC) y de Izquierda Revolucionaria (IR).³ Si los grupos de izquierda no se aliaban con los reformistas tendrían que unirse con los insurreccionales, cuyas expresiones nacionalistas, en mayor o menor grado, dejaban atrás las posiciones revolucionarias, como Joven Cuba luego de la muerte de Guiteras, la Organización Auténtica, de Carlos Prío Socarrás o, en menor medida, el nacionalismo de Emilio

Laurent. La postura sintetizada en ORCA no estaba dispuesta a perder posiciones revolucionarias, pero debía, para alcanzar algún éxito, establecer alianzas.

En la línea de pensamiento reformista es muy importante el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) —PRC-A—, orientado hacia el reformismo social y a determinada conciliación entre el capital y el trabajo.

³ El PAC se constituyó después de 1930 con apego a la realidad nacional y poseía un programa de cambios estructurales para reconfigurar el Estado, cambios que debían ocurrir de manera sosegada, sin producir interrupciones en la política. Izquierda Revolucionaria, por su parte, tenía una posición antimperialista con respecto a los Estados Unidos, insurreccional en relación con la política que debía seguirse en Cuba, y reformista desde el punto de vista programático.

¿Qué contiene ese reformismo?

En primer lugar, la necesidad de reestructurar Cuba como un país para sí mismo. Se quiere crear un mercado interno, diversificar la producción para compensar el deterioro de la economía azucarera, resolver los litigios entre patronos, obreros y Estado, promover la participación de este último en las políticas nacionales, y romper las ataduras históricas de dependencia a los Estados Unidos.

A propósito, ¿cómo llega a ese estadio la percepción sobre los Estados Unidos?

Los estadounidenses, en 1898, contaron con expectativas favorables a su llegada a Cuba porque varios sectores vieron en ellos una posibilidad de contribución al país. Pero, a la altura de 1902, ya esas expectativas habían experimentado un vuelco radical como resultado de su presencia en la Isla. Amplios sectores sociales que habían ganado pujanza tras las guerras de liberación —y conformarían más tarde las clases media y trabajadora, protagonistas de la Revolución del 30—, van acumulando una perspectiva crítica hacia los norteamericanos que, no obstante sus limitaciones e interrupciones, llegó a ser una toma de posición, de criterio negativo con respecto a ellos.

La alianza de los comunistas

El Partido Comunista (PC) integró la Coalición Socialista Democrática —aliándose así a Batista— para la Constituyente de 1940. ¿Qué alternativas tenía para hacer algo diferente?

El nacionalismo cubano, en la mayoría de sus vertientes —igual sucedía en otros países latinoamericanos—, era fuertemente anticomunista. Durante el Gobierno de los Cien Días una de las grandes contradicciones se produjo entre el PC y Guiteras. A continuación hubo un período en que amainaron los desacuerdos; incluso, en el Comité Estudiantil de Huelga Universitaria los comunistas y los nacionalistas compartieron experiencias para la huelga de marzo. No obstante, el nacionalismo predominante era el de Ramón Grau San Martín, no el nacionalismo marxista. Blas Roca trató, en varias oportunidades, de entrevistarse con el líder del PRC-A. El Partido Comunista, según su propia concepción de lucha, y respondiendo además a las orientaciones de la Internacional Comunista, debía unirse a los partidos democráticos de la burguesía.⁴ Los comunistas procuraron esa alianza con los nuevos partidos que habían surgido de la Revolución del 30, no obstante casi todos le negaron espacio: el PRC-A, el PAC y Joven Cuba. La única organización abierta al PC fue ORCA; pero estaba en el extranjero y tuvo una vida limitada. (La Conferencia de Miami organizada por ORCA,

donde comienza a haber acuerdos con el Partido Comunista, tiene una influencia muy relativa en Cuba porque apenas llegaron aquí sus resultados).⁵

Grau era la figura hegemónica. Él capitalizaba la memoria popular de los éxitos sociales de 1933.⁶ No está de más recordar que Guiteras, en *Septembrismo*, excluyó a Grau de responsabilidades y sostuvo que este refrendaba las leyes por voluntad propia y que fue despojado del poder. Con todo, Grau era en ese momento una figura reformista, no un revolucionario.

El Pacto de México, firmado entre el PRC-Auténtico y Joven Cuba, no contó ni con ORCA ni con el Partido Comunista. Así sucederá luego de 1935 con el resto de las acciones de Joven Cuba. El Partido Comunista se quedó, en la práctica, sin acceso a los partidos de la burguesía y, en cambio, encontró cabida en el Bloque Revolucionario Popular (BRP),⁷ integrado por algunos sectores nuevos de la burguesía, aliado a figuras tradicionales, como Mendieta y Miguel Mariano Gómez. El Bloque tenía uno de los programas más amplios de cuantos se habían enarbolado desde 1933, con el antimperialismo y la reforma agraria como principios, pero no dejaba de ser un programa electoral. Al entrar en la vía electoralista, el Partido Comunista tendrá ya no solo el rechazo de los anticomunistas, sino también el del nacionalismo de izquierda, con lo que quedó aún más aislado. Unirse a otros partidos era su única posibilidad de asistir a elecciones y a una aspiración constituyente como la del 40. Fulgencio Batista, al frente de lo que sería la Coalición Socialista Democrática (CSD),⁸ será el mediador en esa nueva alianza, a la cual se integra el PC con el nombre de Unión Revolucionaria Comunista.

⁴ El VI pleno del Comité Central del Partido Comunista, celebrado los días 21 y 22 de octubre de 1935, había tomado, entre otros, los siguientes acuerdos: crear un amplio frente popular de lucha por la completa independencia económica y política de Cuba, reorganizar y fortalecer los gremios y sindicatos, trabajar por unificar a los trabajadores sin distinciones ideológicas ni políticas —garantizando el funcionamiento legal de las organizaciones sindicales—, y desplegar una gran movilización de masas para obligar a Batista a cumplir sus compromisos electorales. El Décimo Pleno, celebrado en julio de 1938, consideró que la situación internacional exigía la producción de condiciones internas que viabilizaran la unidad popular frente al fascismo mundial y a los grupos pro fascistas cubanos, y que era una posición correcta propiciar la ruptura entre esos dos grupos. Véase *Historia del movimiento obrero cubano, 1865-1958*, Editora Política, La Habana, 1985, t. II, pp. 17-21, y Julio Le Riverend, *La República*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 316.

⁵ La consecución de la unidad fue un objetivo primordial para las organizaciones entre 1935 y 1940. En ese contexto se ubican el Pacto de México y la Conferencia de Miami. El Pacto de México fue firmado el 5 de diciembre de 1935 entre el PRC-A y una fracción de Joven Cuba, encabezada por José M. Irisarri. El Pacto buscaba hacerse extensivo a otras organizaciones, pero estas rehusaron firmarlo porque pretendía que las organizaciones perdieran su independencia política y orgánica —esto es, se disolvieran y entregaran todo el poder al PRC-A. El Pacto, aun sin haber sido ratificado, creó un Comité Revolucionario Supremo (CRS) que se arrogó el derecho de seguir en funciones como representante de las organizaciones revolucionarias. La idea de celebrar la Conferencia de Miami surgió como respuesta al Pacto de México, y se concibió como un espacio donde pudiesen participar todas las organizaciones. ORCA, Izquierda Revolucionaria y el Club de exiliados de Tampa laboraron desde diciembre de 1935 para llevar a término esa reunión, pero el CRS —bajo el mandato de Grau— se interponía a todo intento de unidad que no respondiera a sus intereses. En mayo de 1936, se celebraron conversaciones entre el Partido Comunista, el Partido Agrario Nacional e Izquierda Revolucionaria, que trajeron por resultado un documento dirigido a ORCA, Partido Aprista Cubano, Joven Cuba, PRC-A y Legión Revolucionaria. Este documento proponía la creación de un Frente Único de las organizaciones revolucionarias, integrado sin exclusiones, que no renunciara a la toma violenta del poder ni a las vías legales que permitiesen el fortalecimiento de la revolución. En medio de las labores escisionistas del CRS, se llegó a un proyecto de convenio de Frente Único en julio de 1936, mas nunca fue ratificado. Las graves diferencias mostradas entre algunas de las organizaciones, la lejanía de Cuba, el escaso conocimiento que sobre ella se tuvo en la Isla —amén de las condiciones de clandestinidad en que se realizó el encuentro—, la labor del CRS y la no participación en la Conferencia del PRC-A y de Joven Cuba darían al traste con la Conferencia de Miami, el mayor intento de unidad que se había gestado hasta entonces.

⁶ *Bohemia* publicó, en agosto de 1934, declaraciones de Grau según las cuales todas las medidas de su gobierno estuvieron orientadas a crear poder adquisitivo y mejorar las condiciones de las clases trabajadoras, a formar una personalidad nacional e independiente, a considerar inapelable la autoridad emanada del pueblo, a propulsar el principio de no intervención y a fijar la función social del trabajo en sus relaciones con el capital. El Gobierno Grau-

Guiteras derogó la Enmienda Platt en un desafío a los Estados Unidos y a las clases militar y política, aprobó decretos sobre el salario mínimo, la jornada laboral de ocho horas, la reducción de las tarifas eléctricas, compensaciones laborales y negociaciones colectivas.

⁷ La Organización Auténtica, surgida como escisión del PRC (Auténtico), convocó, en enero de 1937, a la creación del BRP. El Bloque integraría una fuerza electoral opositora para concurrir a la Asamblea Constituyente, cuya realización se preveía para seis meses más tarde. Según sus gestores, en el BRP quedarían reunidos la Organización Auténtica, el Partido Aprista Cubano, el Partido Agrario Nacional, Unión Revolucionaria —un partido municipal que fue empleado durante los primeros meses de 1937 como cobertura legal por el Partido Comunista (ambos se unirían luego en el Partido Unión Revolucionaria Comunista y bajo ese nombre asistirían a la Constituyente)— y el Partido Democrático Revolucionario (unión de ORCA con IR que al final se retiró sin firmar acuerdos). El PRC-A y Joven Cuba se negaron a integrarse al Bloque, pues el primero se consideraba a sí mismo un partido único, al nuclear en sus filas a miembros de Joven Cuba y del ABC Radical. Grau apostaba por un partido único en el que se disolviesen todas las agrupaciones políticas, para dejar su autoridad y representación en manos del PRC-A.

⁸ La Asamblea Constituyente se inició finalmente el 9 de febrero de 1940, luego de tres años de posposiciones. La voluntad nacional de concertación hizo coincidir a once partidos en dos bloques para las elecciones presidenciales: la Coalición Socialista Democrática postuló a Fulgencio Batista y a Gustavo Cuervo Rubio, como presidente y vicepresidente, y estuvo compuesta por los partidos Unión Nacionalista, Conjunto Nacional Democrático, Nacional Revolucionario (Realistas), Popular Cubano, Liberal y Unión Revolucionaria Comunista. El opositor PRC (Auténtico) postuló a Ramón Grau San Martín para la presidencia y a Carlos E. de la Cruz para la vicepresidencia, y estuvo acompañado por los partidos Acción Republicana, ABC y Demócrata Republicano.

Entonces, ¿no comparte usted la visión crítica sobre el desempeño de los comunistas en esa etapa?

Querer reformar la sociedad, lograr una nueva sociabilidad y un mayor desarrollo de las fuerzas sociales, sin dejar de representar los intereses de los desposeídos, me parece una posición muy alta —que quizás se reivindique en un momento futuro. El problema radica en no haberle puesto condiciones a la alianza con Batista, la figura negra de la política cubana, el asesinato de Guiteras. Quizás no estaban en condiciones de manejarlo mejor y se volvieron muy incondicionales. Sin embargo, hay una cosa muy importante: nunca abandonaron su ideología clasista ni su capacidad de rectificación.⁹ Es muy loable además su voluntad de disolverse si entendían que un organismo político podía subsumirlos. En 1939 los comunistas le propusieron nuevamente a Grau unirse, aun disolviendo el partido, para crear una instancia unitaria mayor que lograra un espacio de debate y de cambios.¹⁰

¹⁰ En 1936, el Partido Comunista ya había anunciado su disposición de participar en las elecciones con una candidatura única que postulase a Grau a la presidencia. Hasta el año 1938, cuando se produjo un encuentro entre Batista y Grau, el PRC-A no aceptó participar en la política. En 1939, volvió a frustrarse el espacio abierto por los comunistas por la sistemática posición de Grau San Martín de considerar a su partido como única fuerza dirigente, a la cual debía sumarse el resto de las agrupaciones políticas. El Partido Comunista —rebautizado como Partido Socialista Popular (PSP) a partir de 1943— comenzaría a dar pasos definitivos para fusionarse en una instancia unitaria mayor al ingresar —junto al Movimiento 26 de Julio y al Directorio Revolucionario 13 de Marzo— a las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), convertidas, en mayo de 1963, en el Partido Unido de la Revolución Socialista y finalmente, en 1965, en el Partido Comunista de Cuba.

⁹ Marifeli Pérez-Stable considera que los comunistas cubanos eran realistas por defender las reformas radicales y no la Revolución. Al mismo tiempo, piensa que si el cambio de alianzas en pos de mantener cuotas de poder afectaba las credenciales radicales del Partido Comunista, su efectividad dentro del proceso político servía para fortalecer la democracia constitucional. Asegura además que los comunistas y la CTC aceptaban el nuevo consenso, en tanto rechazaban la tradición de soborno y corrupción. («Política y reformismo en Cuba. 1902-1952», *Temas*, nn. 24-25, La Habana, enero-junio de 2001, p. 63). Por otra parte, José A. Tabares del Real (ob. cit.) señala que la alianza permitió a los comunistas difundir su versión del marxismo, obtener democráticamente la dirigencia del movimiento obrero y lograr importantes beneficios económicos para el proletariado, además de ganar espacios y cargos políticos electivos. Tabares también reconoce que la alianza fue acrítica y que ello motivó, por un lado, la desertión de cuadros destacados de las filas partidistas y, por otro, el rechazo de un sector importante de la ciudadanía, que no desconocía los antecedentes dictatoriales de Batista.

Concertación nacional

¿Cuáles eran las ideologías del PRC-A y de la CSD, los dos bloques opuestos que concurren a la Constituyente?

Dentro de las agrupaciones políticas hay una gran heterogeneidad; pero desde el punto de vista programático apenas hay diferencias —salvo el sesgo impreso por Menocal, el caudillo más conservador de la Constituyente de 1940. Los partidos se vieron precisados a incorporar a sus plataformas los elementos sociales presentes en la Revolución del 30, avalados por el consenso popular. Si las sesiones de la Asamblea fueron públicas —salió el debate por radio— y la gente asistió al Capitolio, fue porque existía una acumulación de expectativas desde los primeros años 30. Es preciso observar cómo, a causa de la presión por refrendar aquellos principios, la nutrida legislación del 33 tuvo que ser continuada, a partir de 1934, por Batista a través de decretos-leyes que dictaron él y Miguel Mariano. Estas cuestiones convertían a la Revolución del 30 en el aval político de los constituyentes del año 40, en el rasero que otorgaba autoridad y credibilidad a sus programas.

Ya dentro de la Asamblea, ¿qué papel desempeñaron las alianzas?

Una alianza no obligaba a los partidos que la integraban a sostener posiciones en bloque, salvo excepciones. Más bien eran frágiles en su capacidad para normar las posiciones de sus miembros. Los delegados a la Constituyente debían defender las posiciones del bloque al que pertenecían, pero también podían defender su opinión propia (tenían autonomía personal para intervenir) y la de su partido (existía la legitimación de partido).

Por ejemplo, ¿cuál tema fue defendido según los intereses del bloque?

La discusión sobre la bandera del 4 de septiembre. Batista influyó con la pretensión de que su enseña pudiera ser enarbolada en celebraciones oficiales, casi al igual que la bandera nacional. Él la presentaba como la bandera de la «Revolución Cubana». La responsabilidad de presentar la moción correspondió a Blas Roca, ahí se debatió mucho y sí hubo una presión del bloque. No obstante, por lo general, los problemas se discutieron a partir de los intereses de partido y, más aún, de intereses sectoriales.

Hace poco concluimos un estudio sobre cómo se debatieron las medidas económicas durante la Constituyente. Resulta que su defensa provino más de los sectores interesados en cada medida, que de uno u otro partido, para no hablar ya del bloque, que contaba menos todavía. La legislación laboral, por ejemplo, afectaba la posibilidad de acumulación de los pequeños industriales, porque si tenían que erogar salarios más altos y responder por retiros y leyes de maternidad más elevados tendrían menos ganancias. Pues bien, los intereses de los industriales fueron defendidos indistintamente por los partidos agrupados en uno y otro bloque. Eusebio Mujal, miembro de la CSD (pertenecía al Partido Liberal), representaba intereses obreros y de la nueva asociatividad que se estaba debatiendo en la Constitución del 40. Son los sectores los que, a través de esta compleja madeja debaten y defienden posiciones. El bloque y el partido funcionaron para la obtención de escaños, para llevar candidatos a las elecciones, pero no fueron elementos limitantes a la hora del debate.

¿Cómo se desarrolló ese debate?

El Partido Liberal propuso y logró la aprobación de las leyes relacionadas con la articulación del aparato estatal. Los grandes abogados presentes en la Asamblea, como José Manuel Cortina, llevaron el peso definitivo de las posiciones que sobre el Estado

refrendó la Constitución. Esas posiciones venían siendo enunciadas desde 1936 en forma de propuestas congresionales y terminaron plasmadas en la Carta Magna, sin rupturas significativas.

Los nuevos partidos debatieron fuertemente acerca de la escuela nueva, la escuela cubana (se aprobó que quienes impartiesen las asignaturas de Historia, Literatura y Moral y Cívica fuesen profesores cubanos); también hubo discusiones importantes sobre la cultura nacional, la legislación social, la discriminación racial, los problemas de moratoria, de retroactividad de las leyes. El peso del debate lo llevaron los nuevos partidos, Grau, Eduardo Chibás, y las figuras intelectuales de esos partidos.

¿Hasta dónde alcanzaba ese liberalismo? ¿Qué nacionalismo consagraba la Constitución?

Liberalismo y nacionalismo apenas se diferencian. Se debatía entre un liberalismo individualista a la vieja usanza —uno de sus defensores, Orestes Ferrara, consideró el texto de 1901 superior al de 1940— y un liberalismo de nuevo tipo, de corte social, democrático, que legitimaba la actividad del Estado y constreñía los derechos meramente individuales. Se discutía que el liberalismo del Estado no debía ser el individualista, sino una modificación de este en las nuevas condiciones, un liberalismo con responsabilidad hacia lo social.

¿Qué se entendía por «democrático» en esos momentos?

Era democrática la legitimación y la participación alcanzada por sectores que, estando preteridos, pasaron a ser incluidos en la concepción del Estado con voz y voto, representación ante las instituciones y capacidad para crear partidos y defender sus derechos.

El hombre de Columbia

¿Cómo valora la acción de Fulgencio Batista en esta etapa?

Fulgencio Batista surge de los sucesos de 1933. Su forma de hablar, su comportamiento, la reestructuración que hace del ejército a partir de 1934, muestran un corte populista, una intención de ganar la adscripción de figuras, sectores y grupos que sirvieran de apoyo a sus objetivos políticos.

Al ser una figura del 33, es parte de la reconfiguración de la sociedad cubana de esa década. Su populismo intenta crear una imagen de cercanía con las masas. Las medidas de carácter interno tomadas en el ejército —la promoción de figuras provenientes de las clases más bajas, por ejemplo— ponen en claro esta cuestión. Batista propone, además, incorporar al campesino a la actividad política, crea en el campo las escuelas cívico-militares.¹¹

Él tiene la visión de que Cuba debe cambiar. De hecho, el Plan Trienal es una síntesis, como dijo Chibás, de lo que habían sido las aspiraciones del 30. El Plan no es aprobado en el Congreso, pero sí se aprueba la Ley de Coordinación Azucarera, considerada una de las leyes más debatidas y con mayor efecto para el desenvolvimiento futuro del campo cubano. Esta Ley —lo único que se aprueba del Plan Trienal— garantizó la presencia del pequeño colono en la zafra con un mínimo de 30 mil arrobas de caña en la molienda. Así se pudo moderar, como ocurre con toda política reformista, el proceso de polarización inherente al capitalismo; pero también se paralizó el curso del agro cubano.¹²

¹¹ Fulgencio Batista marcó la pauta de la política social cubana en la etapa 1935-1940. Creó, mediante decretos-leyes promulgados entre febrero y abril de 1936 —siendo presidente de Cuba José A. Barnet— las Escuelas Rurales Cívico-Militares, el Servicio Técnico de Salubridad Pública, la Corporación Nacional de Asistencia Social y el Consejo Nacional de Tuberculosis, todas ellas adscritas a la jefatura del ejército. La ley de 28 de agosto de 1936 agrupó esas instituciones en el Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficiencia. Los campesinos fueron el principal objetivo de esta política, por ser el sector de menor nivel de ideologización y por no haber sufrido, como otros, las consecuencias de la represión. `Fuera de La Habana se construyeron hospitales contra la tuberculosis (el «Ambrosio Grillo» y el Sanatorio de Topes de Collantes), se crearon dispensarios, se hizo el censo de enfermos y se realizaron tareas de índole asistencial y de beneficiencia, como la construcción —o subvención— de asilos de ancianos. También se repartió ropa y víveres. Véase *La Neocolonia. Organización y crisis. De 1899 hasta 1940*, Editora Política, La Habana, 1998, p. 348.

¹² La Ley de Coordinación Azucarera, del 3 de marzo de 1937, creó un fondo de protección al pequeño colono, formado con un máximo de hasta el dos y medio por ciento de la zafra total del país, con el fin de permitir que todos los pequeños colonos pudieran moler hasta 30 mil arrobas de caña. Este derecho no podía ser cedido ni gravado y se consideraba un mínimo imprescindible para su sostenimiento. Al mismo tiempo, este quedaba obligado a trabajar un área de cultivos menores para su propio mantenimiento y para cubrir necesidades nacionales de abastecimiento. (Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, 1985, p. 634). La ley terminó frenando el avance técnico de la industria azucarera y estimulando el cultivo extensivo de la caña al pagarla en proporción inversa a su rendimiento de azúcar.

Batista tiene un proyecto reformista propio, pero nadie importante lo secunda. No lo defienden, significativamente, ni la oligarquía ni la embajada norteamericana (hasta 1952), tampoco las agrupaciones campesinas. El Plan Trienal buscaba, a su modo, diversificar la agricultura, limitar la producción azucarera para mantener precios en el mercado, buscar nuevos destinos comerciales, garantizar las relaciones entre obreros y patronos, proteger salarios y evitar el desempleo y el carácter estacional del trabajo en la agricultura. Estas medidas, aunque guardaban coincidencias con los demás proyectos reformistas (es el caso del programa de Grau o el de *Problemas de la nueva Cuba*),¹³ no son aprobadas. El plan de Batista es rechazado porque intentaba potenciar como actor del proyecto al ejército y a una capa política que le garantizase fidelidad personal. Amplios sectores sociales eran consecuentes en su convicción nacionalista y sabían que para lograr verdaderos cambios era preciso romper con los intereses creados por la oligarquía y los Estados Unidos —lo que nadie hizo aquí hasta 1959. Tanto es así que *Problemas de la nueva Cuba*, un programa de reformas propuesto por los Estados Unidos, muy similar a otros de la época, al fin no fue aplicado y los norteamericanos recurrieron a la reimplantación de mecanismos de dominación directos, al estilo del Tratado de Reciprocidad de 1934 y la Ley Costigan-Jones. Esa vía de explotación respondía más a sus intereses que los intentos de reformar la política económica para crear estabilidad en el país.

¹³ La Foreign Policy Association realizó, por encargo de Mendieta, un estudio sobre la situación cubana, publicado con el nombre de *Problemas de la nueva Cuba*. Con 21 capítulos, gráficos, recomendaciones y un total de más de 500 páginas, es un detallado análisis de la economía cubana del período. Se dirigía expresamente a contrarrestar los efectos que podría generar un proceso revolucionario como el de 1930.

¿Cómo obtuvo Batista la presidencia en 1940?

Grau tenía mayoría al iniciarse la Constituyente, pero la perdió dentro de la Convención pues Menocal abandonó al PRC-A y se unió a la Coalición de Batista. La CSD le ofreció a Menocal más oportunidades de participación en el Congreso, además de la Alcaldía de La Habana para su hijo. El cambio del viejo caudillo y sus seguidores dio la mayoría a la CSD y a Batista, su candidato. Era conocido que, después de Batista, resultaría victorioso Grau.

Cuando Batista entregó el poder constitucional en 1944, ¿hubo denuncias sobre fraude, imposición, violencia en las elecciones?

Varios testigos avalaron la inexistencia de fraudes. Esas elecciones tuvieron carácter mayoritario, se puso cuidado en no alterar las boletas y el pueblo estaba volcado a las calles a favor de Grau. El desgaste de la gestión de Batista para esa fecha era mayúsculo. Fue el descontento popular lo que condujo a la amplia victoria de Grau sobre Carlos Saladrigas, el candidato oficial.

La situación de cada cubano

Durante el sexenio 1935 a 1940, las exportaciones superaron en 32% a las registradas en el período de 1930 a 1934. ¿Cómo se relacionaba la economía con el nivel de vida de los cubanos en la segunda mitad de esa década?

No existe «el nivel de vida» de los cubanos. Hay cubanos, cubanos y cubanos, cada uno con un nivel de vida específico. Esos niveles no se recuperaron, según Le Riverend, hasta la altura que tuvieron antes de la crisis mundial de 1929. Yo me pregunto: ¿niveles de vida de cuáles cubanos? El nivel de vida era la posibilidad de ascenso social y económico, tras las crisis se perdió esa aptitud para romper estructuras clasistas y el nivel de vida devino prácticamente inamovible.

El nivel de vida es una categoría imprecisa si no se mide por determinados indicadores. La acumulación de capitales, por ejemplo, estaba mermada; no obstante la clase media siguió siendo una franja muy amplia en la sociedad cubana, al igual que en otros países latinoamericanos. (Por causas diversas, la Revolución en Cuba o la crisis del capitalismo en Latinoamérica, este gran sector de clase media se va arruinando después de los 60). Los sectores más ricos quizás dejaron de obtener los márgenes de ganancia que tuvieron cuando la primera guerra mundial, pero la gente pobre sí sintió crudamente la nueva situación. El desempleo de esa época es incalculable, Julián Alienes no pudo dar la cifra. Si se le suma el subempleo —el carácter estacionario del empleo agrícola lo convierte en un subempleo—, la cifra sería abrumadora. Los problemas de Cuba son los analizados por *La Historia me absolverá*: el desempleo, la cuestión agraria... La economía no había hecho crisis como en 1929, pero sí había conflictos muy serios. Al ser el crecimiento económico tan lento y producirse, paralelamente, un aumento de la población, la estructura social se polarizó y se magnificaron los conflictos. La zafra de 1958, por ejemplo, garantizaba un PIB per cápita similar al del año 1913, o sea, el crecimiento acumulaba un estancamiento de más de 30 años. Otro indicador importante son las relaciones entre ciudad y campo. Ciertamente, hubo avances en provincias como Camagüey y Oriente (en los años 50 el ascenso se estancó en la primera provincia y se sostuvo en la segunda) y se vivió cierto florecimiento alrededor de las ciudades —el propio del urbanismo de la época y el de la emergente economía de servicios—, pero en el campo el deterioro de la vida era muy alto y eran cada vez más los que vivían en condiciones de alta miseria, situación incomparable a la vida en las ciudades.

Los dilemas económicos eran acuciantes, pero la crisis mayor estaba en el nivel de las políticas de enfrentamiento a la situación, en cómo se observaban las soluciones a la crisis.

La dinámica vivida por Cuba desde los años 20 había provocado que los problemas del mundo se convirtieran en internos para los cubanos, que los factores internacionales

fuera muy importantes para la coyuntura doméstica. ¿Cómo marcó la circunstancia internacional, entre 1935 y 1940, a Cuba?

Antes hablé de la Internacional Comunista, las guerras mundiales y la crisis económica. La Guerra Civil española es otro evento muy interesante; una suerte de prolongación de la Revolución del 30 y anticipación a su vez de la Segunda Guerra Mundial. Si bien sustrajo del escenario cubano parte de las posiciones radicales —Pablo de la Torriente Brau se fue a España, en Cuba no tenía cabida—, la lucha por la República española enlazó el movimiento del 30 con el conflicto del fascismo. El vínculo entre Cuba y España es solo un botón de muestra de la articulación que estaba teniendo lugar entre las ideas y las prácticas políticas en el mundo entero. La Revolución se convirtió en un problema internacional. Un proceso de globalización, con características muy diferentes a la etapa previa a los años 20, interrelacionaba a las naciones del planeta y producía negociaciones muy complejas y pactos controvertidos. Es el caso de la alianza con los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, pactada aun a costa de debilitar la línea antimperialista de muchos partidos, como fue el caso del PC en Cuba.

Una lección histórica

¿Por qué, en algún instante, se dijo que este período no debía ser estudiado?

La Revolución del 30 y su período posterior ameritan una profunda reflexión. Ese transcurso no se propuso solamente cambiar el poder, el poder entendido en términos personales, sino hacer un cambio en la esencia del ejercicio del poder. La sociedad civil cubana de entonces se expresó claramente en la Revolución, latió al ritmo de esta, y mantuvo un equilibrio respecto al poder. Aun derrotado el poder, hubo correspondencia entre la sociedad civil y el régimen establecido a partir de 1934.

Durante la etapa posrevolucionaria, gestada tras 1935, todas las figuras políticas sostuvieron actitudes abiertas frente a la negociación. (Quizás sea poco conocido, pero la figura más cerrada al acuerdo fue Grau San Martín, seguido de Menocal. Él se ausentó de la política, no quería participar en las elecciones, hubo que hacer reuniones para llevarlo a una candidatura.)

La aptitud de todas las partes para negociar fue determinante. Es una lección histórica que debemos ponderar en sus aciertos, errores y en su medio específico. En ese momento no triunfó la Revolución, sino el reformismo aliado a fuerzas más conservadoras, pero Cuba tuvo la suficiente apertura para abrir una etapa negociadora. Si es cierto que factores como el fascismo, la alianza con los Estados Unidos y la política de frentes populares sostenida por la Internacional Comunista fueron decisivos en la situación interna del país (por lo cual es imposible comparar esa etapa con otros períodos de la historia nacional), también es verdad que los cubanos hicieron cátedra de negociación en el período que llevó a la Constitución del 40. La Revolución de 1959 radicalizó, en un nuevo contexto, las ideas y el curso de la Revolución del 30, pero no por ello podemos subestimar la capacidad de llevar adelante reformas que permitan ascender hacia nuevas etapas. Aunque limitadas e incompletas unas, y frustradas otras, varias de las medidas tomadas con las reformas fueron consonantes con las intenciones del 30. Por eso me pareció acertada la distinción del Programa del Partido Comunista de Cuba cuando precisa que, en 1933, tuvimos un gobierno reformista con un ala revolucionaria. La sociedad civil cubana buscaba una sociabilidad nueva, y eso lo conseguiría promoviendo condiciones constructivas y no con la alteración subversiva de la realidad. La posibilidad de dialogar en esas condiciones no se había dado entre

nosotros hasta esa fecha, y se pudo lograr antes y durante la Constituyente de 1940. Allí los cubanos ejercitaron, como nunca en la historia que los precedió, la facultad de escuchar al otro, de representar ideas diferentes y de negociar los resultados de un proceso determinado. Esa es una capacidad de madurez, una prueba de maduración nacional y ciudadana.

La continuidad de la cultura cubana. Nacionalismo, literatura y vanguardia

Entrevista con Ricardo Luis Hernández Otero

A la altura de los años 20, cualquier jovencito, después de escribir dos o tres poemas vanguardistas, podía declarar solemnemente que toda la literatura cubana anterior no tenía la menor importancia. Y aunque algunas de las obras de los Llamados A Salvar De La Crisis A Nuestra Cultura no tuvieron jamás segundas ediciones, a todos se les veía muy convencidos en su discurso sobre el «patético ambiente literario nacional». No obstante, varios llevaban razón. Cuba arribó al siglo XX con dos decenios de retraso, conducida por la más joven hornada de la primera generación republicana. En esa década, la mayoría de los intelectuales nacidos en el siglo XIX quedó sin nada que decir. La cultura precisaba una renovación fundamental si quería perfilar el trazo de algo que se pudiese llamar «cubano» y fuese al menos decente en términos estéticos.

La «generosa aventura juvenil» que fue en sus inicios el Minorismo, vendría a sentar la relación entre los intelectuales y la política en la incómoda silla de la res pública. La contestación cívica, el debate cultural y el rechazo rotundo a la mediocridad de los Literatos de Salón alentaron la madurez de un cuerpo de pensamiento nacional, apto para dilucidar su espacio dentro de las circunstancias abiertas después de la primera gran guerra, la primera gran crisis y las primeras grandes revoluciones que conoció el siglo XX. En esa «década crítica» se sucedieron en Cuba eventos de la mayor significación. La diversidad caló en las estructuras de la cultura, aparecieron en el mapa de lo social las mujeres, los obreros, los estudiantes. La economía inició un giro, aunque tímido, hacia la protección de determinados intereses del país. Se fundaron revistas que pasaron a la posteridad, se modernizaron desde la literatura hasta los estudios históricos, pasando por el periodismo y los sistemas de impresión; la pintura experimentó un vuelco sustancial en sus contenidos temáticos, y el son, al llegar al barrio latino de Nueva York ya se había instalado en el espíritu del pueblo cubano para convertirse en género nacional. Durante los 20 —y después— José Martí sería el mayor convocado, y si quedó entonces inaugurada la ya larga tradición de adecuar su pensamiento a los intereses propios de los bandos en disputa, también se abrió paso su establecimiento definitivo en la conciencia cubana. Al mismo tiempo, las estructuras políticas acentuaron su dinámica corrupta y puntualmente democrática, y se arrojaron luego en el abismo sin fondo de la dictadura. De la tensión resultante entre la modernización cultural y social y la deslegitimación del poder no podía estallar menos que una Revolución, como efectivamente sucedió después del 30.

La precaria armonía ideológica que condujo, en un inicio, a los intelectuales cubanos de vanguardia a una relación conflictiva con la política, no tardaría en desintegrarse. Las rutas seguidas fueron lo suficientemente diversas como para colocar a los amigos de antaño en los extremos del arco político y para desmentir, una vez más, la tesis de que la relación entre el intelectual y la política es siempre conflictiva. Muchos intelectuales encontraron el modo —algunos de ellos incluso con bastante agrado— de colocarse en el núcleo de la política realmente existente sin ningún sobresalto. Además, la noción de «progreso social» fue tan ambigua que pudo albergar una diversidad enorme de ideologías, posiciones y posturas políticas que reclamaban para sí el signo del humanismo aun siendo totalmente contradictorias.

Ricardo Luis Hernández Otero, investigador del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba, afirma que, tras ese decurso, la cultura cubana ha seguido una coherencia cuando menos progresista. Autor de compilaciones de la obra de José Antonio Foncueva y de la Revista Nuestro Tiempo, Hernández Otero demuestra la continuidad de una cultura que puede enorgullecerse íntegramente de la riqueza de su devenir, y que, sobre todo, debe apropiarse de él sin sectarismos. Reconocido como un serio e importante investigador de nuestras vanguardias y de ciertas zonas de nuestra literatura, quien quiera entrevistarle debe encaminarse hacia la antigua biblioteca del edificio que comparten el Instituto y la Sociedad Económica de Amigos del País; allí le será fácil encontrarlo en la más dedicada postura de un monje dominico entregado al estudio de arcanos. Precisamente en ese lugar, ubicado en la otrora calle de Carlos III, Hernández Otero tuvo a bien concertar esta entrevista.¹

¹ Por puro azar, no pudo realizarse en esa sede del neoclasicismo, a la sombra recia de Domingo del Monte, sino en Alamar, el segundo sitio de encuentro del investigador, bajo el regio sol que habita esa inefable región.

¿Sobre qué bases intenta construirse una cultura cubana moderna en los años 20?

Primero, habría que preguntarse quiénes intentan construir una cultura cubana moderna. Esa construcción no parte del Estado o el gobierno, ni de instituciones existentes —ya obsoletas— como la academia de Artes y Letras, la de Historia o la Secretaría de Instrucción Pública, sino de publicaciones, nuevas instituciones y del pensamiento y ejercicio de los intelectuales en general. En esa década se enuncian las ideas nacionalistas y las vías de su defensa ante el proceso de penetración de la cultura y la ideología norteamericanas. Se proclama asimismo un latinoamericanismo jamás formulado de esa manera en años anteriores, y está presente la idea de insertarlo, junto al nacionalismo, en la universalidad. Las bases sobre las que se erigió esa cultura moderna negaron todo claustro de la cultura sobre sí misma, al contrario de lo hecho por España después del Renacimiento, que se cerró a las influencias externas y generó su propio atraso. En Cuba, los intelectuales nuevos buscaron abrirse a la modernidad del siglo XX.

La mirada predominante estaba dirigida hacia Latinoamérica, aunque había sectores importantes muy influidos por la cultura española, como la Institución Hispano-cubana de Cultura, fundada por Fernando Ortiz a fines de 1926, y la *Revista de Avance* —1927-1930. Hasta llegó a criticársele a esta última su españolismo. Ramón Rubiera la denominó «antología periódica de literatura española». Esa influencia se aprecia también en la Sociedad de Folklore Cubano, creada en 1924 por Ortiz y José María Chacón y Calvo, y en la que estuvieron Juan Marinello, Rubén Martínez Villena y Alejo Carpentier. El folklore al que se refiere esa sociedad es todavía fundamentalmente el español, no el que colocó en el centro de sus análisis la Sociedad de Estudios

Afrocubanos después de 1937, con su revista *Estudios Afrocubanos*, ambas igualmente bajo la égida de Ortiz.

En ese momento, la cultura tuvo una fuerte carga política de avanzada debido a los acontecimientos que se sucedían en el mundo, amén de la realidad interna del país. Se debatió sobre el carácter del antimperialismo en Cuba y sobre Víctor Raúl Haya de la Torre y el caso del APRA. En las discusiones se les criticaba a los peruanos su no señalamiento explícito del imperialismo inglés, y su mera referencia al imperialismo universal. En cambio, cuando los apristas cubanos hablaban de imperialismo se referían al norteamericano, el predominante en Cuba.

Después de los primeros años 20 ¿cómo se relacionaron el nacionalismo y la vanguardia, la nación y la cultura?

La relación puede apreciarse, sobre todo, en los contenidos temáticos, en las preocupaciones de las revistas, de la literatura y de las actividades de la vanguardia, así como en la gestión de las instituciones.

En ese instante, todavía estaban unidas las vanguardias políticas y las artísticas y literarias. Cuando se habla de vanguardia política se piensa en Julio Antonio Mella, pero él es también un escritor de la vanguardia con su estilo y lenguaje renovadores. Para hablar de la vanguardia en Cuba, pienso, no se pueden obviar las revistas *Alma Mater* y *Juventud*, fundadas ambas por Mella. No podemos soslayar al movimiento estudiantil universitario ni a sus revistas. En el primer número de *Alma Mater*, aparecieron los famosos sonetos de Guillén, aunque no fuesen aún poemas de vanguardia, y los propios artículos de Mella.

En esa diferencia temática con respecto a décadas anteriores, ¿cuáles fueron los nuevos enfoques?

El tema del campesino experimentó en la época de la vanguardia un cambio de perspectiva, que permite distinguir, digamos, los cuentos de Jesús Castellanos de los de Luis Felipe Rodríguez. Este último, aunque siga de cierta manera apegado a los moldes y al lenguaje tradicionales, enfoca el problema del campesino con una nueva distinción, señala el problema del latifundio y posee una visión más activa, alejada del lastre conformista anterior.

El afrocubanismo surge con fuerza, casi simultáneamente, en la plástica, en la poesía, en la música. En la poesía alcanzará mayor fuerza en 1930, con *Motivos de son*, pero el tema venía emergiendo desde principios de los 20. En la narrativa se manifestó más tempranamente, en novelas como *La rumba* (1924), de Manuel Villaverde, y *El tormento de vivir (Tristes amores de una niña ingenua)*, escrita por Arturo Montori y publicada en 1923, que aunque después deriva en el conformismo y el pesimismo típico de las novelas de Carlos Loveira, enmarca muy bien el mundo del anarquismo en el tránsito de la colonia a la república, en medio de la intervención norteamericana. El texto se preocupa por el ámbito de un solar, las relaciones de una pareja necesitada de sobrevivir, aunque sea descarnadamente, y la represión de Estrada Palma contra la primera gran huelga de la República burguesa, llevada a cabo en la esquina de Carlos III y Belascoaín.

Ahora bien, el tratamiento al antimperialismo, el surgimiento de la temática social en la poesía y la pintura no fueron un reflejo de la moda europea, como a veces tiende a apreciarse, sobre todo en el análisis del problema negro. Es verdad que en Europa esas cuestiones estaban al día, pero en Cuba el negro estaba ahí, sonando sus tambores, bailando en los carnavales y permeando la cultura. Muchos intelectuales, incluidos

algunos progresistas, no entendieron correctamente el asunto y se equivocaron al pronunciarse sobre él, por ejemplo, en la *Revista de Avance*. Es la época de «Ideales de una raza», aquella página en el *Diario de La Marina* donde colaboraron intelectuales blancos, como Marinello y Jorge Mañach. Ellos discutieron sobre este problema, provocaron grandes debates, y no siempre tuvieron una perspectiva atinada. Algunos nunca llegaron a entender la cuestión del negro en Cuba, como pudiera ser el caso de Mañach, aunque no por ello se le puede acusar de racista.

Emilio Roig discutió en las páginas de Social con los intelectuales «nuevos» que se consideraban revolucionarios en poesía e indiferentes en política. ¿A quién alcanzaba esa discusión y qué respuestas provocó?

¿Dónde leíste eso?

En el libro Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia, de Celina Manzoni. De ahí tomé la referencia, pero no conozco el contenido de la discusión.

Sobre ese libro aparecerá en *Casa de las Américas* una reseña mía. Ahí podrás ver mis opiniones sobre él, de modo que aquí me las reservo. Yo también desconozco esa discusión. No sé a qué pueda referirse la autora. Hasta dónde sé, en los años 20 cubanos, y por extensión en las páginas de *Social*, los intelectuales «nuevos» eran revolucionarios en poesía, pero no eran indiferentes en política. ¿A quién se estará refiriendo esa cita? ¿A Mariano Brull, el poeta «puro» por excelencia? Brull no era indiferente en política. Pertenece al cuerpo diplomático acreditado en Europa, pero en Cuba estaba vinculado al Grupo Minorista. Cuando la Comisión de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones decidió, a propuesta de Gabriela Mistral, elaborar una serie dedicada a los escritores de cada país, y se escogió, por Cuba, a José Martí, fue Mariano Brull, desde su puesto en esa institución, quien trabajó en la confección del libro, y pensó si debía encargarse el prólogo a Marinello, a Mañach o a Félix Lizaso. El volumen no fue financiado por el gobierno, sino por la recaudación de las entradas para un recital de poesía y un concierto en el teatro La Comedia, actividades en las que participó Brull, bastante revolucionario en poesía. ¿Quiénes más? ¿Regino Pedroso?, ¿Nicolás Guillén?, ¿Félix Pita Rodríguez, inmerso en la aventura de la revista *atuei*?, ¿Enrique de la Osa o Mariblanca Sabas Alomá, considerados como los mejores de la vanguardia cubana de entonces? Ninguno era indiferente en política. Eugenio Florit apenas empezaba, mas tampoco creo que fuese indiferente. Es que ni siquiera lo fue, con todo lo que se ha escrito, la generación de *Orígenes*.

Quizás Roig con esa frase no se refería a Cuba. Es verdad que la vanguardia, en Europa sobre todo, y en un momento determinado, no se adentró demasiado en cuestiones políticas. Sin embargo, en España la generación del 27 estuvo casi íntegramente con la República, lucharon y algunos murieron en el frente o las cárceles. El vanguardismo surgió en Cuba aliado a la lucha social. Nuestro vanguardismo, desde sus inicios, fue revolucionario, a diferencia de otros países en que se adecuó, se adaptó a las condiciones del poder y perdió fuerza renovadora.

¿De dónde surgió el Minorismo?

Cierto «mito» coloca en 1923 su fecha de fundación. No obstante, los gérmenes del movimiento pueden encontrarse en 1922 y aun antes. En ese año se producen actos de significación pública —claro que no tan señalados como la Protesta de los Trece. Un grupo de intelectuales comienza a participar activamente en la política, se reúnen, llegan a acuerdos, redactan manifiestos en contra de la intervención norteamericana. En uno de

esos encuentros alguien propuso convertir el grupo en una organización formal. Emilio Roig se negó, argumentando que no debían convertirse en nada oficial, que era mejor seguir actuando y reuniéndose de la forma en que lo hacían. Es decir, en septiembre de 1922, Emilio Roig tenía ya idea de lo que sería el Grupo Minorista. Rubén participaba en esas actividades, previas a la Protesta de los Trece. Se ha creado una aureola alrededor de 1923 porque en ese año ocurrieron acontecimientos realmente significativos: la Protesta de los Trece, la creación de la Agrupación Comunista de La Habana, el Congreso de Estudiantes. (De igual manera se dice que la vanguardia tuvo su eclosión en 1927, aunque se viniera formando desde antes.) En todos los sectores eso venía «caminando» desde mucho antes: las protestas de los estudiantes, las manifestaciones populares, los documentos antimperialistas de los estudiantes en 1921, redactados y firmados por quienes estarán luego en la reforma con Mella, como Alfonso Bernal del Riesgo. Cuando Mella entró a la Universidad, no solo estaban ya matriculados muchos de ellos sino que hasta había un mártir, creo que de 1920, cuando un estudiante murió en una protesta a consecuencia de la represión. Todas esas cosas venían gestándose... y en el sector obrero todavía más.

Regino Boti escribió que el Minorismo realizó sin saberlo lo que se propuso Dadá: no fue nada, no quiso nada, no aspiró a nada...

Boti había seguido, desde Guantánamo, el desarrollo y evolución del Minorismo y fue el primero que describió públicamente su crisis. La publicación del artículo que citas —«La muerte del Minorismo»— se produjo tras la expulsión de Alberto Lamar. El incidente hizo ver a Boti que ya el Minorismo era prácticamente nada, que había perdido sentido. Boti identificó casi todos los síntomas, solo se le escaparon algunos, muy anteriores.

El Minorismo, desde su fundación, como toda ola, llevaba en sí su propia destrucción. Era un grupo muy heterogéneo. A sus integrantes los unían algunas intenciones, pero ya en 1925 tuvieron conflictos, tras la muerte de José Ingenieros, y con el conato de polémica entre Rubén y Mañach. En 1926, al escribir su capítulo de *Fantoches*, Rubén le dio un vuelco a la novela y se burló uno por uno de los miembros del Grupo Minorista —él mismo incluido. En 1927, Ortiz hace público que él no había firmado el manifiesto de los minoristas contra la intervención norteamericana en Nicaragua. En realidad, Ortiz sí había firmado, pero luego anuló su rúbrica. Rubén aclaró que el problema estuvo en reproducir la firma sin percatarse de la tachadura. El asunto quedó zanjado, pero uno de los mentores del Grupo, una figura prominente, decidía no comprometerse con los minoristas porque el manifiesto era muy fuerte en contra de los norteamericanos.

En el propio 1927, los minoristas empiezan a «poner casa aparte». Un grupito funda *Revista de Avance*, que no es la revista de los minoristas, sino de una fracción de ellos. José Antonio Fernández de Castro se hace cargo del suplemento cultural del *Diario de la Marina*, hace su política y atrae a los más jóvenes. Poco tiempo después, Rubén funda la revista revolucionaria *América Libre*. Uno de los más jóvenes, José Antonio Foncueva, a quien en algunos lugares se le consideraba minorista, edita luego una revista de vanguardia, *El Estudiante*, con De la Osa y Félix Pita Rodríguez. Ya suman cuatro revistas diferentes con presencia de miembros del grupo. Casi simultáneamente, se produce la polémica en el seno de la Universidad Popular acerca de cuál línea seguir, si la de la Liga Antimperialista o la del APRA, discusión que tuvo sentido por la influencia que iban ganando una serie de peruanos desterrados en Cuba. Después se publicó *Biología de la democracia* y fue expulsado Lamar, lo que motivó la «Declaración del Grupo Minorista». Es muy interesante cómo Rubén escribe allí: «El

Grupo Minorista ha trabajado y trabaja», y no dice «trabajaré». No hay miras hacia el futuro en esa expresión.

En julio se intentó crear un sindicato de trabajadores manuales e intelectuales, que produjo un manifiesto vanguardista. El órgano de aquel sindicato iba a ser *atuei*, una revista que logró finalmente salir en octubre de 1927 y que defendió al Minorismo, a Rubén, polemizó con Mañach e insultó a los Estados Unidos a propósito de la Conferencia Panamericana. Una revista muy combativa, muy revolucionaria, en lo artístico y en lo político. Pero ya a esa altura el fin del movimiento era un hecho indubitado. Por cierto, este manifiesto constituyó luego una de las pruebas del proceso comunista por el cual fueron a la cárcel, entre los firmantes, Fernández de Castro, Carpentier y Martín Casanovas. Carpentier no fue a prisión por firmar la Declaración del Grupo Minorista, porque otros firmaron y nunca fueron molestados; fue por firmar el Manifiesto, está su foto en un periódico y la entrevista que le hizo un periodista. Él después se olvidó de aquello, entre otras cosas que fue cambiando. Para la historia quedó el Grupo Minorista, pero de *atuei* y las otras revistas, casi nadie se acordó.

¿Qué significado tiene para usted el Minorismo como hecho cultural?

El Minorismo en términos culturales es la muestra paradigmática de las relaciones entre nacionalismo y vanguardia, de la idea de cómo construir una cultura cubana moderna.

¿Qué factores hicieron posible que los años 20, siendo los de la República frustrada, de impune corrupción en sucesivos gobiernos y de una crisis económica abrumadora, sean, al mismo tiempo, uno de los mejores momentos de la vida cultural cubana?

Mientras más dificultades existen —cito de memoria una frase de Elías Entralgo a propósito de Domingo del Monte— mayores triunfos pueden alcanzarse, pues son mayores los dilemas que es preciso enfrentar. En una época carente de contradicciones impera la rutina, pero cuando irrumpen problemas como los de la década de los 20 (la primera crisis estructural de la República, nuevos intentos de intervención, la situación mundial, la reforma de Córdoba y su influencia sobre Cuba), puede surgir un desarrollo de esa magnitud en la cultura, avivado, además, por la reacción contra el pesimismo y la actitud un tanto agnóstica de la generación precedente.

Carpentier creía que la década de 1914 a 1924 era la más importante en la historia de América Latina. La primera guerra mundial propició, además del *boom* azucarero, que la hegemonía norteamericana en el Continente se hiciera firme, como no lo estaba antes de 1914. Después de la guerra se hace explícito que América Latina era de los Estados Unidos y que nada restaba para alemanes, franceses ni ninguna otra potencia.

Jorge Mañach escribió en 1935, refiriéndose a Revista de Avance, «nos declarábamos contra las mayúsculas, porque no nos era posible suprimir a los caudillos, que eran las mayúsculas de la política». ¿Qué relaciones, respecto a la política, establecían los intelectuales cubanos hacia 1930?

Había distintos «tipos» de política. Estaban los vinculados a la política oficial —por su implicación con el gobierno— y estaban quienes actuaban con independencia. Hacia 1930, los intelectuales no se dedicaban solo a escribir, también se involucraban en la vida pública. Participaban en las actividades de oposición a la tiranía de Machado y se vincularon a sectores con los que antes no tenían relaciones. En los 20, comienza la actividad que uniría a sectores de la pequeña burguesía con el proletariado, los estudiantes y la intelectualidad, y que condujo, entre otras cosas, a la creación de la

Universidad Popular José Martí. No resultaba extraño que un intelectual como Marinello fuese acusado de instigar la manifestación del 30 de septiembre (él ya era profesor de la Universidad, e incluso fue encarcelado en ese momento); que Pablo de la Torriente Brau sufriese también cárcel, o que Raúl Roa fundara el Ala Izquierda Estudiantil. Que Mañach creara el ABC, aun con otro carácter, también muestra su militancia política en contra de Machado.

Había una vocación antimperialista compartida por muchos intelectuales. Dentro de ellos, varios pretendían acabar con dos cosas a un tiempo: la tiranía y la subordinación a los Estados Unidos.

¿Cuáles consensos y disensos eran fundamentales entre esos intelectuales?

Lo fundamental es cómo veían el problema cubano y qué querían resolver para Cuba con el derrocamiento de Machado. Unos querían acabar con el dictador y continuar el curso de la República, sin afectar la Enmienda Platt ni los intereses norteamericanos en la Isla. Otros querían aprovechar el derrocamiento de Machado para llevar adelante la Revolución «antimperialista» o «agraria», según fuesen los comunistas o los apristas quienes se refirieran a ella. Las pugnas entre los intelectuales y entre las organizaciones fueron bastante fuertes. Después del derribo de Machado, intelectuales de izquierda no vinculados al Partido [Comunista] crearon otras organizaciones como Izquierda Revolucionaria, donde estaba Ramiro Valdés Daussá, y aunque colaboraron con ORCA (Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista), tuvieron diferentes estrategias de largo alcance. El Partido, adscrito a la Internacional Comunista, debía respetar las orientaciones de ese órgano, hecho que estuvo causándole problemas durante largos años. Entre 1939 y 1941, muchos escritores y artistas abandonaron el Partido a raíz del pacto Molotov-Ribbentrop —como prueba de su no aceptación de la alianza entre la Alemania fascista y la URSS— o se retiraron cuando el Partido se alió a Batista para las elecciones de 1940. De ahí se fue María Villar Buceta, quien no obstante continuó su línea revolucionaria (tanto, que la Federación de Estudiantes Universitarios a quien invitó, en los años 50, a celebrar un aniversario de la muerte de Rubén fue a ella, que estaba desvinculada del Partido, como también lo estaba su hermana Aurora). No puedo precisar si Lino Novás Calvo se fue, o si lo expulsaron, también se fue Carlos Montenegro. Otros siguieron en las filas, pero no mantuvieron posiciones acrílicas. He visto cartas de Mirta Aguirre a José Antonio Portuondo criticando duramente al Partido por esa política. No lo hizo públicamente —las cartas eran personales— pero no guardó silencio.

Una pregunta similar a otra anterior, pero referida a un período distinto. A la altura de los años 40, Cuba era un país, según Lezama, «frustrado en lo esencial político». El desprecio por la política republicana ¿condujo a un nihilismo hacia la política misma? ¿De qué manera «regía la ciudad», la política, la vanguardia intelectual cubana?

A la altura de los años 40, al menos tres tendencias fundamentales estaban ya claramente demarcadas. Los intelectuales vinculados a la política estatal, la intelectualidad que llamaré «de izquierda» y el grupo que será luego Orígenes —y otros con los que este guardaba alguna afinidad como el grupo de la revista *Acento*, de Bayamo, o el grupo de Cienfuegos. Los intelectuales de izquierda no despreciaban la política, al contrario, luchaban. Es cierto que no desdeñaban los procesos electorarios ni negaban la institucionalidad existente, pero estaban muy involucrados en la política para lograr mejoras en el país. Es el caso de Marinello, que acudió, en 1940, como candidato a alcalde de La Habana por la Coalición Socialista Democrática. Es muy

interesante el manifiesto de los escritores, artistas e intelectuales en defensa de la postulación de Marinello. Entre los firmantes de ese documento de 1940, publicado en *Hoy*, están Lezama y Guy Pérez Cisneros. Estos, a su vez, habían estado junto a los escritores de izquierda en 1938, para la fundación de la primera Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la UEAC, que actuó, según he podido determinar, desde 1938 hasta 1940. Pérez Cisneros incluso redactó un proyecto de declaración de principios de la UEAC con ayuda de Lezama. Todavía en 1940, Lezama estaba considerado un intelectual de izquierda, como puedes ver si revisas la antología de poesía de Rafael Esténger. Virgilio Piñera, por su parte, debutó en La Habana en el semanario *Baraguá*, de Izquierda Revolucionaria, dirigido por Portuondo, un comunista. Fue precisamente Portuondo quien presentó a Piñera por primera vez en público, para un recital de poesía en el Lyceum. En 1945, circulando ya *Orígenes*, Virgilio colaboraba aún en el periódico *Hoy*.

Después de 1940, esas líneas se disgregan. Sería muy interesante estudiar en detalle cómo se produce esa separación, por qué esas dos vertientes que estaban unidas se separan tanto y marchan luego cada una por su lado, a veces enfrentándose abiertamente, otras de manera sutil o ignorándose sencillamente. No es hasta los 50 que la izquierda y el Partido remodelan su política y buscan acercarse a estos escritores. Todo el que luchase por la paz, pensaron, era alguien con quien podrían de alguna manera unirse. No obstante, esa política pudo aplicarse solo tras 1959.

Hasta donde pueda usted precisar, ¿cómo se demarcan Orígenes y la intelectualidad que llama «de izquierda»?

Se separan el grupo de *Orígenes* y la intelectualidad de izquierda, pero también se separan la intelectualidad vinculada al Partido y la que no lo está.

Raúl Roa asumió la Dirección de Cultura en el gobierno auténtico de Carlos Prío, siendo Aureliano Sánchez Arango Secretario de Educación. Roa, en esa época, nunca militó en el Partido, aunque siempre fue de izquierda.

El Partido utilizó a algunos escritores para dirigir revistas, para que estas no aparecieran controladas por figuras comunistas. Es el caso de Renée Potts, que dirigió el semanario *Viernes*, perteneciente al Partido y donde colaboraban Guillén y Carlos Rafael Rodríguez. Nuestro Tiempo surgió como una institución independiente, voz de una nueva generación, en contra de la penetración extranjerizante en la cultura. Después fue que el Partido comenzó a asociársele y a convertirla, tras bambalinas, en una organización de frente amplio. Marcos Rodríguez (Marquitos), el del juicio por la delación de los muchachos asesinados el 20 de abril de 1957 en Humboldt 7, fue expulsado de la Sociedad porque escondía propaganda del Partido en el cuarto donde vivía, en el mismo edificio donde radicaba la Sociedad. Mirta Aguirre le dijo que no podía guardar esos papeles allí porque eso le daría pie a Castaño y a otros esbirros para que acabaran con el baluarte de la cultura que representaba Nuestro Tiempo. En verdad, si se encontraban en aquel lugar documentos y propaganda cobrarían razón quienes afirmaban que Nuestro Tiempo era un foco de propaganda del Partido. De hecho, allí había mucha gente que no era comunista y que luego iría separándose.

Ya en los años 50, ¿cómo valora usted la posición de Ciclón?

Estaban, como se dice, «puestos» para la cultura y la literatura, creo que desde un punto de vista revolucionario, mas en actitud de rebeldes sin causa. Las posturas de Virgilio contra los temas tabúes y los convencionalismos, y el tipo de teatro que él

hacía, eran una forma de rebeldía, no acompañada de un programa de tipo ideológico o político.

Ciclón fue, además, una reacción contra la revista de Lezama. Piñera era una suerte de «repudiado» de *Orígenes*. Él siguió colaborando con la publicación, pero no era visto con favor por ese grupo. En su antología *Diez poetas cubanos (1937-1947)*, Cintio lo había tratado con bastante crudeza. *Ciclón*, al igual que *Orígenes*, estaba «alejada» de la política. Sus preocupaciones eran esencialmente culturales.

No obstante, determinadas visiones imperantes durante años en nuestro campo cultural han ido cambiando de perspectiva. A *Orígenes* le pasó lo mismo que a la *Revista de Avance*: querían hacer una revista de cultura y dejar la política para otros espacios, pero al final tuvieron que tomar decisiones políticas, como fue la de suspender la salida de *Avance* para no someterse a la censura previa. Después quisieron reeditarla en 1931 y 1932, pero ya existían otras condiciones. Marinello y Mañach estaban muy distanciados ideológicamente, aunque siguieran sosteniendo relaciones de amistad —de hecho, tengo entendido que Marinello fue el primero a quien llamó Mañach para decirle que se iba del país. El grupo de *Orígenes*, más que a «regir la ciudad», creo que aspiraba a hacer una obra y a difundir la cultura, aun a riesgo de no ser comprendido y en medio de las circunstancias precarias en que se editaba la revista. Quiero apuntar, de paso, que es falsa la idea de que Rodríguez Feo sufragaba todos los gastos; Lezama tuvo que poner de su bolsillo, del escaso salario que le pagaban.

Entre los intelectuales vinculados al gobierno había varias posiciones. Estaba Chacón, en 1935, al crearse la Dirección de Cultura, con su tesis de la neutralidad de la cultura, o la línea de Roa, o la de Guillermo de Zéndegui, quien quería aprovechar lo que brillaba de la cultura cubana como imagen y proyección de la dictadura batistiana.

¿Qué posición guardaron los intelectuales cubanos respecto a la Constituyente del 40?

La intelectualidad cubana participó activamente en el proceso que llevó a la Constitución del 40. Durante ese período, los intelectuales no estaban tan divididos como lo estarían después. Con el fracaso de la huelga de 1935, el movimiento revolucionario había quedado prácticamente desmembrado, pero una serie de circunstancias posteriores —la Guerra Civil española entre ellas— propiciaron el reagrupamiento de los intelectuales y de las organizaciones de izquierda. Estas fuerzas empezaron a luchar por la Constituyente, por la legalización del Partido —lograda en 1938 con el Partido Unión Revolucionaria Comunista—, y de la CTC. Así se van afianzando. Las fuerzas intelectuales del Partido lograron crear su teatro popular, su emisora, la Mil Diez, la Cuba Sono Films y van dando cobertura y proyección a su labor.

El proceso de la Constituyente fue apoyado por todos, se quería normalizar el país, volver a la legalidad y que se plasmara en la Constitución el pensamiento más progresista de la época, como efectivamente sucedió después de tantas discusiones.

¿Qué priorizaron culturalmente en esa época las vanguardias culturales?

En aquella época, igual que hoy, existía el riesgo de la «desnacionalización» de la cultura. A eso contribuía en grado significativo la televisión, por la cantidad de programas norteamericanos que exhibía. Hay muchas críticas a los medios en *Nuestro Tiempo* y en *Germinal*, otra revista muy interesante de la época, que salió de 1949 a 1957. Con la plástica emergen otros problemas como el surgimiento del arte abstracto y el expresionismo, que tienden hacia otros horizontes intelectuales —de ahí las «conversaciones» de Marinello con los pintores abstractos, tan discutidas siempre. El

existencialismo francés también penetra con fuerza desde los 40, y está presente en algunas obras menores de la literatura de esos años. *Nuestro Tiempo*, y otras revistas dedicadas a problemas teóricos de la cultura, como *Mensajes* o *Cuadernos Marxistas*, se oponen a ese pensamiento que iba permeando la cultura.

Las vanguardias, en resumen, priorizaron el enfrentamiento al proceso de desnacionalización que se venía produciendo y que se acentúa, precisamente, en la década de los 50.

¿Qué considera fundamental en la adscripción de la mayoría de la intelectualidad cubana al triunfo revolucionario en 1959?

Fue fundamental el trabajo de instituciones como *Nuestro Tiempo*. La Sociedad había conseguido agrupar a mucha gente. A pesar de las divergencias, se había acercado a escritores de *Orígenes*. Mirta Aguirre servía como una suerte de intermediaria entre ellos y la Comisión para el trabajo intelectual, del Partido. Ella hizo unas reseñas muy inteligentes a *Canto llano*, de Cintio Vitier, y a *Por los extraños pueblos*, de Eliseo Diego. Los veía como figuras importantes. A quien no perdonó *Nuestro Tiempo* fue a Virgilio, le criticaron *La boda*, *Cuentos fríos*, el teatro. También Piñera era muy sarcástico e irreverente y tuvo conflictos con casi todo el mundo.

La mayoría de los intelectuales se sumó a la Revolución, no se fueron del país ni discreparon de las bases del proceso. Digo «la mayoría» porque los intelectuales batistianos también eran intelectuales, aunque fuesen batistianos. Si no lo entendemos así, habría que retirarle la condición de intelectuales a figuras importantes cuyos nombres no quiero mencionar. Muchos de los que luego trastocaron su militancia permanecieron buena parte de esa etapa inicial en Cuba, dando su apoyo al régimen revolucionario. La intelectualidad se disgregó después, a partir de las contradicciones propias que va generando todo proceso, algunas de las cuales fueron prohijadas por órganos creados por la Revolución como fue el famoso caso de *Lunes* y del periódico [*Revolución*]. Ya la historia ha demostrado cuáles eran los problemas y de dónde venían los males. Había personas resentidas contra el Partido, que fueron expulsados o renegaron de él y la emprendieron contra los intelectuales de *Orígenes* y contra los de izquierda. Quien defendió a *Orígenes*, en 1959, ante los ataques de *Lunes*, fue Mirta, desde el periódico *Hoy*. En ese año se produce una nueva convergencia entre los origenistas y los de izquierda, que se habían separado después de los 40. Ese reencuentro tiene lugar en la *Nueva Revista Cubana*, dirigida primero por Cintio y luego por Roberto Fernández Retamar. Con esta revista de la Dirección de Cultura se quiso retomar la *Revista Cubana* fundada por Enrique José Varona y que Chacón reeditó en el 35. Ahí está todo el mundo, los comunistas, los de *Orígenes*, los que no eran ni comunistas ni origenistas, y eso va creando determinada unidad, que luego se rompe de algún modo con la definición de *Palabras a los intelectuales* y con la radicalización del proceso revolucionario.

Volviendo a *Nuestro Tiempo*, esta dio las bases para la organización institucional de la cultura después de 1959. Esa organización estaba presente en la Sociedad por medio de sus secciones de Arte, Cine, Teatro, Música. En condiciones tan adversas como las que enfrentó *Nuestro Tiempo*, su actividad sirvió de ensayo a lo que vendría después.

La Revolución recogió un acervo cultural que venía acumulándose desde muchos años antes; tanto, que en algunos aspectos de la cultura hemos innovado poco. Muchas cosas venían fraguándose en pasos sucesivos, intentos, proyectos que se hicieron realidad, fracasaron o duraron poco. Te hablaba de la UEAC de 1938-1940, que es el mismo nombre, con una letra menos, de la UNEAC actual. Aquella organización —al igual que la de hoy— se dividió en secciones de artes plásticas, de

escritores, e iba a tener una revista que no llegó a salir, en el año 40, que se llamaría precisamente *Unión*. El cine cubano, ya a esta altura sabemos que no empezó en el 59, tiene una tradición más antigua. Hasta hace muy poco se decía que empezó en marzo de 1959, con la creación del ICAIC. *El Mégano* viene de Nuestro Tiempo. Estaba la gente de la sección de cine, de los cine clubs —el Visión y otros famosos. Antes también había un cine progresista, de denuncia, que no era el de las rumberas, sino el de la Cuba Sono Films, cuyos archivos desaparecieron y que llegó a hacer obras de ficción, llegó a filmar algunos cuentos, hasta con aficionados. ¿Quiénes eran los que trabajaban en la Cuba Sono Films, quiénes eran sus guionistas? Carpentier musicalizaba y los guiones los hacían Mirta, Marinello, Portuondo, Guillén, Luis Felipe Rodríguez, nombres mayores de la intelectualidad de izquierda. El ballet de Alicia Alonso estaba desde 1948, y además existían otras compañías, como la de Alberto Alonso o el Ballet de Cámara de Ana Leontieva, que después se incorporaron al Ballet Nacional de Cuba. Estaba el grupo de danza de Ramiro Guerra desde los 50. Estaba el teatro, con un auge tremendo, aunque en verdad reproducía mayoritariamente la última comedia musical de Broadway o del teatro de París.

A finales de los 40 y principios de los 50 se hicieron las famosas misiones ambulantes de la Dirección de Cultura. Un tren salía desde La Habana y llevaba por la Isla una biblioteca, bailarinas de ballet y un grupo de música de cámara. ¡Hay que ver a los lugares que iban!

Me interesa subrayar que ni el Minorismo, ni Orígenes, ni Nuestro Tiempo son, por sí solos, «la cultura cubana». Esas tres entidades cualitativamente diferentes representan, cada una en su respectivo momento, una parte de nuestra cultura. Sí comparten todas la línea de progreso social característica de la cultura cubana en todo su devenir. De ahí que el impacto de 1959 y primeros años 60 sobre la economía, la política y la sociedad fuese menos abrupto en el campo de la cultura. Prefiero hablar, tras 1959, de una continuidad superadora, que posibilitó llevar a vías de hecho, y de manera permanente, iniciativas y proyectos, algunos ya esbozados con anterioridad, pero a los cuales el medio impidió su pleno desarrollo. La cultura cubana es una sola, resultado de un proceso de acumulaciones. Para mí lo más importante es subrayar su hilo de continuidad. Su historia toda es de suma importancia.

**El amor lo salva todo.
Memoria y vivencia
de la Universidad de La Habana**

Entrevista con Delio Carreras Cuevas

La Universidad lleva inscritos la marca de fuego de una era, el trazo de una cultura, la coherencia de sentido para los habitantes de una nación. La historia de la Universidad en Cuba es la historia compleja del país, de sus relaciones políticas y de la forma en

que quedó organizada la vida social. Siempre, y de algún modo, participó de la arquitectura social y política. Así, una vez firmado el Pacto del Zanjón, el ensayo de pacificación de Martínez Campos incluyó un decreto restituyéndole al centro de estudios el doctorado que el Conde de Valmaseda había suprimido en 1871; el 21 de mayo de 1902, solo un día después de inaugurada la República cubana, Tomás Estrada Palma visitó la Universidad y se reunió con el claustro; en 1937 se dictaría la Ley Docente, de gran importancia para la autonomía universitaria, que fuera dictada por Batista. No obstante, la relación histórica entre la institución y el país simula todo menos una línea recta: en la Universidad de La Habana los estudiantes vitoreaban a Machado y los profesores le entregaban el Doctorado Honoris Causa en el momento de suprimirse la autonomía y de ser Mella expulsado de las aulas; se asesinaba a Ramiro Valdés Daussá mientras se firmaba la Constitución de 1940, y profesores de excelsa personalidad intelectual celebraban el Centenario de Martí organizado por Batista, a la par que algunos estudiantes se aprestaban a llevar a la Universidad a la edad madura de la rebeldía.

La Universidad habanera, a inicios del siglo XX, heredó la estructura social generada por la colonia. A su vez, la única casa de estudios superiores afrontaba los peligros provenientes de la ignorancia generalizada y de la pretensión de los Estados Unidos de «americanizar» la Isla. Los alumnos de la enseñanza secundaria constituían menos de 0,1% de la población total, y solo 0,5% de los cubanos habían obtenido grados universitarios. Casi la mitad de los maestros del país, 1 450 profesores fueron enviados a «capacitarse a los Estados Unidos», y luego tendrían a su cargo la dirección de las escuelas, en virtud de la «superioridad pedagógica» adquirida en aquellos predios. Cuatro décadas después, la Universidad soportó la afrenta del «bonchismo» de los períodos auténticos, y en 1959 ofreció un «triste espectáculo», la lucha por el gobierno de la FEU.

Pero la Universidad fue sobre todo una de las sedes privilegiadas de la conciencia antimperialista, del magisterio cívico y de la moralidad ciudadana a lo largo de la República burguesa. Es una de las instituciones de mayor prestigio del siglo pasado. Siempre cambiante, mantuvo una coherencia básica en la atención a los asuntos de la patria: independencia, soberanía, progreso social y el carácter nacional de la cultura.

La historia de la Universidad de La Habana cuenta con varios libros fundamentales, el de Eduardo Torres Cuevas, Ana Cairo y Ramón de Armas, y el de Luis Felipe Le Roy; pero cuenta también con los estudios y, sobre todo, la palabra y la memoria de Delio Carreras Cuevas, profesor de Derecho e historiador del centro de estudios desde que fuera nombrado, «de boca», en tal cargo, a fines de los 60 por el entonces rector, José Miyar. Políglota, es poseedor de una cultura que no deja de asombrar tras años de escucharlo a diario en las clases de Historia General del Estado y el Derecho, Derecho Romano o Lógica. Delio es un hombre que ha dedicado su vida a la Universidad, conoce sus historias —las públicas y las ocultas— y profesa un amor por el conocimiento que es la imagen de la devoción. Erudito, su docencia renacentista ha marcado a generaciones completas de estudiantes, casi ninguno de los cuales podrá olvidarlo jamás. Hombre frágil, delicado, su personalidad es una rara mezcla de refinamiento y «sal criolla», que lo mismo diserta sobre vikingología, que se pone una camiseta de deportista sobre la corbata del traje, para inaugurar, con frases en latín, una carrera de maratón organizada por sus estudiantes. Con Delio sostuve una larga conversación, en dos tiempos, en su casa, en el edificio Pentágono, un inmueble hecho, al parecer, para ser analizado por Foucault, con rejas, estructura circular, con visión desde los pisos superiores de los apartamentos de los pisos bajos. Allí Delio me

respondió, con su ritmo agitado de conversación —el mismo ritmo que mantiene cuando habla en alguno de los diez idiomas que conoce— sobre asuntos que usualmente no se encuentran en los libros de historia. La entrevista resultó una indagación temática y un testimonio personal de su vida, de su fe, de sus devociones por el Alma Mater. En su narración, en ocasiones desbordada, puede encontrarse un hilo para entender los nexos que entre la Universidad, la cultura y la nación se han establecido en este país, pero también se puede escuchar la voz minúscula de los bedeles, de los estudiantes, de los espacios habitados por la imaginería juvenil, de las tradiciones universitarias, que hacen la historia toda de esa zona del alma cubana que radica en lo alto de la vieja Loma de la Pirotecnia, también llamada Colina de Aróstegui.

¹ La Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana, fundada oficialmente el 5 de enero de 1728, después de trámites de varios años, sería secularizada en 1842, momento en que pasó a llamarse Real y Literaria Universidad de La Habana. En 1898, adquirió su nombre actual: Universidad de La Habana. Hasta mayo de 1902 estuvo ubicada en el antiguo Convento de San Juan de Letrán, conocido también como Convento de Santo Domingo, ubicado en la actual Habana Vieja entre las calles San Ignacio, O'Reilly, Mercaderes y Obispo. La Universidad fue trasladada para su emplazamiento actual a principios del siglo XX, quedando ubicada en lo alto de la colina universitaria, antiguamente parte de la meseta conocida como la Colina de Aróstegui.

¿Cuál era la situación de la Universidad de La Habana en los últimos años del siglo XIX?

La antigua Universidad Literaria y Real que había heredado los principios primigenios y los planes de estudio de la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo, se conmovió profundamente con las dos grandes guerras libertarias del siglo XIX.¹ En la Universidad se habían concentrado las mentalidades más preclaras, tanto criollas como la de «forasteros ilustres», según se les llamaba. La Universidad, pese a estar situada en un derruido convento, conservaba el prestigio espiritual de no haber cerrado jamás sus puertas y de formar en sus aulas el patriciado heroico surgido con los protomártires del 27 de noviembre de 1871, consolidado con la presencia impar de Ignacio Eduardo de las Mercedes Agramonte y Loynaz —el jurista más emérito que hemos tenido—, con la figura señera del Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, con la talla de los hermanos Sanguily, de los Zambrana, y con aquella legión de hombres genuinamente cubanos, comprometidos con el destino de su patria.

El futuro que esa pléyade merecía vino a lastrarse con la infausta intromisión norteamericana, que no fue solo la intervención militar y política, sino la injerencia en el campo de la cultura y de los planes de estudio universitarios. La Universidad, en verdad, presentaba un aspecto desolador, aferrada a la antigua escolástica, al método memorístico, a la ausencia de investigación y al método de la pura intervención verbal para obtener las tesis de grado. En ese contexto, el gobierno interventor norteamericano solicitó, mediante una orden militar, una inspección ocular, *ad factum*, de los recintos universitarios para conocer asuntos tan importantes como la composición del claustro, la legitimación de las «cátedras adquiridas», los métodos de ingreso, las asignaturas integrantes de las disciplinas que entonces se podían impartir, y para discernir, sobre todo, si existía algún sentimiento antinorteamericano. De esa manera se intentaba derribar la «ideología hispana», considerada por los norteamericanos decadente y obsoleta. Ellos tenían a su favor el prestigio de las Universidades forjadas en los ámbitos de la *Common Law*, del *Free Method of Study* (Método Libre de Enseñanza) y del principio de *Feed Back* (retroalimentación). Hoy sería una ardua discusión pedagógica dilucidar la superioridad de uno u otro método, pero verdaderamente la

Universidad comenzó a padecer de un mimetismo quizás inconsciente, dadas las facilidades de todo tipo que se abrían para las relaciones con los Estados Unidos. Los cubanos comenzaron a viajar con gran frecuencia al país del norte a visitar universidades, *colleges* y a impregnarse también de la mentalidad del sistema de estudios norteamericano. Creo que, comparado con el español, ese sistema era superior en su didáctica, en su aprendizaje, incluso en el uso de las libretas con rayas y en aspectos tan interesantes como la utilización del viejo compás en lugar de las reglas. El peligro estaba, desde el punto de vista ideológico, en el gran temor de los americanos a la politización de la Universidad.

Leonard Wood,² en honor a la verdad, se preocupó por aspectos sanitarios, docentes, pedagógicos y por incorporar algunas asignaturas que tuvieran que ver con las artes manuales o artes de oficio. Tenía una gran predilección por la medicina, no así por las humanidades.

² El General Leonard Wood, veterano de la guerra de exterminio de la población nativa de Norteamérica, reemplazó al General John R. Brooke, el 23 de diciembre de 1899 y fue el segundo gobernador militar de Cuba.

¿Cómo se eligieron las autoridades universitarias a partir de la intervención norteamericana?

El gobierno interventor permitió cierta discrecionalidad para celebrar elecciones en la Universidad. Los candidatos al cargo de rector fueron Gabriel Casuso y Roque, Evelio Rodríguez Lendián y don Leopoldo Berriel y Fernández. Berriel resultó electo el 6 de noviembre de 1898 y no dejaría el cargo hasta su muerte, el 27 de julio de 1915. El plan de estudios de José Antonio González Lanuza estaba vigente desde el 4 de noviembre de 1898 y, sin remover los cimientos de la Universidad, se planteaba necesidades como la creación de una Escuela de Ingenieros y Arquitectos para la enseñanza de las carreras de ingenieros civiles, mecánicos-electricistas, químicos y arquitectos.

¿Otras amenazas se vertieron sobre la Universidad?

Varios peligros latentes irían desarrollándose. El modelo norteamericano de crear universidades privadas estuvo en la base de la fundación de colegios por parte de las órdenes religiosas que comenzaron a llegar. Arribaron cuáqueros, mormones, maronitas, bautistas, presbiterianos reformados y no reformados, testigos de Jehová, metodistas, anglicanos, adventistas del séptimo día, que comenzaron a crear escuelas, no todas carentes de calidad, incluso algunas notables, como La Progresiva, de Cárdenas. No buscaban competir con la antológica Universidad, que Wood decidió no se llamara más Real y Literaria, sino simplemente *University of Havana*, pero sí ejercían influencia.

Otra amenaza era la pretensión norteamericana, que antes enuncié, de eliminar cualquier trazo o vestigio de politización en la Universidad: ni las derechas, ni las izquierdas, ni las democracias liberales, ni los socialismos, ni nada, según esa filosofía, debían ser preocupaciones de los estudiantes. Los alumnos debían acudir a la Universidad *only to study*.

Otro riesgo latente —que luego Machado pretendió consumir— era la intención de uniformar a los alumnos con determinados trajes y corbatas.

Con todo, hubo cambios notables, muy positivos: se cambiaron los textos de muchas asignaturas que todavía se estudiaban por los libros de fray Luis de Granada, de Isidoro de Sevilla, y ahora comenzaron a estudiarse por Montessori, Dana, por obras francesas de Cuvier, de Broca. Todo esto puede enmarcarse en un trienio que va de 1898 a 1901.³

¿Qué cambios introduce en la Universidad la instauración de la República de 1902?

Antes, la Constitución de 1901 había reconocido a la Universidad como el máximo centro docente, donde se formarían las futuras generaciones de cubanos. Enrique José Varona y Pera, el ilustre camagüeyano, que hablaba exquisitamente el inglés, el francés y el latín, había sustituido como Secretario de Instrucción Pública a José Antonio González Lanuza, el gran penalista, cuyo nombre llevaba antiguamente la Facultad de Derecho.⁴ Desde ese cargo, en 1900, había establecido un nuevo plan de estudios que quedó bautizado con su apellido: el Plan Varona. El proyecto concebía la creación de los Institutos de Segunda Enseñanza, que se erigieron, por ejemplo, en Matanzas, Camagüey, Santiago de Cuba, Pinar del Río, Cienfuegos, e incluso en Remedios y Sagüa la Grande. Tras cinco años de estudio y después de obtener la especialidad terminal en bachilleres en Ciencias o en Letras, los institutos proveían las matrículas de las Escuelas universitarias de aquel momento.⁵

³ María Montessori (1870-1952), educadora y médica italiana; James Dwight Dana (1813-1895), mineralogista estadounidense; Georges Cuvier (1769-1832), naturalista francés, Paul Broca (1824-1880), cirujano y antropólogo francés.

⁴ Desde 1973 la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana recibió el nombre de Ignacio Agramonte y Loynaz.

⁵ Con el plan Varona, el sistema de las Facultades universitarias, vigente desde la Colonia, cedió paso al sistema de Escuelas. Existían tres Facultades con doce Escuelas, se crearon las de Pedagogía; Ingenieros, electricistas y arquitectos; Agronomía; Medicina veterinaria, y Notariado.

La Universidad inauguró el primero de octubre su curso 1901-1902 con la oración inaugural —según era costumbre—, un discurso muy florido y bello, en el estilo de la época, en el cual se precisaba lo que hoy serían los objetivos del curso. Lo pronunció en esa ocasión don Alfonso de Salazar y Mendoza, entonces un joven profesor. Allí planteó que la Universidad debía servir los intereses de Cuba y estar atenta al desarrollo de los Estados Unidos de América, «esa gran nación, hermana y generosa». Por supuesto, estaba presente Leonard Wood en aquel viejo convento. Este anunció, a su vez, que ya se habían revisado los terrenos ocupados por la antigua pirotecnia militar para construir en ese espacio una nueva Universidad, neoclásica en su arquitectura y moderna en sus métodos de enseñanza. Ese es el antecedente del 21 de mayo de 1902, día en que el señor Estrada Palma se reunió con los profesores en claustro solemne y decidieron formalizar el nuevo emplazamiento de la Universidad, dejando sembrada, como constancia para la historia, la ceiba de la Constitución, y habiendo señalado, como antes hicieron Rómulo y Remo, el cuadrado donde iba a radicar la futura Aula Magna.⁶

Las elecciones en la Universidad tenían un sesgo patriarcal. Desde 1898 hasta 1915 se conoció como la Universidad de Leopoldo Berriol. Este era un abogado estilo *laissez faire, laissez passer*: en caso de alguna discrepancia, era partidario de soluciones mediadoras, no demasiado exigentes. Incluso tenía una práctica que ahora no se podría hacer: esperaba la fecha de San Leopoldo, día de su cumpleaños, y daba una fiesta en su casa, en la calle San Isidro, a la cual podía invitar a unos 150 ó 200 alumnos.⁷

⁶ En la Universidad, para celebrar el 20 de mayo de 1902, se adornaron los edificios con banderas y cortinas, y se izó la enseña nacional en el edificio principal, a las 12:00 pm, en el momento de ser arriada la bandera norteamericana. El día 21, a las diez y media de la mañana, se celebró en el salón de profesores la sesión en honor del antiguo alumno de la Universidad Tomás Estrada Palma —primer presidente de la República neocolonial por obra de la intervención norteamericana—, en la cual se le entregó una placa conmemorativa. En nombre del claustro, pronunció un discurso el doctor José Antonio González Lanuza. Ramón de Armas, Eduardo Torres-Cuevas y Ana Cairo Ballester, *Historia*

de la Universidad de La Habana 1728-1929, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, v. I, p. 284.

⁷ Entre 1899 y 1900 la matrícula giraba sobre unos mil alumnos en la única Universidad existente. *Ibidem*, p. 255.

La alta burguesía cubana comenzó a irse a los Estados Unidos, no por abaratar los costos de la carrera, sino para hacerse de un título de *Harvard University*, de *Yale*. En cambio, el pueblo cubano sí matriculaba en la longeva Universidad, en aquella locación tan magnífica ocupada por el convento, cerca de la sede del gobierno. Allí comenzó a vivirse una suerte de fiebre por la tecnología. En la Universidad se probaron los primeros automóviles que trajo a Cuba Henry Ford, los llamados cañones de pólvora múltiple, los famosos revólveres Colt. Algo muy interesante fue que hubo un acto de repudio porque los norteamericanos pretendieron hacer reclutamientos de estudiantes para el ejército yanqui.

El pueblo cubano quería esa Universidad, la sentía suya, no aquella Real y Pontificia, sino la de los estudiantes de Medicina, la de Agramonte y de Céspedes, la misma que Valmaseda había llamado «nido de víboras». Yo diría que la Universidad era más amada que respetada. Había respeto y admiración por las obras de Carlos Loveira, de Cirilo Villaverde, que habían salido de la Universidad, pero sobre todo había amor porque la sabían una Universidad de cubanos, había pocos españoles allí.

Para mí, la Universidad, en 1902, estaba como sorprendida, perpleja, sin preparación para el nuevo sistema y la nueva ideología, aunque sí creo que no abandonó sus principios cubanos y patrióticos, con todos sus antecedentes de nuestras guerras de independencia.

¿Qué obras de relevancia formaban parte del patrimonio cultural de la Universidad a principios del siglo XX?

Menciono solo dos a manera de ejemplos: la obra imperecedera de don Felipe Poey y Aloy y la de Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén. Con la irrupción de los norteamericanos se había privilegiado la investigación *in situ*, y Harvard, valiéndose de los trabajos de Poey, se interesó mucho en la Historia Natural, en el conocimiento de los peces que rodeaban la Isla, su hábitat, su calidad. No obstante, solo con la Revolución ha podido completarse la labor del sabio naturalista, porque en aquella época los norteamericanos la dividieron, usaron solo lo que les hizo falta. Antonio Sánchez de Bustamante es una de las más altas figuras del Derecho Internacional de todos los tiempos, fue por muchos años magistrado y presidió el Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, es nuestro jurista más conocido fuera de Cuba y debiera serlo más aquí dentro, como también debe ser conocido el enfrentamiento entre él y Julio Antonio Mella, entre otros aspectos de su biografía.⁸

⁸ Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén (1865-1951) participó en el gobierno de Gerardo Machado como ministro de Relaciones Exteriores, lo que motivó su expulsión del claustro universitario. Es el autor del Código de Derecho Internacional Privado, que se conoce como «Código Bustamante», adoptado el 20 de febrero de 1928 por la sexta Conferencia Internacional Americana, celebrada en La Habana.

En el mismo período, ¿qué connotaciones tenía el racismo y la pobreza a la hora de matricular en la Universidad?

Se ha especulado mucho, pero pienso que no existen pruebas fehacientes de que existiera un profundo y exacerbado racismo. No lo había, porque Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado, por ejemplo, eran personas «de color» y sin embargo

estuvieron en la Universidad. Lo que pasa es que había que ser «de color» con modales afrancesados y con una buena posición económica.

En esa Universidad la matrícula no era gratuita, se pagaba. En este punto hay algo prácticamente ignorado. La Universidad tenía un capítulo llamado «de insolventes». Insolventes era un eufemismo empleado para calificar a los bachilleres que carecían del mínimo sustento. La Iglesia estaba encargada de certificar la orfandad de los muchachos y su carencia de recursos, tras lo cual algunos recibían un acceso a la Universidad poco menos que humillante, pues si había fiestas, por ejemplo, debían fregar platos, cubiertos, servir mesas.

¿Y el hecho de ser mujer?

He buscado en varios archivos. Encontré que había no más de una decena de mujeres matriculadas en la Universidad de La Habana desde 1902 hasta 1905. Matricularon Farmacia, Filosofía, y Medicina (donde estaba la famosa Laura Martínez de Carvajal).

¿Cuáles actividades, amén de la docencia, tenían mayor peso en la Universidad?

Algo muy importante fue el deporte, que no se practicaba en la vieja Universidad. Los americanos trajeron el fútbol rugby, el badminton y algo en lo que después siempre fuimos campeones y ojalá rescatemos: el remo. Eran famosos los botes que salían desde el castillito de la Chorrera hasta Casablanca y luego retornaban. En esas competiciones los universitarios siempre fuimos campeones frente a los clubes aristocráticos del Havana Yatch Club y el Vedado Tennis.

Antes de 1922, fecha de inicio de la reforma, ¿cómo podría caracterizar la conciencia universitaria?

Los muchachos de diecinueve o veinte años de edad que ingresaban a la Universidad debían asistir a clases, según imponía la sociedad de castas, en cuello, corbata y sombrero de pajilla, y debían estudiar obligatoriamente el inglés. Esos son años en los que se va adocenando, bajo un sistema imperialista que se configuraba a mediano plazo, la mentalidad universitaria. La bonanza económica se reflejó en el ámbito cultural con la llegada de las grandes compañías extranjeras de teatro, las visitas de Rossini, de Puccini, el esplendor de la ópera, del teatro Tacón, del Teatro de la Comedia. Es un período en que retroceden las primeras manifestaciones de cultura española que tuvimos. La inmigración española hacia Cuba aumenta, pero cambia: ahora son catalanes, gallegos, extremeños, gente más pobre y no los habitantes del sur de la península, de mayores recursos.

Si bien en la Universidad había hombres como Carlos Baliño, Diego Vicente Tejera, José Miró Argenter o el General Emilio Núñez; personalidades progresistas, no estaba conformada la mentalidad de una universidad cubana e independiente, y era un pecado hablar de imperialismo.

¿Qué relaciones existían entre la Universidad y el país?

Tomás Estrada Palma nunca fue una figura universitaria. He visto su expediente, era una persona de posición social, de una familia patricia de Bayamo. Fue el candidato de los norteamericanos frente a Bartolomé Masó, un cubano mestizo, de guerra y manigua. Estrada Palma, —hablaba inglés y era ciudadano de la Unión, no conocía al rector de la Universidad, ni a los decanos, ni a los estudiantes. Eso exacerbó antiguos prejuicios suyos contra la Universidad, que si los alumnos eran «señoritos» y cosas por el estilo. En nada favoreció su gestión a la Universidad; es más, se le pidieron empréstitos

para solventar los gastos en laboratorios y nunca los concedió. Yo no calificaría de frías ni de benévolas las relaciones, más bien diría que eran nulas. A la Universidad, si bien ella estaba físicamente a sus espaldas, jamás le prestó la atención que merecía.

Andando el tiempo, hacia los años 20, 30... ¿qué preocupación recibió la Universidad por parte de los políticos?

Muchos políticos tuvieron intereses eminentemente «crematísticos», seguían el viejo camino del dinero. La Universidad, en aquellos tiempos, no era un reservorio de grandes fuerzas intelectuales, era un medio para alcanzar una posición política. Los políticos eran caudillos, hombres provenientes de las clases dominantes que no confiaban en la nueva intelectualidad ni en la nueva espiritualidad aportada por los estudiantes. Los políticos trataron de infiltrarse, pero lo hicieron a través de corifeos. En los años 40 se produjo un verdadero escándalo: la aparición del llamado bonche universitario. El bonche es una etapa oscura, pero no por ello debemos ocultarla. En esa etapa, lo mejor del estudiantado se enfrentó a pseudogánsters, copiados del estilo norteamericano de Meyer Lansky, de Al Capone, que pretendieron tomar la Universidad como sitio de albergue. Un profesor valiente, Ramiro Valdés Daussá —conservamos una tarja a su memoria en el atrio del Rectorado—, se enfrentó al bonche y pagó con su vida, pero nos libró totalmente del flagelo.

¿Cuáles rectores cree se merecen un lugar privilegiado en la historia universitaria?

En la época Real y Pontificia eran hombres de cuidada y erudita cultura. Pienso en fray Tomás de Linares, en fray Melchor Rosario y Sotolongo, un hombre que fue la organización en persona, pulcro en su escritura, quien dominaba perfectamente el griego, el arameo y el latín; en la figura sin par del más grande de los rectores de esa época, el gran orador, canónico, prebendado y maestro fray Remigio Cernadas y de Hita Salazar. En la época Real y Literaria, ya eran laicos los rectores; hay un momento fúlgido con la presencia de Felipe Poey y Aloy. Los otros rectores más destacados corresponden al siglo XX: don Leopoldo Berriel, amén de las críticas que se le pueden hacer; el insigne naturalista Carlos de la Torre y Huerta; José Miguel Cadenas y Aguilera, con su solicitud en los afanes universitarios —a él debemos la plaza homónima—; Clemente Inclán y Costa, el rector magnífico por antonomasia, quien por obra de la Revolución quedó de Rector hasta entregarle el cargo a Juan Marinello Vidaurreta, primer Rector de la Revolución, pasando Inclán a ser Rector *Ad perpetuum* hasta su muerte.

¿Algunas de las tradiciones universitarias de mayor arraigo?

La Universidad siempre tuvo el llamado «bataklán» universitario: fiestas carnavalescas, donde se exaltaba la alegría y en las cuales participaban también los antiguos manicatos, muchachos fuertes, valientes y, sobre todo, no corrompidos que rechazaban a los «copiones» —los fraudulentos—; las congas universitarias y las actuaciones de figuras artísticas de gran valía como Ernesto Lecuona, Ignacio Villa y Rita Montaner. La Universidad contaba con hombres tan exquisitos en el deporte ciencia como José Raúl Capablanca o con deportistas insignes como el «Relámpago Barrientos» o Jorge Lamar Schyewer. Ellos conjugaban lo que se llamó el tríptico perfecto: los deportes que educaban el alma, la cultura, que ilustraba y atersaba el espíritu, y los premios entregados por los maestros, por la Universidad, para perpetuar la memoria de Martí y que luego condujeron a la instauración del «Beso de la patria» en todas las escuelas.

¿Cuáles eran los principales sitios de encuentro de los estudiantes?

En los primeros años, el centro primordial de encuentro universitario y juvenil fue el Paseo del Prado, que ya había sustituido a la antigua Alameda. Las que después se conocieron como las esquinas del pecado, Prado y Neptuno y San Rafael y Galiano, eran arterias comerciales muy concurridas. Más tarde esos espacios fueron sustituidos por sitios colindantes con el llamado punto de ampliación del Malecón habanero, sobre todo durante los meses de la canícula ardiente. Luego se trasladaron a las zonas del Vedado, fundamentalmente a lo que se llamó «lengua asfaltada de piedras» —la calle 23—, una arteria vital desde L hasta Malecón. En el interior de la Universidad eran muy frecuentada la Plaza Cadenas, y más aún el Patio de los laureles, también la Plaza Lídice, donde el doctor Fidel Castro, siendo un joven estudiante, lanzó una arenga magnífica a favor de todos los oprimidos y perseguidos por el nazismo. Igualmente solían reunirse en la intersección de las calles San Lázaro e Infanta —donde hoy se encuentra el Parque de los Mártires—, lugar que entonces estaba rodeado de pequeños establecimientos para la venta de alimentos fríos o ligeros. Las instalaciones domésticas que rodeaban la Universidad fueron asimismo puntos importantes de concentración, como el bien añorado por mí Bodegón de Teodoro, que en verdad fiaba a los estudiantes.

¿Y los profesores más renombrados?

Recuerdo de los primeros años al gran pedagogo Carlos Aguayo; parece que por sus libros estudiaron todos, incluidos mis padres y mis tíos. Después puedo recordar a don Carlos de la Torre y Huerta, el sabio naturalista; a los insignes médicos de la Facultad de Medicina, al gran Landeta, al magnífico Yarini, al grande Núñez Portuondo, a los Inclán, a don Pedro Castillo. Sobresalían, en el plano de las humanidades, don Elías Entralgo y Vallina, Jorge Mañach y Robato, Salvador Salazar, Bernal de Riesgo, que había sido un fuerte apoyo para Julio Antonio Mella. En el plano femenino estaban las ilustres profesoras doña Vicentina Antuña y nuestra inmortal, la llamo así porque ha dejado escuela, Rosario Novoa Luis.

¿Y los trabajadores y bedeles?

Recuerdo a los hermanos Armenteros, eran dos, uno en Ciencias Sociales y Derecho Público y otro en la Facultad de Derecho. Recuerdo con mucho cariño a Roberto Hernández, que tiene una placa en el interior de la Facultad de Derecho; recuerdo a Pablito, a Heriberto, en Pedagogía, a Sanjinés en Medicina, a «Orlando Furioso», a quien llamaban así por sus cóleras, en Filosofía y Letras. Recuerdo también, en la Facultad de Veterinaria, a uno que usaba gruesos lentes y le decían «No pillá». Eran pseudónimos cariñosos. Al de Agronomía le decían «El guajiro», un señor de apellido Fernández de Velazco, si mal no recuerdo, que estaba siempre velando porque los muchachos no se llevaran sus maticas y sus flores para regalar a las novias. Estaba un personaje un poco temible, bedel de la añeja Facultad de Ciencias Comerciales, «Cuentarrápido», quien, al repartir las boletas, pronunciaba el nombre de uno y si ese no lo oía se quedaba sin nota. Había una mujer extraordinaria que limpiaba por la mañana en la Guarnición —policía universitaria— y que más tarde, al igual que hoy Fillo, se encargaba de la antigua Plaza Cadenas. A ella la llamaban María la Gorda y se ponía muy brava por eso. Los estudiantes lo hacían para referirse, supuestamente, a la Playa de Guanahacabibes, pero en realidad buscaban molestarla. Eran personas de iras apacibles, nunca provocaron escándalos ni problemas mayores.

¿Cómo era la vida cultural de la Universidad?

El teatro universitario había sido fundado por Ludwig Schalovitz —un judío errante que venía huyendo de las garras fascistas— y lo había instalado en lo que él llamaba el mejor decorado: el frontispicio de las columnatas dórico-jónicas de la Facultad de Ciencias. Allí se estrenaron *Prometeo encadenado*, *Medea*, *Las suplicantes*. También la Universidad tuvo su banda, dirigida en cierto momento por el maestro Gonzalo Roig. Surgió el coro universitario dirigido por Nena Muñoz de Acevedo, con las figuras de Elena de Armas y de Ramonín Valenzuela. Se hacían ferias del libro en la Plaza Cadenas, con la presencia de personajes significativos para la cultura. Recuerdo que el PSP estaba detrás de eso.

En cuanto a las publicaciones, la hoy llamada Comisión de Extensión Universitaria estaba dirigida por Roberto Agramonte y Pichardo, que si bien traicionó luego a la Revolución, antes había hecho una labor editorial fecunda. Él se dedicó al rescate de clásicos cubanos, de las obras del padre Caballero, de Félix Varela, de Tomás Romay, de Carlos Loveira, de Cirilo Villaverde, de las obras de fray Candil, prohibidas en Cuba, y las de Justo de Lara.

En cuanto a la música clásica, Caturla es la figura cimera de carácter universitario. Amadeo Roldán no pasó por la Universidad y no tuvo por tanto, esa huella profunda. Caturla fue un hombre que rompió con muchas barreras, la primera de ellas la del color de la piel, al casarse con una señora del color del ébano. Rompió con la estructura tradicional de las sonatas y de las rapsodias, solía improvisar en mañanas tempranas en la ciudad de Remedios a través de un pequeño tamborcito batá. Fue alumno distinguido de la exquisita profesora Boulanger. Caturla merece, en su ambivalencia como jurista y músico, un lugar preclaro.

El cine universitario merece otra entrevista. José Manuel Valdés Rodríguez, Chema, que tiene una placa en el edificio Varona, hombre revolucionario vinculado a todos los movimientos progresistas, fue el creador de la Cinemateca universitaria. Su primer curso lo ofreció en 1938, con el título «El cine, arte o industria de nuestra época», para él importó obras famosas como *El acorazado Potemkin* y *La madre*. Todo el ciclo de Eisenstein se vio allí por primera vez en Cuba, como también se vieron los clásicos norteamericanos, Griffith, por ejemplo, el creador de la célebre *Intolerancia*. La primera universidad que tuvo una Cinemateca en el continente fue la Universidad de La Habana.

Después del año 1940, vino el gran maestro Erich Kleiber, que ofreció conciertos en la Plaza Cadenas, hoy Agramonte. Después fue la época del ballet, Alicia y la FEU.⁹

Eran los estudiantes los que promovían toda esa actividad. Había un profesor, Alejandro Baralt, que era también dramaturgo y que con *Las auras huyen de la tormenta* alcanzó gran fama en el ámbito estudiantil. No existía el desarrollo de hoy, no había departamentos de extensión universitaria, eran motivaciones puramente estudiantiles pero sí creo que la gente de pueblo iba con los estudiantes, porque a la calidad se unía la gratuidad de las funciones.

Por otra parte, la mejor biblioteca que tenía Cuba en aquellos momentos era la de la Universidad de La Habana. Era la única abierta al servicio público.

⁹ «La Dirección de Cultura [de la FEU de la UH, entre finales de 1948 y principios de 1949] ofreció su ayuda al Ballet y de inmediato desarrolló una actividad encaminada a crear una conciencia sobre el valor que tenía para Cuba la existencia de una Compañía profesional, a demandar ayuda del pueblo, y a exigir el apoyo del gobierno. Por mediación de Delia Echevarría y Raúl Roa se logró una entrevista con el Ministro de Educación que compró tres funciones a cinco mil pesos cada una. Una fue brindada en el Auditorium (hoy Amadeo Roldán) para el Gobierno y el Cuerpo Diplomático, y dos gratuitas en el Stadium Universitario: una para escolares y otra para el pueblo». Al respecto, ha expresado Alicia Alonso: «La FEU evitó que el Ballet se quedara en medio del camino. Fue una gran

ayuda. La FEU ha estado con nosotros desde el principio». En 1956, el Ministerio de Educación del gobierno de Batista, por sugerencia de Guillermo de Zéndegui, director del Instituto Nacional de Cultura, suprimió el día cinco de agosto la exigua subvención que el Ballet de Cuba recibía del Estado. Ante este gesto de represalia de la tiranía, que había tratado infructuosamente de oficializar la agrupación danzaria, la FEU de la UH, de nuevo a través de su Dirección de Cultura, ahora con Raúl Amado-Blanco y Raúl Roa Kourí, convocó a una función de desagravio, nuevamente en el Stadium Universitario, para el sábado quince de septiembre. Hilario Rosete Silva y Julio César Guanche, «La voluntad, Carmen sempiterna», *Alma Mater*, n. 356, marzo de 2000, pp. 8-9.

¿Qué relación tenía el medio intelectual con el universitario?

Gastón Baquero trabajaba en el *Diario de la Marina*, pero yo nunca lo vi en la Universidad. Nunca supe, te hablo de mi experiencia personal, que Lezama y el resto del grupo Orígenes tuviesen algún tipo de relación con la Universidad. Nicolás Guillén estudió Derecho y lo dejó. Alejo Carpentier Valmont matriculó Arquitectura y tuvo que dejarla. Sí me acuerdo de Lydia Cabrera y de Fernando Ortiz. Este era una figura universitaria, era profesor, como Jorge Mañach y Robato. Emilio Roig de Leuchsenring era profesor agregado, adjunto se diría en nuestros días. Los Paco Ichaso y los Iraizos, si quieres los «descendientes» de los Villaverde y los Loveira, estaban en la Universidad, pero yo no me atrevería a decir que la Universidad y los intelectuales marcharan juntos.

¿Cuáles eran las principales «lacras» de la Universidad durante la República?

Lacras es una palabra muy dura. La Universidad no tiene lacras porque ellas le fueron impuestas. Observa que es la única institución sobreviviente en Cuba después de la Iglesia católica, apostólica y romana. En realidad, más que lacras preferiría llamarles *llagas*. Tú sabes que las llagas pueden curarse. Las llagas pueden ser desde el comprometimiento político y el pago de favores personales a través del otorgamiento de cátedras o del aprobado en un examen, hasta que un profesor abandone a su esposa y tenga amores con una alumna, pasando por el hecho de que un profesor, a través de un testafarro venda en forma de *Apuntes* o *Selecciones* la transcripción de sus conferencias. También constituyen llagas las derechas metidas en la Universidad intentando asociarla a las universidades norteamericanas, a los llamados *American Clubs Lyceum*, lo que suponía un atentado contra nuestra identidad.

¿Y las virtudes?

Son muchas más. La primera virtud es que la Universidad haya podido sobrevivir sin cerrar sus puertas frente a tantos enemigos, *ab intra et in extra*. Desde el primer rector, fray Tomás de Linares hasta el actual, Juan Vela Valdés, y desde aquel estudiante magnífico que fue Tomás Romay, pasando por todas las generaciones de los protomártires, Julio Antonio Mella Mc Partland, Rubén Martínez Villena, José Antonio Echeverría y Bianchi, Fidel Alejandro Castro Ruz, y la de ustedes mismos, la Universidad conoce lo que es el amor. Y el amor lo salva todo. La Universidad se ha granjeado, con su historia, el amor, el respeto y el prestigio social.

Hay universidades en las cuales se refugian la reacción y la contrarrevolución, aunque sea solapadamente. En cambio, a no ser que sean los mejores actores del mundo, superiores a Lawrence Olivier o a John Gielgud, los alumnos de la Universidad que yo conozco, se sienten, con mayor o menor intensidad, orgullosos de su Universidad, de su Universidad cubana y revolucionaria. Esos tres aspectos: amor, prestigio y calidad son tres virtudes resumidas en una sola: la pervivencia lúcida y honda en el tiempo.

Rubén limpio de polvo y paja. La política y el intelectual en Cuba

Entrevista con Fernando Martínez Heredia¹

Entre la publicación de «Peñas arriba», en 1917, y la organización del Cuarto Congreso de Unidad Sindical en 1933, Rubén Martínez Villena vivió una de las existencias más penetrantes del siglo XX insular. Más conocido por su actividad política que por su hontanar intelectual, dio al trazo de la República moral una connotación de civismo, ética y justicia social que hizo adelantar la rebeldía al status de una Revolución. Sin cumplir 25 años, la edad en que la mayoría apenas ha dicho dos o tres cosas de nula importancia, Rubén había escenificado la Protesta de los Trece, entrenado para piloto con el fin de bombardear el Capitolio cubano, creído inicialmente que los males del país eran subsanables con la eliminación de la corrupción, escrito páginas esenciales, y abierto al fin su pensamiento hacia una lectura renovadora de la historia y el futuro de Cuba.

El grito de Martínez Villena, y de otros jóvenes en la Academia de Ciencias, en 1923, fue la obertura cubana a la modernidad del siglo XX. Esa generación miró al país y se lanzó furiosamente a rehacerlo. Villena, junto a Mella, Pablo, Marinello y Roa conforman el ala radical de esa generación, que por primera vez transitó las rutas de los marxismos en Cuba y produjo interpretaciones fundamentales (amén de algunas muy erradas) sobre José Martí.

La poesía de Rubén, con «la inflexión y el fuego de los Versos libres de José Martí» según Cintio Vitier, lo había llevado a ser uno de los escritores de mayor relieve de su generación, pero igual sirvió de pretexto a una polémica que continuaría a través de los años —con otros motivos—, cual epítome de la diversidad de caminos seguidos por aquella primera generación republicana. No obstante —y aunque apenas leída hoy— su obra no necesita de aquella algarada para formar parte de la historia literaria del país.

Mientras Rubén leía a José Enrique Rodó, Julio César Gandarilla, José Ingenieros, José Vasconcelos, Ramiro Guerra, Enrique José Varona y Manuel Sanguily, agitaba sindicatos, preparaba huelgas y vivía agónicamente el día a día de la revolución. En Moscú, en 1931, recibía esta carta de su amigo Pablo de la Torriente: «Más adelante acaso entre Raúl y yo hagamos un libro y en él pondré detalles cineografiados de interés casi histórico. Lo primero que he hecho es el último capítulo. Se titula: “La revolución de la mierda”. Y Raúl ya tiene también el título de su epílogo: “La mierda de la revolución”. Como ves, esto apesta que es una barbaridad».²

¹ Hilario Rosete Silva es coautor de esta entrevista, publicada antes parcialmente en *Alma Mater*, n. 353, La Habana, diciembre de 1999, pp. 8-9.

² «Carta de Pablo a Rubén», *La Gaceta de Cuba*, UNEAC, La Habana, n. 1, enero-febrero de 1998.

³ A cinco meses del asesinato de Mella, los comunistas cubanos fueron duramente criticados por la Internacional Comunista (IC) al postular la necesidad de alianzas con fuerzas nacionalistas. En ese

momento la estrategia de la IC era la lucha de clase contra clase, con lo que excluían a todas las corrientes revolucionarias, patrióticas y democráticas de signo diferente al del Partido Comunista.

- ⁴ Sus querellas se extenderían luego a Guiteras, una vez derrocado Machado y constituido el gobierno provisional de Los Cien Días.

La complejidad de aquel momento resulta hoy prácticamente desconocida. Los comunistas cubanos de la hora no llegaron al criterio de unidad defendido por Mella, contaminados del sectarismo de las tesis de la III Internacional.³ En lugar de ampliar sus bases sociales, el Partido acumulaba ataques contra la pequeña burguesía.⁴ Con la brutal represión, el Partido estaba diezmado y dividido el movimiento obrero. Villena fue parte de esos desgarramientos, y muy preocupado con la situación, escribía en 1932: «Nuestro Partido se encuentra en la actualidad destrozado. No existen cuadros de lucha, ni organizaciones eficientes. Los efectivos con que contamos son en extremo escasos. Nuestra influencia en las masas es muy superficial y relativa». No obstante, Villena logró, menos de un año después, movilizar 200 mil personas con un Partido que apenas rebasaba los 400 efectivos, llevar el país a la huelga general y contribuir decisivamente a la caída de Machado. A poco moriría, «prosaicamente», de tuberculosis.

Fernando Martínez Heredia es quizás uno de los cubanos que mejor conoce a Villena y su época. Participante de la lucha insurreccional, profesor, director de Pensamiento Crítico y del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana hasta 1971, Martínez Heredia es uno de los estudiosos más constantes de la historia nacional. Hoy investigador del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, descubrió hace mucho «el secreto profundo de la emoción» que despierta Rubén y considera que

en vez de destrozar sus versos, Rubén compuso con su vida un gran poema, y logró trascender a las flaquezas del cuerpo y las limitaciones de la actuación. Por eso, su lugar en la gesta cubana está tanto en sus dísticos patrióticos que se repiten en las tribunas como en sus versos de amor con que cada generación de cubanos busca enamorar y enamorarse. Está tanto en las páginas de encomios políticos que se le dedican como en la prodigiosa manera en que la música de Silvio resuelve el juego juvenil de alas y nubes y el grave y esencial tema de «La pupila insomne», para despeñarse enseguida, afiebrada y tenaz, en la más intensa traslación a sonidos de la Revolución del 30 que yo haya escuchado.

Las respuestas al cuestionario que sigue sobre Villena, su generación y su época fueron escritas por Martínez Heredia en medio de un viaje tumultuoso por varios países europeos, a donde había sido invitado a pronunciar charlas sobre el futuro de Cuba y la necesidad de un pensamiento anticapitalista. Asegura que tuvo que inventar el tiempo, pero no dejó de cumplir su promesa: hablar de Rubén, de la complejidad y la belleza de su vida, de las lagunas de la historia y de la esperanza que sobreviene con la lucidez. Para Martínez Heredia, entre las vidas trascendentes que ha producido esta Isla, «Rubén es el héroe romántico de la revolución proletaria».

¿Qué diferencias encuentra entre el Rubén de 1923-1924 —«el único patriota de los veteranos»— y el de marzo de 1930: «decían que no habría huelga y hay huelga: decían que yo no hablaría y estoy hablando»?

En ese lapso de siete años, se produjo la gran transformación de Rubén. El joven orador brillante que se suma al Movimiento de Veteranos y Patriotas ha hecho la carrera de Derecho y la vida bohemia de los poetas «nuevos» de los primeros años 20. De familia media y ambiente culto, es un intelectual que domina su idioma, busca

obsesivamente una poesía esencial que no aparece, y dialoga en sus versos con la muerte. La Protesta de los Trece es su carta de presentación cívica. La República corrompida y democrática de Zayas exige un rechazo más profundo, y los movimientos de veteranos han sido como la conciencia moral del país desde el inicio del siglo, aunque más de una vez se enredan en lamentables manipulaciones politiqueras. Rubén se enrola en el último que alcanzará relevancia, y su convicción y audacia lo llevan a tratar de ser piloto, para participar en un intento insurreccional.

El desengaño fue muy cruel para él. Cuando regresó de los Estados Unidos no quería ni salir a la calle. Poco a poco se reincorporó a su medio. Entonces habría podido seguir la senda de otros intelectuales cívicos, entre preocupaciones y manifiestos. La protesta del país se apagaba y comenzaba una etapa de autoritarismo que desembocó en una tiranía. Rubén optó —y quiero insistir en el valor de su opción, cuando no estaba «de moda»— por acercarse con lentitud, pero con decisión, a la rebeldía misma, la que reta al orden y al sistema en su conjunto. Hizo todo el camino. Profesor en la Universidad Popular José Martí, editor de revistas de izquierda latinoamericanistas, abogado de sindicatos, hasta dar el paso de la militancia política al ingresar en el novel Partido Comunista, en 1927.

Su vida cambió. Rubén no entregó su cerebro al ideal revolucionario, sino todo su cuerpo y su alma. Esa dación es el secreto de su trascendencia como individuo, que lo hace rápidamente dirigente de humildes que admiran mucho al doctor que viene a ellos, y mucho más al compañero que les hace olvidar que es doctor. Rubén comparte las luchas, los proyectos y las nochebuenas con los grupos de obreros que son influidos o militan en su organización. Se aleja físicamente del mundo social del que procedía. Su frase desafiante de aquel 19 de marzo de 1930 es como un triunfo de la paciencia de un intelectual, destinado a brillar por la palabra, que ha sabido callar y trabajar y ayudar a tejer una organización, y que ahora retoma la voz, para anunciar que hay una fuerza nueva que se levanta. Rubén no sabía entonces cuánta paciencia le exigirían los meses y los años que venían, pero ya estaba preparado para arrostrarlo todo.

Entre Rubén y Mella, ¿quién fue el maestro?

Mella. Está el busto vigilante frente a la escalinata, está el rostro en los símbolos, pero no es mucho lo que conocemos de su pensamiento, sus actuaciones y su grandeza. En solo veinticinco años de vida, Mella tuvo una trayectoria maravillosa. Asombra el alcance de su primer liderazgo, que levantó aquella Universidad soñolienta y mediocre a la altura de la rebeldía, que es la mayoría de edad de la cultura. Un joven advenedizo, bello e insolente, de arrebatos románticos, que apenas logra cambiar la historia de la Universidad y ya está sumergido en el mundo del sindicalismo revolucionario y las ideas comunistas. Crea un semillero de organizaciones y galvaniza al país con su huelga de hambre. Mella fue un líder de una talla tremenda. Sometido al exilio, su papel en el comunismo mexicano fue muy grande, aquí eso es casi ignorado, y sin embargo vivió esos cuatro años entregado a la lucha por una revolución cubana.

Rubén no vio la senda más radical y de futuro con la claridad que la vio Mella. Este lo apreció mucho a pesar de ello, porque supo advertir los valores que tenía Villena. Por eso su suave burla de llamarle «el único patriota» es un elogio y un llamado. Y Rubén supo ser sensible a ese llamado y ocupar un lugar en la lucha. No olvidemos los encargos de Mella que Rubén plasma en estudios de la situación cubana, textos que aquel y Leonardo Fernández Sánchez leerán en el Congreso Antimperialista de Bruselas, en 1927. Rubén se agiganta en su entrega en estos últimos años de la vida de Mella y expresa, en nombre de su Partido, el dolor y la indignación que siente ante su

asesinato. Cuatro años después defenderá la memoria y el lugar de Mella en el movimiento comunista del continente, ante el intento mezquino y burocrático de disminuirlo.

¿Cómo incidió Fernando Ortiz en la formación de Rubén?

Rubén es un jovencito cuando comienza a trabajar con Ortiz, que ya es un estudioso muy profundo y reconocido de las realidades sociales cubanas, y un próspero abogado. Estoy seguro de que la honradez, la consecuencia en las ideas liberales y el espíritu científico del doctor Ortiz fueron factores muy positivos en la formación del joven Rubén, y también sus ideas y acciones a favor de poner la cultura en función de la educación social y la búsqueda de reformas sociales. El de Ortiz era otro hontanar intelectual, muy diferente al de la poesía de la que Rubén bebía con tanta pasión y empeño, lo cual enriqueció sin duda la educación del joven.

En 1923, Rubén preparó una colección de discursos de Ortiz —*En la tribuna*— y escribió el prólogo a solicitud de este. El texto de Rubén execra la oratoria hueca y exige a la palabra ser vehículo del pensar y la investigación, describe las calidades de científico social de Ortiz, elogia su capacidad de combinar «maciza cultura», «solidez de ideas» y «sal criolla», su laboriosidad y su civismo. Pero quizás lo más destacable del hecho fue la sagacidad del «viejo» Ortiz, al solicitar las palabras liminares del libro a su secretario particular, un joven veinteañero ya envuelto en una cruzada cívica, poeta por más señas —de menor rango y de un mundo ajeno a él—, un prologuista que define al autor como uno de los maestros que necesita el país.

¿Qué tendrían en común Pablo y Rubén? ¿Qué les dejó aquel primer juego de pelota en la azotea de Ortiz?

La amistad, esa prenda rara y hermosa, la afinidad electiva. Si hubieran sido hijos de vecino, hubiera sido bella también su amistad. En realidad, todavía lo eran cuando se hicieron amigos. Rubén compartió con el gigantesco deportista en su terreno, hablando de deportes y practicando alguno juntos. Y se sintió feliz cuando supo que el otro quería ser escritor, leyó papeles suyos y fue su primer editor. Tenían comunidad de ideales, pero Pablo solo ingresó en la lucha política en 1930, cuando Rubén se iba al exilio. Pablo supo tallarse, construirse en la entrega de sí, hasta culminar en la Revolución española, en 1936. Insepulto Villena, Pablo escribió en el diario *Ahora* que no había conocido a hombre alguno con semejante atracción personal. Multitud de compañeros de Rubén, dice, que nunca lo vieron, hablaban de él con la certeza de quien nos es familiar. «Tenía Rubén el secreto profundo de la emoción». Les pido que lean esas dos cuartillas de Pablo —«El magnetismo personal de Rubén»—, que dicen tanto en homenaje al ser humano, esa dimensión superior que es definitoria del militante.

De las polémicas Villena-Mañach, ¿sobre cuál valdría la pena volver?

Ante todo nos conviene conocer la obra de Mañach, por sus valores intrínsecos y como parte del ejercicio de apoderarnos de la historia de nuestras ideas. Además, para combatir con el uso de nuestras mentes la funesta tendencia a imponer un mundo en blanco y negro, en el que se reparten premios y castigos, un mundo de ángeles y demonios. Ya situados aquí, es imprescindible conocer la trayectoria y las posiciones de Mañach, y las de los demás que tuvieron ejecutoria pública, y los contextos que los condicionaron.

Villena y Mañach recorrieron juntos un camino de jóvenes, cuyo hito principal es la Protesta de los Trece. Mañach eligió la senda del rigor ensayístico, del crítico de arte y

el analista de la alta cultura y del choteo, siempre preocupado por la situación y la suerte de su patria, pero, sin duda, ajeno a las ideas de izquierda. Como se le fue viniendo encima el parteaguas de una revolución, nuevas opciones lo llevaron al campo reaccionario. Era forzoso que ambos chocaran y se enfrentaran, porque sus ideales se oponían, ambos tenían actuación pública y eran intelectuales. Murió Villena y Mañach siguió en el campo contrario. Después, terminó la Revolución del 30 y Mañach vivió un cuarto de siglo más de actuación intelectual y cívica que no es el caso examinar aquí.

Toco apenas tres momentos. En 1925, Mañach trata con dureza en sus influyentes «Glosas» al recién fallecido José Ingenieros, el que le dedicó su brillante Tesis de medicina al bedel de la Facultad. Rubén sale en su defensa y reclama una discusión pública de las ideas y la conducta de Ingenieros, a celebrarse en la Universidad Popular. Mañach declina, aclarando que él no conoce suficientemente la obra de Ingenieros. ¿No podía hacer el esfuerzo y prepararse? ¿Tendría otras razones? El segundo momento es en 1927, y es el famoso por el exabrupto de Villena, que compara el poco aprecio que siente por su poesía con el desinterés de la mayoría de los intelectuales por la justicia social. Le está clavando una banderilla de fuego a Mañach —que ha sido realmente mezquino con Rubén en el artículo que originó la polémica—, pero lo importante es realmente su planteo de las obligaciones morales y políticas de los intelectuales ante el mundo en que viven. El problema era crucial entonces, y lo será siempre. Quiero enfatizar que este problema es vital en la Cuba actual, donde el apoliticismo ha crecido y crece en muchos medios sociales, incluido el intelectual. Mañach y Villena tenían menos de 30 años en 1927. El joven de hoy puede preguntarse: ¿busco conocer las realidades que me rodean y las ideas, seriamente, para pensar, ejercer mi derecho al criterio y actuar? ¿Me limito a mi esfera privada, o a hacer alguna crítica mordaz de vez en cuando, o asumo el lugar social a que me obliga mi capacidad de ver más profundamente y más lejos?

El tercer momento que anoto es «la aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas». En Cuba, poco antes de la caída de Machado, Rubén habla de un extraño. Llama a Mañach «doctor», «escritor», «graduado de Harvard». Fríamente se contraponen, en la clandestinidad y enfermo, al otro, embarcado en su apoyo a la mediación de Sumner Welles; pero no polemiza con él. Exige que se opongán ideas a las ideas que él ha publicado en *Mundo Obrero*, y no calumnias e insultos. Resalta la incapacidad de la posición de Mañach y sus seguidores para discutir seriamente, y las manipulaciones a que se dedican al reproducir sus argumentos, y reivindica su fe en el marxismo y en la victoria mundial del proletariado. Mañach y Villena están en las antípodas.

Militante de una vocación «desinsularizadora» —y a la vez afirmativa— de la cultura cubana, ¿qué influencias de allende los mares se cernieron sobre Rubén?

América Latina fue decisiva en esas influencias. En los años 20 sus temas políticos, su literatura y su arte, sus ideas, sus pensadores y hombres cívicos, sus problemas básicos y la posibilidad de una unión de signo antimperialista, son asuntos usuales y muy sentidos en muchos medios cubanos. La Revolución mexicana ha producido un tremendo impacto en todos; se rechazan las intervenciones norteamericanas en la región y, desde 1927, el nombre y la gesta de Sandino se hacen populares. Se recibe a latinoamericanos ilustres que pasan por La Habana, se leen sus libros, se intercambian poemas y artículos y se discuten ideas. Rubén es uno de los mayores exponentes de esas influencias. Es muy buen conocedor de ideas, pensadores, sucesos y situaciones; publica numerosos artículos de tema latinoamericano en esos años. Sus versos más famosos hoy, los del «Mensaje Lírico Civil», están dirigidos a un peruano y se

encomiendan a la Madre América. No está solo. Entre tantos otros cubanos, recordaré aquí solamente el insólito elogio fúnebre a un amigo mexicano que hace José Antonio Fernández de Castro, en que apoya su fusilamiento por contrarrevolucionario y distingue entre indigenismo y socialismo, o el «Novísimo retrato de José Martí» de José Antonio Foncueva, publicados ambos en 1928 en la revista *Amauta*, de José Carlos Mariátegui.

Como decía al inicio, Rubén evoluciona, y en los nombres de las revistas que anima, *Venezuela Libre*, *América Libre*, puede verse el sentido que le da a la relación con nuestro continente, como se ve en su actividad práctica en la Liga Antimperialista y sus relaciones con revolucionarios de la región. Esto le sirvió de manera óptima para ampliar el horizonte de su patriotismo nacionalista y para darle un ámbito legítimo a su opción de izquierda internacionalista. Los primeros libros de marxismo se los pasan los exiliados venezolanos en la «cueva roja» de la calle Empedrado. Desde su anclaje latinoamericano, Rubén fortalece la autonomía cultural de su posición, y aumenta su capacidad a la hora de absorber las influencias de otras culturas más lejanas, a partir de su militancia comunista. Esa influencia benéfica se advierte también en otros revolucionarios. Un ejemplo: Gabriel Barceló cita un libro de César Vallejo al polemizar con Mañach desde la cárcel de Pinar del Río, a fines de 1931.

Por cierto, desde 1959 esta historia de relaciones e influencias entre nuestro país y el continente se convirtió en una intensa y riquísima interacción que imprimió su sello a los cubanos e impregnó nuestra cultura. Pero en los años 90, a pesar del gran salto en las relaciones económicas, estatales y de otros tipos, en el terreno de las ideas esa influencia se ha debilitado, si la comparamos con las de otras regiones.

El exilio ha desempeñado algún papel en la vida de todos los protagonistas de las revoluciones cubanas, excepto Céspedes y Agramonte —que estudiaron en el extranjero— y Antonio Guiteras que nació en Pensilvania, pero vivió siempre en Cuba. Las historias posteriores a 1959 han desdibujado los exilios revolucionarios cubanos en los Estados Unidos. Ellos siempre tuvieron alguna relevancia; allí vivieron, se reunieron y bregaron por su país numerosos cubanos. Rubén vivió tres momentos de exilio en los Estados Unidos: 1924, 1930 y 1933. Ya comunista en los dos últimos, fue una personalidad en la Nueva York de izquierda: organizaciones, «centros», personalidades y publicaciones eran sus interlocutores. Las concepciones de la III Internacional llevaban a los comunistas cubanos de entonces a asignar un papel principal, entre las condiciones para obtener la victoria revolucionaria, a la acción solidaria que deberían desarrollar la clase obrera y el comunismo norteamericanos. Rubén compartía esa idea. Pero, por lo mismo, era sumamente crítico ante la enorme distancia existente entre esa formulación teórica y las realidades del país vecino, incluidas las actitudes del Buró del Caribe de la Internacional, que allí residía, y de la dirección del Partido Comunista norteamericano. Su artículo de 1933 sobre las contradicciones internas del imperialismo y la revolución en Cuba estaba muy influido por aquellas concepciones; sin embargo, sus actitudes prácticas en ese último año en que ofrendó lo que le quedaba de vida a la Revolución estuvieron muy teñidas de aquella actitud crítica, y de la profunda formación de revolucionario cubano y latinoamericano que había adquirido. Estos hechos deberían estar en la base de las interpretaciones que se hagan de su última trayectoria, y de las actitudes de otros protagonistas de la crisis revolucionaria de 1933.

El marxismo es la concepción teórica que abraza Villena, primero como estudioso, desde 1925, y pronto también como militante del comunismo. El marxismo ejerce una influencia determinante en su obra, y mantendrá esa convicción hasta la muerte. Vive también una experiencia singular: dos años en la URSS del primer plan quinquenal y en

la Internacional del VI Congreso (1928-1935), aunque gran parte del tiempo lo pasa en el sanatorio antituberculoso. Por cuestiones de espacio, no puedo tratar aquí aspectos esenciales relativos a qué marxismo impacta a Rubén, y qué cambios en las interpretaciones y adecuaciones resultan dominantes en el marxismo en los ámbitos donde se mueve Rubén entre 1927 y 1933. La cuestión es de la mayor importancia, y está ligada a una verdad que debería ser de Pero Grullo, pero fue negada durante décadas: el marxismo tiene historia, y condicionamientos concretos. Quiero al menos reiterar la necesidad de que los jóvenes cubanos se apoderen de esa historia que hoy está en la sombra y no parece de interés, pero es apasionante y sumamente útil, y debe pertenecer a todos.

¿Fue la Protesta de los Trece un acto planificado, pensado, por sus protagonistas? Sea como fuere, ¿qué dice a los jóvenes cubanos de hoy?

Roa afirma que la idea surgió en el almuerzo con que se festejaba el éxito de la puesta de una zarzuela de Andrés Núñez Olano y Martínez Márquez. De allí salió un grupo de quince hacia la calle Cuba, a protagonizar la protesta. Acordaron que Rubén tomara la palabra sorpresivamente, a nombre de todos. No hay que creer que este hecho fuera un capricho juvenil. Los jóvenes protestantes querían iniciar un movimiento contra los gobernantes corruptos —como decía el manifiesto que escribió Villena y firmaron trece—, y amenazaban hacerle un repudio a todo funcionario venal que se presentara en público, incluido el presidente Zayas. Ellos intuían que ejecutaban hechos históricos, y aspiraban «a despertar al pueblo».

¿Qué dice todavía aquella protesta a los jóvenes de hoy? Ante todo, les muestra tres necesidades: ser capaces de reconocerse afectivamente como jóvenes, por sus ideales y sus acciones; ser honestos, lo que no se satisface fácilmente, y obliga a encontrar qué es ser honesto en cada circunstancia, y atreverse a ser rebeldes ante lo mal hecho, aunque nadie les indique cómo ni cuándo. También es la prueba de que el decoro puede alzarse y hacerse oír, aunque su voz parezca muy débil. Esas son lecciones de valor permanente. Además, la Protesta nos muestra que los rasgos y los límites de cada persona pueden ser superados y contenidos, al menos por un tiempo, en un esfuerzo colectivo valioso. Por último, que determinados hechos pueden potenciar su entidad práctica cuando, en una coyuntura determinada, son convertidos en símbolos.

Víctor Raúl Haya de la Torre invitado a la inauguración de la Universidad Popular José Martí y sentado en la presidencia... Villena, poco después, fue profesor y secretario de esa institución. ¿Apenas un punto de coincidencia? ¿Cómo corren las líneas de sus vidas?

En una céntrica calle de Berna hay una casa en la que vivió Einstein a inicios de siglo, hoy convertida en museo. La ventana del fondo da a un callejón y en él, a cincuenta metros, está la puerta de entrada a la biblioteca de la Universidad. En esos años, todos los días, Lenin caminó por allí y entró por esa puerta, a estudiar y escribir arriba. Es asombroso, quizás se miraron, pero no se conocieron Lenin y Einstein, a pesar de los papeles formidables que ambos iban a desempeñar. Así son las casualidades, los azares que tanto lugar real tienen en las vidas de cada uno. Si admitimos esa verdad, muchos hechos reales nos resultarán normales y admisibles, no nos fatigarán las teleologías, y el presente no se verá tan obligado a gobernar el pasado, ni a torcerle el brazo para convertirse en su futuro.

Mirados desde Cuba, Rubén y Haya de la Torre, uno en la mesa aquel día, el otro en el público, han vivido un azar. No tienen más punto de contacto. Pero no está de más

recordar que Haya también tuvo su futuro —vivió hasta 1979—, en el que fue un personaje muy central en la política de su país. El APRA peruano fue uno de los partidos populares del continente más arraigados en su suelo, y los militares le hicieron la guerra con una constancia ejemplar. Haya nunca fue presidente, pero tuvo un lugar privilegiado en el imaginario popular hasta después de muerto, pese a que su partido se había desgastado totalmente desde mucho antes. Y el individuo Víctor Raúl fue bastante consecuente con sus ideas.

«Si un grano de poesía puede sazonar un siglo», «la poesía en acción puede transformar el mundo», ¿qué poesía encontró Rubén entre los trabajadores?

Hace veinticinco años, muchos vimos acá un filme húngaro, *La oración inconclusa*. Un matrimonio de obreros comunistas, ya mayores, resistentes contra el fascismo en 1930, aunque no hay nada a favor ni se ve luz por ninguna parte, discuten en su humilde cocina. Ella, exasperada, le dice al marido: «Si Marx hubiera tenido que trabajar como trabajamos nosotros, nunca habría escrito *El Capital*». Suena duro, pero es cierto. Y ellos, además, seguían luchando, aunque se quejaban. Las realidades siempre son complicadas, y el larguísimo camino hacia el fin de todas las dominaciones se emprende con diferencias abismales entre el trabajo manual y el intelectual. Esa ruta no solo tiene marchas, estaciones y atajos; también registra desconciertos, rodeos, retrocesos y callejones sin salida. La cuestión, sin embargo, exige salir hacia la liberación desde el primer día, aunque gastemos la vida en una fracción del trayecto. Esto obliga mucho a todos los participantes, no solo a los intelectuales. Es imprescindible partir de lo que existe, pero más lo es que las acciones sean muy superiores a lo que parece posible, dado lo existente. Hacen falta canciones como aquella en que Silvio pregunta por las artes y por la ideología desde las manos congeladas de los humildes obreros del mar del barco Playa Girón, y hacen falta canciones de amor. Unas y otras serán militantes si son obras de arte y si nos ayudan a que «escriban su historia» los propios trabajadores; esto es, a que sean las mayorías las que conozcan los datos de los problemas fundamentales y las que tomen las decisiones sobre ellos.

Esto no rebaja la importancia tremenda del trabajo intelectual para unos combates y una nueva sociedad que tienen que ser creativos, verdaderas invenciones, si van a lograr lo que pretenden. Gramsci aporta un elemento teórico fundamental cuando nos dice que la conciencia se forma de la fusión teórica y práctica del espontaneísmo rebelde de masas —que resulta de trabajos intelectuales de esas masas y es materia esencial para la teoría—, y la teoría produce concientización y planeación, devolviéndole al pueblo un producto que supera las insuficiencias de aquellos productos populares. El *Manifiesto Comunista*, uno de los prodigios del intelecto humano, está vivo por su descomunal alcance teórico y su vinculación a problemas que quizás ahora es cuando comienzan a desplegarse realmente. ¿Cómo apoderarnos hoy del *Manifiesto*, para reformularlo, tornarlo útil para nosotros, llevarlo a efecto, superarlo y formular nuevos problemas? ¿Dónde está o estará la poesía de la tristeza y de la alegría, del amor y de lo imposible, la poesía de la revolución?

Rubén, ¿seguiría siendo un minorista?

No. El Minorismo fue un hijo de los actos de rebeldía de intelectuales de 1923, que durante un lustro ocupó un espacio en nuestro ámbito cultural. Rubén compartió sus avanzadas posiciones, pero fue transitando a ideas más radicales y a la militancia comunista en ese mismo lapso. El Minorismo, por su parte, fue agotándose como movimiento cultural. Mientras, la sociedad era sometida a la tiranía, y la cultura seguía

profundizando el encuentro con el propio país; después vino el ronco grito multiplicado de la rebeldía popular. Rubén apuró cada vez más el paso, sumó su voz a aquel grito y le entregó sus pulmones y su vida. Los demás también vivieron y sus destinos fueron muy variados; cada uno respondió al reclamo social, e hizo —o no hizo— lo suyo, lo que quiso o pudo hacer. Escojo recordar a una poeta más bien olvidada, María Villar Buceta, que debe haber sido musa para más de uno, tímida y ausente de los almuerzos minoristas, que fechaba entonces sus escritos tomando la Revolución bolchevique como año I, un almanaque rojo en la Cuba de Alfredo Zayas, y escribía poemas de elevada calidad. Ella abrazó la misma causa que Rubén. Poco antes de la huelga de marzo de 1935 aparece su firma en los manifiestos de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios; en el duodécimo aniversario de la muerte de Rubén, habló en el Aula Magna de la Universidad. Murió en Cuba, hace dieciocho años.

«Los hombres que dirigen o les hablan a los estudiantes tienen que ser, como decía Díaz Mirón, “firmeza y luz como el cristal de roca”», dijo Mella, al impugnar el recibimiento a Vicente Blasco Ibáñez, novelista español, en el Aula Magna de la Universidad. Rubén apoyó su gesto. Para los universitarios de hoy, ¿qué tipo de intelectual cumpliría aquel requisito exigido por Mella?

En noviembre de 1923, igual que sucedería hoy, el incidente envolvía dos cuestiones: un caso en una coyuntura dada, y los principios inherentes a una causa. Blasco Ibáñez, escritor famoso, había traicionado su obra de denuncia social con su conducta reciente. Mella les pedía a sus compañeros una actitud consecuente: «a nadie se le ocurriría meter en su casa a un malhechor sabio y culto, mucho menos homenajearlo». Una moral fangosa ahoga a una inteligencia luminosa —dijo—, y la verdad y la justicia son los más caros ideales de los universitarios. Su posición motivó polémicas, pero Mella la sostuvo, a pesar de las dificultades internas que ya afrontaba en la Universidad y que fueron agravándose, porque estaban en juego los principios del movimiento estudiantil. Muchas veces es problemático identificar cuándo algo es de principio. Convertir abstracciones vacías y dogmas en «principios» retóricos es siempre contraproducente y erróneo, y genera esterilidad, acomodamientos, mentira, oportunismo, injusticias y rechazos. Subordinar los principios a la táctica, cederlos para «avanzar» o para «recuperarlos después», es simplemente suicida para los ideales y las políticas revolucionarias.

Pregunto a mi vez: ¿cómo clasifican nuestros estudiantes de hoy a los intelectuales? Además de exigirles que vean más hondo y más lejos, que inspiren a pensar y a sentir con más hondura y alcance, que sean capaces de emparentar la belleza y la búsqueda, esos requisitos indispensables, ¿los miden con la vara de la verdad y la justicia, les aprecian sobre todo sus virtudes cívicas, su actitud anticapitalista, su conducta ejemplar? Es más: ¿qué concepto, o conceptos, de intelectual tienen nuestros estudiantes? Si el centenario de Villena llevó a reflexionar sobre todo esto, me sentiría muy feliz.

La primera generación decidida a arreglar el país en el siglo XX no tuvo más remedio que reinventar al Apóstol. En «Mensaje lírico civil», Rubén exhorta a «cumplir el sueño de mármol de Martí». ¿Bastaba con eso?

Todas las generaciones que han entrado en la vida cívica cubana durante el siglo XX han tenido que vérselas con Martí. Cada una, claro, desde condicionamientos diferentes, pero también enfrentando y sumándose a una acumulación cultural que incluye a Martí y a las lecturas e imágenes de Martí previas a ellos. Al inicio de los años 20, por

primera vez aparece una generación que se propone cambiar el país. Martí fue para ellos el referente máximo de un proyecto nacional, en dos sentidos: porta los más altos ideales, traicionados por gobernantes que procedían de la misma gesta creadora de la nación que Martí maduró y organizó; y reclama el logro pleno de la soberanía nacional, recortada y humillada por el imperialismo yanqui. De ahí en adelante, los que buscan a Martí coinciden o difieren, y esto está relacionado con las posiciones y los proyectos que asuman, aunque también con otras condicionantes sociales y personales. En memorable intervención por el centenario del Partido Revolucionario Cubano de Martí, Cintio Vitier recordó el extraordinario acercamiento de Julio Antonio Mella al pensamiento martiano en los albores de aquel período, y del comunismo cubano; recordó también las dificultades afrontadas por los marxistas cubanos, en los años que siguieron, en sus relaciones con Martí.

El Rubén de 1923 coloca a Martí en el centro de los pareados anútebos del «Mensaje», los que comienzan: «Hace falta una carga para matar bribones». Cumplir el sueño de mármol de Martí es la formulación suprema, de mayor alcance, que ha de guiar el rechazo a la situación vigente y las acciones revolucionarias. Después, Rubén se pondrá en marcha y recorrerá su ruta. Todo lo que hizo fue para contribuir a que se realizara aquella ambición máxima de liberación. Pero hasta donde conozco, no se ocupó sistemáticamente del pensamiento martiano.

«Asela sería el apasionado, tierno, desvelado y constante amor de Rubén», escribió Roa. ¿Rubén tuvo conciencia de ese privilegio?

Seguro. Todo el que ama está consciente del privilegio que constituye la existencia de la persona amada. Y, si el amor es mutuo, están conscientes del valor ilimitado de lo que ambos se donan. Por cartas de Rubén publicadas, atisbamos, intrusos, la intimidad de la pareja. Los sentimientos de él se refractan en lo que en esas cartas le dice acerca de su amor, y también en las narraciones que le hace de sus estados de ánimo, las incidencias del mundo en que se mueve o sus opiniones políticas. Rubén nos asoma un poco también a los sentimientos de Asela. En *El fuego de la semilla en el surco*, del Roa postrero, encontramos algunos datos más sobre ella, y esta afirmación: «Asela, no obstante su educación conservadora y su acentuada religiosidad, lo acompañaría como mujer, camarada y militante, hasta su muerte». En el *Villena* de Ana Núñez Machín encuentro algunos fragmentos de Asela acerca de Rubén, posteriores a su muerte. Una persona que domina la escritura, que admira al que fue su esposo, cuenta anécdotas o deja una detalladísima descripción de su persona. Me pregunto por su amor hacia Rubén, sus modos personales de sentirlo y de expresarlo, los dolores de sus separaciones, su parto, con el padre de la niña al otro lado del mundo, su abnegación ante el amado que tira su vida en la hoguera de la Revolución, la misma vida que le ha prometido que será de ella, para ella, para siempre, como han jurado siempre todos los que aman.

Ellos se casaron un 1 de agosto de 1928. Primero vivieron sumergidos en su mundo obrero; el verano de 1930 lo pasaron en el exilio neoyorkino. Después, solo dos meses juntos en casi tres años, en el verano moscovita en que Asela concibió a Rusela; y al fin Rubén en su ciudad otra vez, pero un hombre poseído por la fiebre del cuerpo de la Revolución que se precipitaba. Por lo que le dice Rubén, se ve muy claramente que compartían ideales y militancia. Cuarenta años después de la muerte de él, Asela vivía todavía. Pienso en Amalia Simoni, viva cuarenta años después de la muerte de su amado, y en tantas narraciones de amor que no van más allá de la muerte del héroe.

«Yo soy ante todo un hombre honrado», dijo Rubén. A usted, ¿cuál otro rasgo de su vida y obras lo estremece?

¡Ya es tanto un hombre honrado! Pero Rubén Martínez Villena es mucho más. Es un ser humano muy singular. Violentó su vida probable de varón culto de clase media habanera, poeta muy gustado, con buenas relaciones sociales, que habría podido exhibir incluso juveniles actitudes muy cívicas y encaminar su vida hacia destinos factibles: prosista de mérito, jefe de redacción y periodista, abogado, diplomático... Rubén escogió otra vida, y la vivió con un rigor y una consecuencia ejemplares. Se entregó a la causa de la liberación humana. Comprendió que venía una tremenda tormenta de pueblo en rebeldía y se sumó a ella. La salud lo traicionó temprano y no se acogió al honroso resguardo que le ofrecían médicos y parientes. El poeta presintió la tuberculosis — amiga romántica de las inspiraciones decimonónicas—; el revolucionario la vivió estoicamente, y ganó la palma del martirio con extrema dignidad. En sus meses y días postreros, vivió la tragedia colectiva de la crisis revolucionaria de 1933, sublimando la tragedia individual de su consunción irremediable. Y terminó la vida conversando, pese a los síntomas atroces que padecía, tranquilo y humorado, como un héroe clásico.

La institucionalidad republicana. Estado, nación y democracia

Entrevista con Julio A. Carreras

Después de 1933, la tipología del interventor que tan bien encarnara Enoch Crowder, nada podía hacer en Cuba. La característica de protectorado del régimen de La Habana entró en una severa crisis y debió complejizar su antes simple arquitectura de poderes para abrirse a una diversidad de fuerzas sociales como no se había visto antes en la historia republicana.

El cambio operado en la cultura política cubana consideró imprescindible la formulación de un Estado moderno y democrático para el país y obligó al poder político a prometer que lo conseguiría. Los dispositivos de control de la primera república caducaron ante la masividad y la fuerza alcanzadas por la protesta social.¹

La estructura oligárquica quedó minada, se consolidó el Estado nacional, y este se convirtió en un aparato que debió representar a sectores más amplios de la sociedad civil. Al término del lapso posrevolucionario, en 1940, fue aprobada una Constitución que consagró legalmente muchas de las demandas de 1933.

Entre 1940 y 1952, el país había alcanzado una institucionalidad civil democrático-burguesa, determinadas alianzas entre las clases del capital y el trabajo, y políticas gubernativas reformistas en beneficio de los trabajadores; pero la dominación norteamericana sobre la Isla continuó y en algunos aspectos se agravó, se multiplicó la corrupción administrativa, política y social, y persistieron las malas condiciones de vida para la mayoría de los cubanos.²

¹ Robert Whitney, «Observaciones sobre el Estado y la Revolución en Cuba. 1920-1940», *Temas*, n. 24-25, La Habana, enero-junio de 2001, pp. 88-89.

² José Tabares del Real, «Batista: contrarrevolución y reformismo.1933-1945», *Temas*, n. 24-25, enero-junio de 2001, p. 80.

Ninguna de las fuerzas que llevaron al país al triunfo sobre Batista en 1959, había denostado la Constitución del 40 en su programa de lucha. Al contrario, esta había sido ratificada como la Carta Magna cuya vigencia era preciso restaurar. Pero el destino de ese texto legal y del marco político que estableció encontró un valladar infranqueable después del triunfo de enero de 1959. La sociedad cubana estaba marcada por los casi ocho años de dictadura y por los doce de gobiernos legales, en los que el modelo del multipartidismo, las elecciones cuatrianuales y el debate parlamentario habían dejado sin solución la crisis política. La democracia y el republicanismo conocidos hasta ese momento no rebasaron la prueba impuesta por la nueva circunstancia. «Revolución sí, elecciones no», la consigna popular de los primeros años 60, fue la muestra del rechazo que llegaron a alcanzar, en el lenguaje, las formas de la política tradicional. «Su señoría», el «distinguido ciudadano», el «muy ilustre senador» eran «el pasado» para la cultura política que se forjaba apresuradamente con el ritmo inusitado de cambios. Aquella frase de José Manuel Cortina durante la Asamblea Constituyente —«Los partidos fuera, la Patria dentro»— pronunciada en momentos de gran algarabía, paradójicamente se verificó, solo que en una coyuntura radicalmente diferente. Para que la Patria estuviese dentro, el reclamo popular no podía dirigirse a salvar aquellos partidos ni a restituir la institucionalidad, sino a reinventar la política.

Julio Carreras, profesor de Historia del Estado y el Derecho de la Universidad de La Habana, ha dedicado su largo magisterio a estudiar esa materia. Negro, descendiente de esclavos y libertadores, es uno de esos personajes célebres que tanto abundan en Cuba y que son, sin embargo, perfectos desconocidos. Hombre de edad avanzada, también indefinible, hasta hace muy poco hacía largos recorridos a pie para llegar a la Colina. Quien tuviese paciencia, podía escuchar de él historias tan antiguas como la idea misma de la nación, contadas en primera persona.³ Autor también de investigaciones sobre el Caribe, la esclavitud y la delincuencia, da voz a lo popular. Su criterio contrasta con los enfoques según los cuales el 20 de mayo de 1902 sirve solo para la detracción o la apología. Considera que en esa fecha sí se celebró la inauguración de una República, que ello significó un avance para muchos sectores de las clases bajas, aunque su visión sea al mismo tiempo muy crítica de aquella realidad. Después de concertar varias veces esta entrevista, al fin pude abordarlo, cargado yo con unas cuantas preguntas, serias y académicas, de las cuales él se desentendió olímpicamente, para hacerme cuentos de su familia y de los grandes empresarios y políticos cubanos. No resultó el tipo de conversación que yo esperaba, pero otra cosa, seguramente mejor y más divertida, fue emergiendo de sus palabras y de mi risa, ante sus salidas.

³ El profesor Carreras es famoso por el tipo de exámenes que aplica. Ha sido capaz de preguntar el contenido de la Real Cédula de 13 de abril de 1628, sin que ella tenga la menor importancia, pero eso le ha ganado un lugar en la mitología y el anecdotario de quienes logran aprobarlos.

El concepto de que la República nació en Cuba el 20 de mayo de 1902 desconoce la instauración de una institucionalidad republicana en los campos insurrectos mambises

durante las dos revoluciones del siglo XIX. Esas experiencias de república en armas, ¿qué importancia tienen para la tradición republicana cubana?

Tienen mucha importancia. En la manigua se planteó desde el primer momento la independencia plena de Cuba respecto a España. Una de las cosas más gloriosas de la Constitución de 1901, que contentó a todos los cubanos, era que había terminado la dominación española y había surgido un gobierno cubano. Los que vivieron ese tiempo me contaban de la alegría de aquel momento. Mi abuela trabajaba de conserje en una escuela de Viñales, y los muchachitos, los alumnos, se pusieron muy contentos cuando una sobrina de ella izó la bandera cubana. Al bajarla, se la comieron a besos. Allí estaba Adela Azcuy, una mambisa, que había venido del campo insurrecto y estaba viviendo por la zona, estaba también Fermín Valdés Domínguez, médico y amigo de Martí. En ese momento se encontraron personas que habían participado en la Revolución, que eran protagonistas del proceso, junto con las nuevas generaciones, y con las mujeres que se quedaron sin esposos, como mi abuela a quien se le murió el suyo en la guerra. Lloraban de la emoción que sentían. Cuando alguien terminaba de recitar una poesía patriótica también se lo comían a besos. Ese es el lugar donde está hoy la Ermita de Viñales.

¿Para ese medio en el cual usted vivía, sí se logró la llegada de la República?

Sí, cómo no. Ellos tenían como un día grande el primer 20 de mayo. Era un día en que conmemoraban la independencia. Ahora no es así, pero ellos lo tenían como una fecha memorable.

La gente llegó a pensar que los americanos se habían ido y que dejaron la Enmienda para regresar, si los cubanos no se portaban bien. «Al fin hemos llegado», dicen que dijo Máximo Gómez mientras bajaba la bandera americana. La gente no veía aquello como una República a medias. Yo conocí a muchas personas que vivieron esa época. Mis propios familiares, en casa. Mis tíos participaban en el Consejo de Veteranos y me llamaban para que les escribiera a máquina. Yo oía las conversaciones allí en el Centro de Veteranos, que estaba en la calle Zulueta. Ahí estuvimos mi madrina, la hija del Coronel Carrillo, del Ejército Libertador, y yo. Viví dentro del mundo de los libertadores, de los oficiales del Ejército insurrecto y de los mambises de abajo. Me buscaban también para participar en los actos públicos. Mientras hubo un veterano siempre me fueron a buscar a la casa donde vivíamos.

Su abuelo fue capitán del Ejército mambí.

Sí. Él se alzó con otros mambises, del pueblo de La Palma. Esperando la llegada de la columna invasora, con sus armas preparadas, el abuelo tuvo un cólico apendicular y murió. En mi casa está guardado un diploma firmado por el General Pedro Díaz, uno de los jefes que vinieron con Maceo. La abuela había participado también en el desembarco de una expedición que hubo cerca de Santa Lucía. Ella nos contaba cómo las mujeres embarazadas entraban al mar para sacar los armamentos. Mi hermano más chiquito decía que a nosotros nos amamantaron con patriotismo: todos los compadres y comadres eran libertadores. Ellos, de vez en cuando, echaban su blasfemia, como es natural, contra algunos de los grandes jefes que no se habían comportado bien, pero el ambiente era el del independentismo.

Entonces, ¿usted cree que en el ámbito popular pesaba más la idea de la independencia que se alcanzaba que la propia dependencia hacia los Estados Unidos?

Sí señor. Pesaba más la idea de que Cuba era verdaderamente independiente, aunque se tuviera siempre la preocupación de los americanos, porque no se sabía cuándo se iban. El asunto de la Enmienda no se aclaraba, se conocía su existencia, pero decían que estábamos solos porque ya no había españoles.⁴

⁴ El 20 de mayo de 1902 tomó posesión, como Presidente de la República de Cuba, Tomás Estrada Palma, tras resultar vencedor con 47,32% de los electores inscritos. La elección de Estrada Palma fue objetada desde el momento mismo de la constitución de la Junta Electoral. Bartolomé Masó y sus partidarios se habían retraído, alegando la parcialidad de los miembros designados para la Junta, todos correligionarios y simpatizantes de Estrada Palma. Finalmente, triunfó este último como candidato único, abriendo un período de gobierno señalado como honesto en la administración pública. Postulado por segunda vez a la presidencia por el Partido Moderado, Estrada Palma obtuvo la mayoría a través de métodos violentos. Cuando el 20 de mayo de 1906 tomó nuevamente posesión del cargo de Presidente, los liberales se levantaron en armas. La institucionalidad republicana se vino abajo.

El Estado cubano

¿Cuáles eran las bases organizativas, institucionales del Estado cubano que instauró la Constitución de 1901?

Se creó una Cámara de Representantes, un Senado y se eligió un Presidente para la República.

Los senadores, de acuerdo con la Constitución de 1901, se elegían a razón de cuatro por provincia. Los representantes eran elegidos de acuerdo con la cantidad de habitantes, es decir, que un pueblo con 25 mil habitantes elegía un representante a la Cámara. Las provincias que más representantes tenían eran las de La Habana y Oriente, porque eran las que tenían más habitantes. Las más chiquitas eran Pinar del Río, Matanzas y Camagüey —la más despoblada. Esa gente [los electos], por lo general, estaban relacionados con los propietarios de los grandes centrales azucareros de propiedad norteamericana.

La votación para los senadores era de segundo grado, se hacía por medio de compromisarios. Solo podían ser senadores los que reunieran determinados requisitos, entre los cuales estaba que fuesen propietarios y contribuyentes mayores.⁵

⁵ El Presidente de la República era elegido por cuatro años para el desempeño de su cargo y, siguiendo el modelo norteamericano, nadie podría ser presidente durante tres períodos consecutivos. El Presidente gozaba de amplias prerrogativas. La Cámara estuvo formada, según el artículo 48 de la Constitución de 1901, por un representante cada 25 mil habitantes, o fracción de más de doce mil quinientos, elegidos por cuatro años y a través del sufragio directo. El Senado se componía de cuatro senadores por provincia, es decir, 24 senadores, que se mantendrían por ocho años. En las provincias existían como órganos de gobierno el Consejo Provincial y un gobernador, que podía ser sustituido temporalmente por el presidente de dicho Consejo. En los municipios existían los ayuntamientos, los alcaldes y los concejales.

Desde su proclamación en 1901, junto a la Constitución, estaba vigente el Apéndice conocido por Enmienda Platt, y luego el Tratado Permanente que firmaron los gobiernos de Cuba y de los Estados Unidos.

En cuanto a la institucionalidad, se copió un poquito de los americanos, aunque también se modificó algo. Después, parece que no le dieron demasiada seriedad al proceso. Muchos legisladores eran de Santiago de Cuba; se fueron para allá y no regresaron más, otros eran de Cienfuegos y tampoco se les vio más el pelo. La gente estaba muy regada. Como es natural, la Historia recoge los nombres de los grandes tribunos, de Sanguily, de Juan Gualberto Gómez, los que hablaban en la Convención Constituyente, los que después integraron el Senado de la República, pero de ellos la

gente hablaba bien, regular y mal. Yo le voy a decir a usted una cosa: a los personajes de la Historia de Cuba nosotros los hemos visto colocados en un altar, pero todos usaban calzoncillos, camisetas y medias. Quiero que sepa que cuando vinieron para acá eran muy enamorados, con unos amores aquí y otros amores allá.

¿La llamada tripartición de poderes funcionó en algún momento?

Bueno, eso fue una ficción aquí en Cuba. En el 40 yo tenía diecisiete años y estaba muy metido en la política, leía los periódicos, en mi casa la politiquería era perenne en aquellos tiempos. La medicina estaba muy unida con la política. Ricardo Núñez Portuondo, candidato a presidente del Partido Liberal, era médico cirujano, Carlos Mendieta también era médico. Por eso hay una novela llamada *Generales y doctores*, que pinta claramente el espacio político e histórico de esa época. Las novelas cubanas son muy interesantes, yo no sé si a ustedes les dieron eso en Literatura Cubana, pero hay una serie de obras de la época anterior a 1933, en la que se cuenta la vida política de este país. La más famosa es *Generales y doctores*, de Carlos Loveira, si usted no la ha leído tiene que leerla. Ahí puede conocer la parte de la historia de Cuba que no está en los libros, es precisamente en esa ficción donde le cuentan a usted cómo se comportaban esos políticos. Esos personajes existieron aquí, los médicos-políticos, que aspiraban a la presidencia de la República. Casi todas las alcaldías estaban en manos de médicos. No existía el voto de la mujer, solamente el voto masculino;⁶ no existían clínicas al alcance de la gente. Esos médicos amarraban a las familias con sus curas, «porque ese es el médico de mi niño», «porque este fue el médico que curó a mi abuela». Entonces, esos fueron los alcaldes, por ejemplo, de Guanajay, de Mariel, de Pinar del Río. Hay una *Gaceta [Oficial]* que se publicó aquí después del triunfo de la Revolución, en la que aparecen las disposiciones del gobierno revolucionario confiscando las propiedades de todos los individuos que estaban vinculados con la dictadura de Batista. Usted puede ver ahí la lista de las grandes empresas comerciales; después de las empresas de camiones, luego vienen las particulares, donde están incluidas las clínicas, los laboratorios. Toda esa gente estaba relacionada con la política, porque la política tenía una clientela de médicos y otra de abogados. Por eso es que le digo que la política estaba vinculada a la justicia y la justicia era una ficción. Los que formaban parte de los tribunales de justicia eran individuos que igual tenían vinculación con la política y ocupaban los cargos de magistrados de las diferentes audiencias. En las organizaciones políticas también tenía mucha fuerza el parentesco. Si existían en Europa las familias de reyes y condes, aquí había por igual familias reales. Usted coja por la calle 17 del Vedado para que vea las casonas que hay allí, si dobla por Paseo, pregunte, para que vea quiénes eran los propietarios de ellas, que si no eran individuos relacionados con la política, eran entonces propietarios de ingenios, de centrales azucareros, de fletes de camiones que se habían enriquecido con leyes que dictó el Congreso especialmente para beneficiarlos.

⁶ La Constitución cubana de 1901 reguló que el derecho de sufragio se concedía a los ciudadanos cubanos «varones», mayores de 21 años. La reforma de 1928 aprobó el sufragio femenino, pero dejó su disposición a una ley futura, nunca promulgada. Después de 1933, esa reforma constitucional quedó sin vigor. El Gobierno de Grau reconoció el voto femenino, también el de Mendieta. Sobre la base de las disposiciones de estos dos últimos gobiernos, la Ley Constitucional de 1935 reconoció el sufragio de las mujeres, que ellas pudieron ejercitar por primera vez en las elecciones de 1936.

Las mujeres, los chinos y los negros estaban, como se dice, en la tabla. Había mucho aristocratismo de familias. La grandeza de Carlos Manuel de Céspedes para mí está en que dio la libertad a sus esclavos y después les dijo que eran iguales, eso quizás no tiene

mucha trascendencia ahora, pero entonces sí la tenía. Ignacio Agramonte hizo lo mismo. Los que iniciaron la guerra del 95 tenían ideas liberales en contra del racismo. Eran humanistas todos esos patriotas, alguno podía tener sus resquemores, pero los jefes y los que dirigieron la Revolución no los tenían y lo plantearon desde el primer momento, no sucedió como en los Estados Unidos. Aquí ocurrió esa cosa tan buena.

¿Era muy selectiva la posibilidad de resultar electo?

Bueno, había que tener potencia y cuando usted la tenía entonces lo reconocían. Había, por ejemplo, un individuo llamado Benito Remedios Langhanein, propietario de grandes fincas en Artemisa para el cultivo de la piña (poseía también grandes extensiones de tierra para cultivar caña de azúcar, entre otros negocios). A él lo llevaron a la Cámara de Representantes. Lo mismo pasó con un político de aquí, de la provincia de La Habana, Alfredo Hornedo. Era el dueño de La Habana, porque era dueño de grandes empresas, del periódico *El País*, dueño del teatro Blanquita, que ahora se llama Karl Marx. Al lado del teatro había una especie de balneario, también de su propiedad, y al lado, tenía el hotel Rosita de Hornedo. Era el propietario de toda esa franja de costa. Además, era dueño de la Plaza del Mercado, en la calle Monte. Este señor era senador, su sobrino Alfredito Hornedo era representante, otro sobrino era concejal del Ayuntamiento de La Habana. El viejo manipulaba toda la entrada en La Habana de viandas. Los demás no tenían posibilidad de traer viandas de La Palma o de Matanzas, o de traer pescado de ninguna región, porque él era el que tenía el capital para monopolizar. Al poseer el periódico *El País*, también controlaba la opinión pública.⁷

⁷ Alfredo Hornedo Suárez era dueño de la Empresa Editora El País, que producía el matutino *Excelsior* y el vespertino *El País*, y era asimismo el principal propietario de la empresa Editora El Crisol, S.A. (su sobrino Alfredo Izaguirre Hornedo era el presidente), que publicaba el periódico *El Crisol*. Hornedo construyó el Casino Deportivo de La Habana (el balneario al que se refiere Julio Carreras, sito en calle Primera entre 2 y 8, Miramar), como consecuencia del rechazo que sufrió para ser admitido en los clubes Havana Biltmore Yatch and Country Club y Havana Yatch Club, debido a su raza mestiza. No obstante, su club tampoco admitió a los no blancos, aunque no llegó a gozar del favor de las clases altas. La Plaza del Mercado a la que se refiere Julio Carreras es el Mercado General de Abasto y Consumo, conocido como Mercado Único. Alfredo Hornedo era, además, uno de los principales propietarios de bienes inmuebles y poseía cines y clubs, entre otros bienes. Hornedo fue concejal del Ayuntamiento de La Habana en 1914, y su presidente en 1916, representante a la Cámara desde 1918, fue presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara durante el Gobierno de Machado, senador y jefe del Partido Liberal desde 1939 hasta 1947, año en que lo sustituye Ricardo Núñez Portuondo. Guillermo Jiménez, *Las empresas de Cuba. 1958*, Ediciones Universal, Miami, 2000, pp. 164, 285, 295, 358, 434 y 554.

El año 40

¿Qué cambios introduce en el sistema político cubano la Constitución del 40?

Hubo muchos cambios. Había grupos, estaban los senadores y los delegados procedentes del Partido Liberal, el Partido Unión Nacionalista, que eran los politiqueros viejos; pero después de la Revolución del 33 y de Grau San Martín en el poder, surgió el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), que estaba integrado por gente de nueva generación, que no se había maleado todavía, jóvenes abogados, estudiantes, participantes en las luchas universitarias. Grau San Martín, que había sido Presidente provisional [septiembre de 1933-enero de 1934], gozaba de gran prestigio revolucionario, como también los miembros del Partido Unión Revolucionaria Comunista, que eran menos en comparación con los del PRC-A, que sí tenían una cantidad considerable de afiliados.⁸

Estaban también otros partiditos, que surgieron con la Revolución. Hubo un equilibrio de fuerzas, incluso más que un equilibrio, existió un grupo mayoritario que

llevó a la presidencia de la Asamblea Constituyente a Ramón Grau San Martín. Es decir, los que estaban en el poder dentro de la Asamblea Constituyente no eran las fuerzas reaccionarias, sino elementos progresistas y comunistas. Estos últimos, aunque solo eran seis, impresionaban mucho por su actividad.

Lo primero que surgió allí como una cosa rara fue la elección de Grau como presidente de la Asamblea, que significaba la oposición a la dictadura de Batista.⁹

⁸ Los partidos que más delegados llevaron a la Constituyente de 1940 fueron: Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), 18; Partido Liberal, 16; Partido Demócrata Republicano, 15; Partido Unión Nacionalista, 9; Partido Unión Revolucionaria Comunista, 6. Las profesiones de los diputados a la Convención Constituyente fueron: abogados, 31; médicos, 14; propietarios, 5; hacendados, 2; comerciantes, 3; militar retirado, 1; ex militar, 1; periodistas, 4; procuradores, 2; dentistas, 1; colono (cañero), 1; industrial, 1; ganadero, 1; farmacéutico, 1; agricultor, 1; doctores en Ciencias, 2; arquitectos, 1; ingenieros, 2; notarios, 2; colono, 1; albañil, 1; pailero, 1; maestro, 1; empleado, 1; zapatero, 1.

⁹ Las sesiones de la Asamblea Constituyente pueden dividirse en dos períodos. El primero estuvo presidido por Ramón Grau San Martín y se distinguió por la discusión de problemas políticos relacionados con la soberanía de la Asamblea, lo concierne a la magistratura y se debatió la parte dogmática de la Constitución, entre otros asuntos. Fue un período de agudos enfrentamientos entre los partidos y de prolongadas polémicas, tras las cuales solo se aprobaron cincuenta artículos en el transcurso de dos meses y ocho días. El segundo período fue presidido por Carlos Márquez Sterling, caracterizado por una agilidad mucho mayor en los procedimientos, que permitió aprobar los 236 artículos restantes, así como las numerosas disposiciones transitorias. Estas dos etapas en el trabajo de la Constituyente responden a la cambiante correlación entre las coaliciones partidistas. Con la Constitución del 40, el número de senadores por provincia aumentó de cuatro a nueve. Algunas propuestas, no obstante, solicitaban la supresión completa del Senado. En ese sentido se pronunció Juan Marinello que consideraba ese órgano como inactual, una «añagaza reaccionaria». Por algo, aducía el intelectual marxista, «las Constituciones más recientes se deciden por el unicameralismo». La Cámara de Representantes mantuvo atribuciones similares a las de 1901, pero con la nueva Carta Magna se integraría con un representante por cada 35 mil habitantes o fracción mayor de 17 mil quinientos.

Después de esto se discutieron distintas leyes que, como es natural en esas condiciones, tenían un matiz bastante avanzado, nunca del tipo socialista, porque los auténticos no eran socialistas, pero sí eran avanzadas. Esas leyes fueron aprobadas porque tenían el apoyo del PRC-A y de los comunistas. Ciertamente, se aprobaron muchas leyes, pero cada vez que se aprobaba una ley o un artículo de la Constitución, se decía: se dictará una ley complementaria regulando el ejercicio de tal derecho o regulando el contenido de tal materia. Ese fue el caso de los alquileres y de la reforma agraria, asuntos que necesitaban de leyes complementarias para ponerse en vigor. Esas leyes complementarias debían aprobarse en la Cámara de Representantes y en el Senado de la nación. Allí fueron presentadas y se quedaron luego durmiendo en los archivos.¹⁰ ¿Usted se ha fijado, dentro de la Constitución del 40, en una serie de artículos que no hacen referencia a leyes? Eran artículos que regulaban la creación del Teatro Nacional, de la Biblioteca Nacional, el pago de un tanto por ciento a los maestros de escuelas, que prohibían la discriminación racial. Eso nada tiene que ver con la Constitución de una República. ¿Usted no se fijó en la cantidad de cosas buenas que durmieron el sueño de los justos porque necesitaban de una ley complementaria que jamás se dictó? La Constitución francesa de 1789 no habla nada del teatro ni de las bibliotecas.

¿Y por qué usted cree que se hacía?

Era una burla. Solo algunas se cumplieron estrictamente, otras se siguieron reclamando hasta que llegó la Revolución. Muchas no se aprobaron y se quedaron ahí esperando por un Congreso que no funcionaba. El Congreso estaba entregado completamente a las maniobras políticas, a los créditos, y a los cambios de posición.¹¹

La política cubana cubana se saneó un poco con la Constitución del 40, pero después se pudrió de nuevo cuando Batista dio el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. La

marcha atrás fue enorme, y se hizo de todo, hasta matar a la gente. La Constitución del 40 se quedó como un programa, sí se cumplieron muchos acuerdos que indiscutiblemente fueron un avance, aun con todas las dificultades que debieron enfrentar.

¹⁰ Análoga a las que se votaron en la Europa de 1914 a 1918, la Constitución de 1940 significó un programa y una proyección para «las necesidades constructivas y orgánicas del país». No obstante, todos reconocían que ese texto podría quedar «en su mejor parte, en el limbo de las buenas intenciones si las leyes complementarias no fuesen prontamente votadas por el Congreso», como escribió Gustavo Gutiérrez en 1941 (Gustavo Gutiérrez, ob. cit., p.54). Efectivamente, se agotó en su carácter programático, declaratorio de principios, pues nunca habilitó los cauces jurídicos necesarios para su cumplimiento. Una década después de promulgada solo se habían dictado, según Ramón Infiesta, diez de las setenta leyes especiales pendientes (Citado en José Ignacio Rasco, «Nacionalismo en la Constitución de 1940», *La Constitución de 1940. Ciclo de Conferencias*, Miami, s/e, 1991, p. 125).

¹¹ El Congreso, después de 1940, mantendría las mismas atribuciones y principios de funcionamiento, aunque con las características singulares de un semiparlamentarismo. Sobre la función ejecutiva, quedó regulada la elección del Presidente por sufragio universal directo y secreto, a diferencia de la Constitución de 1901 por la cual la elección del Presidente se hacía por sufragio de segundo grado. Además, con la Constitución del 40, el llamado Poder Ejecutivo estaría integrado por el Consejo de Ministros que asistiría al Presidente, según las atribuciones que le fueron conferidas a dicho Consejo. El sistema presidencialista de 1901, estaba integrado por el Presidente asistido por los Secretarios de Despacho, el Vicepresidente, el Senado y la Cámara. Si la primera Constitución cubana del siglo XX perfiló un sistema de gobierno presidencialista, el configurado por la del 40 fue semiparlamentarista. La causa puede encontrarse en la reacción fraguada contra el tipo de gobierno presidencialista que tuvo Cuba. No obstante, Gustavo Gutiérrez, quien había presentado un proyecto de Constitución en 1936 que fue base en las discusiones de la Constituyente, calificaba el sistema de «presidencialista racionalizado», por cuanto se trataba de un «sistema presidencialista de matiz parlamentario con determinadas limitaciones referentes al planteamiento de las cuestiones de confianza [...] que se apoya en la experiencia de los países democráticos, que aconseja una regulación y armónico enlace de las atribuciones de las Cámaras y de la autoridad del Gobierno». Gustavo Gutiérrez, ob. cit., p. 125.

Institucionalidad y partidos políticos

¿Cómo calificaría el funcionamiento del Congreso?

En ese momento, la política se concretó en discutir en el Congreso leyes que se debatían mucho en un momento, pero no salían nunca. Si empezaban a discutirse en la Cámara de Representantes, después no pasaban al Senado, y si llegaban al Senado igual demoraban mucho porque debían alcanzar quórum. Usted tiene la Ley de reforma agraria, la del pago de la pensión a los veteranos, la que disponía la construcción de casas de vivienda para los obreros, ninguna jamás se cumplió. Con Grau se hicieron casitas, muy pocas, para los trabajadores. El problema de la vivienda en Cuba es un problema muy grave desde siempre. Hoy es más grave porque ha aumentado la población. En aquella época existían los terratenientes y los casatenientes. Los terratenientes eran los dueños de grandes extensiones de tierra en Matanzas, Camagüey, Oriente, Pinar del Río. En La Habana estaban los casatenientes, poseedores de edificios de apartamentos y de muchas casas de alquiler. El más poderoso aquí era Ernesto Sarrá, dueño de la droguería Sarrá. En el año 1940, se aprobó una ley de rebaja de alquileres regulando que no se le podía subir los alquileres a las casas que ya estaban construidas, pero en otro artículo se decía que por el alquiler de las casas nuevas los dueños cobrarían lo que consideraran, de acuerdo con los gastos realizados. Los ricos, Sarrá y esa otra gente que explotaban el problema de la vivienda, dejaron de arreglar las casas que tenían en propiedad en lugares como la Habana Vieja; las dejaban así, sin importarles que se cayeran, porque no podían sacarles más alquiler. Como los inmuebles nuevos permitían obtener más ganancias, los capitalistas de La Habana empezaron a fabricar casas en el Vedado, en la calle 17, por ejemplo.

Así aparecieron las casas y apartamentos del Vedado, en las calles Línea, Calzada..., y en Marianao. Muchos capitalistas se enriquecieron con las viviendas que alquilaban a la gente que venía para La Habana, que sin ser ricos venían a trabajar aquí y ganaban buenos sueldos.

¿Cuáles eran las principales diferencias entre los partidos políticos?

Cada partido político tenía un programa. El Liberal, el partido que llevó a la presidencia a Machado, tenía uno de los más lindos programas políticos de entonces. También tenía un programa muy lindo el PRC-A, el partido de Grau San Martín —que tomó el nombre del de Martí— y era el que más gente movía aquí. Grau, en su primera etapa presidencial, dictó una serie de artículos, de leyes y promovió reformas que ganaron mucha simpatía en el pueblo. El Partido Comunista tenía su programa, pero era más pequeño, aunque pesara bastante en la opinión pública. (El Partido Comunista nunca llegó a tener más de diez representantes en la Cámara y los auténticos tenían cincuenta). Estaba el Partido Acción Unitaria, de Batista, el Agrario Nacional y todos esos partiditos políticos, de los cuales algunos tenían votos únicamente en La Habana.

¿Cómo funcionaba el sistema de partidos?

Los partidos siempre acababan poniéndose de acuerdo. El PRC-A empezó siendo un partido de profesionales de mediana posición, que dependía del pueblo. Un grupo de ellos mantuvo siempre su limpieza, pero había otros que enseguida entraron en negocios sucios y si no entraron, nada hicieron para mejorar la situación de la gente de abajo. El Partido Comunista no podía decidir sobre eso porque eran pocos sus representantes. El Partido tenía su programa, sus ideas, su periódico. Yo siempre fui simpatizante del Partido Comunista. Desde el año 40 en que me inicié, me gustaron las ideas comunistas y estuve muy vinculado con los compañeros en una lucha en la que no podía lograrse nada, pues sobre uno caía la amenaza de la prisión o de la muerte.¹²

¹² Antes, desde 1906 hasta 1933, los partidos Liberal y Conservador —este sucedió al Partido Moderado— se habían rotado el poder en la política cubana. El Conservador respondió al caudillaje de Mario García Menocal, héroe de la Guerra del 95 en Oriente. El Partido Liberal, por su parte, era liderado por José Miguel Gómez, héroe y jefe mambí de gran prestigio en la provincia villareña. Con frecuencia, y en consonancia con la estructura de esos partidos, sus nombres eran sustituidos por el de menocalistas y miguelistas. El propio Julio Carreras, en el texto que sirve de base a la docencia universitaria en esta materia afirma: «La organización de cada partido responde a un engranaje dirigido por los caudillos provinciales, los caciques municipales y los sargentos de barrio. A los afiliados se les moviliza de acuerdo con la simpatía, la pasión y el agradecimiento de favores. Pueden encontrarse en las filas del Partido Conservador nombres francamente liberales en el más puro sentido de la palabra y dirigentes liberales ultraconservadores. La dirección del Partido Liberal y la del Partido Conservador incluía mambises, latifundistas, autonomistas, anexionistas, curas, anarquistas, patronos, comerciantes, españoles cubanizados, abogados, médicos, antiguos bandoleros, racistas, y algunos negros de valor intelectual y prestigio mambí. Los Partidos Liberal y Conservador integraron una oligarquía impenetrable. Se cuidaban las espaldas en los cambios de gobierno. El personalismo que caracteriza el proceso a escala nacional se repetía en las provincias y los municipios. A los grandes caudillos los seguían los caudillitos y los jefes de barrios, todos con amigos, simpatizadores y una clientela favorecida o esperanzada, que pensaba obtener una posición». Julio Carreras, *Historia del Estado y el Derecho en Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, pp. 363-364.

Lo democrático

¿Cuál era el contenido democrático que tenía esa institucionalidad?

En el período anterior al golpe de Batista sí había un contenido democrático. Existía un sistema democrático burgués, atravesado por presiones de distinta especie, presiones militares, económicas, morales y sexuales.

Hubo etapas. Batista tomó el poder en el año 33, con el golpe del 4 de septiembre; era el jefe del Ejército y disponía sobre todo. En el año 40 llega el problema de la guerra mundial y la nueva política de Roosevelt; entonces Batista afloja, celebra elecciones — aunque amañadas—, se pone de acuerdo con los americanos, dice que es preciso combatir junto a Rusia, legaliza el Partido Comunista. Este Partido está presionándolo porque tiene gran influencia en el sector obrero, sus dirigentes son honestos, inteligentes, buenas personas; son dirigentes que escuchaban a la gente. Tenía muchas simpatías el Partido, que entonces se llamaba Unión Revolucionaria Comunista.¹³ Los sindicatos principalmente estaban dirigidos por miembros del Partido Comunista, de una honradez a toda prueba. El Partido Comunista desarrolló la preparación de sus cuadros dirigentes, que pasaron escuelas. El Partido tenía entre sus miembros a figuras de gran talla intelectual, como Juan Marinello. Daba gusto oír a dirigentes obreros comunistas, a José María Pérez, que era guagüero, a Lázaro Peña, a Jesús Menéndez, porque cuando hablaban le tocaban a usted la realidad de la vida, con sus sentimientos, sus dificultades. Eso es lo que los muchachos jóvenes como yo, y cualquier otra persona, querían oír y no escuchar historias sobre la lírica de Rubén Darío. Ellos planteaban el problema del retiro, de la tuberculosis, de las despalladoras.¹⁴

¹³ Véase Entrevista a Berta Álvarez, nota 10, p. 29.

¹⁴ Sobre el desempeño de los comunistas y los auténticos al frente del movimiento sindical ha escrito Marifeli Pérez-Stable: «En 1947 los comunistas perdieron el control del movimiento obrero. En 1949 un nuevo Congreso de la CTC eligió como Secretario General a Eusebio Mujal y consolidó el mandato auténtico sobre la burocracia sindical. Comparado con los comunistas, que habían conducido las luchas obreras durante dos décadas, a los líderes auténticos les faltaba legitimidad entre los trabajadores de base. Bajo el mando de los auténticos, la CTC no se resistió al legado de los viejos políticos: la nueva dirección se apropió de la burocracia sindical como trampolín para acceder a cargos públicos y como fuente de enriquecimiento personal». Marifeli Pérez-Stable, «Política y reformismo en Cuba. 1902-1952», *Temas*, n. 24-25, enero-junio de 2001, pp. 63-64.

Los otros partidos aprovecharon esas circunstancias también para democratizarse, como lo hicieron el Partido Liberal y el PRC-A. Después de las elecciones del 44, llegó al poder Grau San Martín, que tenía el aval de haber dictado, durante su gobierno provisional, aquellas leyes inspiradas por Antonio Guiteras, las primeras leyes sociales que se pusieron en práctica en Cuba. Aquel gobierno provisional nunca fue reconocido por los americanos y usaron a Batista para destituirlo [18 de enero de 1934]. Después, por esa coyuntura internacional, Batista aceptó el triunfo de Grau [1944] y este ocupó la presidencia de la República. A su lado estaba una serie de personas con mucho arraigo popular como Eddy Chibás, el futuro presidente Carlos Prío Socarrás, y otros dirigentes de la juventud universitaria, varios de los cuales luego se convirtieron en millonarios, pero no puede negarse que aprobaron leyes muy beneficiosas.

Grau arrastraba mucha gente y gozaba de muchas simpatías, igual que Carlos Prío. Eddy Chibás también. El tiro que se dio quizás fue un momento de debilidad, pero el pueblo esperaba de él muchas cosas por su entereza, por su humanidad y su carencia de miedo para decir las cosas que tenía que decir, inclusive si era contra los americanos. Chibás contó mucho con el movimiento de las masas en las calles, con las ideas liberales, con la protesta. Hay que contar con él, con lo que hizo el Partido del Pueblo Cubano, el partido ortodoxo. Chibás no le iba de frente a los yanquis, porque sabía que si se ponía en contra del imperialismo era peor, pero creó un movimiento de masas importantísimo.

La democracia y la corrupción

¿Cómo se conjugaron la corrupción y la democracia?

De 1940 al 52 fueron los años mejores de la democracia. Antes del 40, Batista hizo su pantomima de una dictablanda, que después —en los 50— «debió» convertirse en una dictadura porque la gente no lo aceptaba y volvió a apretar la mano con los militares.¹⁵ El militarismo le hizo mucho daño a este país, dio origen a una casta con mucho poder, que aprovechaba todo para sus intereses particulares, manejaban el contrabando de carne de res, de puerco. En la época de la guerra [Segunda Guerra Mundial] estaban en el contrabando de gasolina, de alcohol, incluso se dice que llegaron a venderles a los alemanes.

¹⁵ Fulgencio Batista se presentó como candidato por la Coalición Socialista Democrática (CSD) a las elecciones de 1940. Resultó electo presidente, aunque casi la tercera parte de los miembros de la CSD (320 138 personas) se abstuvo o votó en contra. En total, capitalizó 41,58% de los votos de los electores inscritos. Las elecciones de 1944 marcaron un punto de giro hacia el autenticismo, que se prolongaría hasta el golpe de Estado de 1952. Entre 1940 y 1944 el PRC-A había duplicado su membresía (467 208 miembros) y se presentó a elecciones junto al Partido Republicano, en la llamada Alianza Auténtica Republicana, que llevó al poder a Ramón Grau San Martín. La oficialista CSD —entonces integrada por los partidos Liberal, Demócrata, Socialista Popular y ABC—, fue derrotada a pesar de contar en sus filas con más de la mitad de los electores registrados. La creación del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), con la base de masas que generó, fue la respuesta al incumplimiento sistemático de las promesas electorales por parte del PRC-A, y a la apertura de los auténticos a la corrupción, el gangsterismo, el nepotismo y el robo, entre otros males. En 1948, obtuvo la presidencia Carlos Prío Socarrás, también por el PRC-A, que igualmente se presentó, en esa ocasión, a través de la Alianza Auténtica Republicana. Prío obtuvo 45% de los votos emitidos, que equivalía a 36% de los electores inscritos. Si en 1940 participaron once partidos en las elecciones, en 1944 lo hicieron siete y en 1948 solo seis. En 1951, se realizaron las inscripciones para las elecciones de los años siguientes. La estrategia seguida por la tendencia auténtica fue la creación de Séxtuple Alianza, coalición integrada por el PRC-A, el Partido Nacional Cubano, la Alianza de la Cubanidad, el Partido Demócrata, el Liberal y el Republicano. La oposición estuvo representada por tres partidos independientes: el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), cuyo triunfo se daba por cierto; el Partido Acción Unitaria, de Fulgencio Batista; y el Partido Socialista Popular, cuyas fuerzas habían mermado, llegaba apenas a 59 900 afiliados, como consecuencia de la campaña anticomunista iniciada con la Guerra fría. Las elecciones de 1952 no se realizaron, roto el hilo constitucional por el golpe del 10 de marzo. Dos años después, la dictadura intentó legalizar la situación de facto imperante en el país y celebró elecciones. Batista fue candidato único por la Coalición Progresista Nacional, integrada por la alianza entre los partidos Acción Progresista (antiguo PAU, creado por Batista en 1949), el Liberal, el Demócrata y el Unión Radical (batistiano). En 1958, otra farsa de elecciones dio el triunfo, con 16% de los electores registrados, a Andrés Rivero Agüero, «líder» de la Coalición Progresista Nacional (del gobierno), que reunía a cuatro partidos (Acción Progresista, Liberal, Demócrata y Unión Radical) frente a otros tres «opositores» (Partido del Pueblo Libre, PRC-A y Partido Unión Cubana).

Para la formación de una casta militar que respondiera a sus intereses, Batista llevó a cabo una serie de proyectos, uno de ellos fue la creación de las escuelas cívico-militares.

Las escuelas se fundaron después de la huelga de marzo del 35 y fueron aceptadas por unos y mal vistas por otros. En 1935, muchos maestros quedaron cesantes por irse a la huelga. El problema de la educación rural en Cuba era muy grave —nadie quería trabajar en el campo porque se pasaban muchas dificultades. Mi madre fue maestra rural en 1910, ella me hablaba de cómo la pasó en el campo, al final tuvo suerte y la pasó bien en casa de unos españoles que la acogieron con mucho cariño. Pero, en general, las pocas escuelas rurales siempre estaban abandonadas. Ante esa situación, Batista creó las escuelas cívico-rurales. Los maestros debían ser hombres porque las escuelas estaban en medio de la sierra, en los montes, y se quedaban a dormir allí. Yo creo que lo de las escuelas fue muy bueno. Batista creó un Instituto Cívico Militar en Ceiba del Agua, otro en Santa Clara, otro en Oriente. A ellos asistían los niños huérfanos de militares, ya eso no estaba bien, porque los huérfanos de zapateros no podían ir. Ya estaba el sentido de la casta. Batista también creó en la altura de Topes de Collantes un hospital antituberculoso. Hoy la gente está aterrorizada con el cáncer, pero en aquella época el terror era la tuberculosis. Quienes se enfermaban con ella podían considerarse muertos.

El hospital tenía un inconveniente, que los médicos parece no vieron entonces: ¿cómo se va a curar la tuberculosis en un lugar donde hay frío, donde hay neblina? En la época de Grau el hospital pasó al Ministerio de Educación.

Yo estuve en el Instituto Cívico Militar de Ceiba de Agua, en ocasión de un Congreso de unificación de magisterios para el que nos llevaron hasta ese lugar a los maestros de todo el país. Eso fue en la época de Grau. Vi por dentro la institución. Aquello estaba... muy bueno, de punto y aparte, vaya.

La opinión pública

¿Qué peso podía llegar a tener la opinión pública en la toma de decisiones políticas?

La opinión pública se movía por medio de manifestaciones, periódicos, movimientos de masas. En Cuba, el movimiento de masas ha tenido siempre una gran importancia, creo que desde la época de Tomás Estrada Palma, porque las manifestaciones que hubo en su época contra la Enmienda Platt fueron famosas. No crea usted que la Enmienda fue cosa de dos días; eso fue un combate en la calle, aquí en La Habana; hay que leer sobre la lucha de Juan Gualberto Gómez, de Sanguily, de Alfredo Zayas en contra de la Enmienda Platt y las manifestaciones en la calle en contra de las estaciones navales que llamaban carboneras. Desde que Cuba se instauró como República existía un movimiento de masas. Las guerras independentistas del siglo XIX eran movimientos de masas, no era un grupo de aristócratas. Los aristócratas eran los jefes, ellos eran los que podían comprar los caballos, y fueron quienes las iniciaron, pero a ellos los secundaron la gente de abajo, los esclavos, los campesinos, las clases más humildes de la población. La gente humilde ha estado siempre en la historia de Cuba. Desde que llegó aquí Cristóbal Colón surgió el movimiento de los indios contra la esclavitud. Hatuey canalizaba una tendencia en contra de la explotación. Después vino el movimiento de los tabaqueros, de los vegueros. Había movimientos de masas donde quiera que la gente se asomara, en el 68, en la Guerra Chiquita, en el 95.

En la República siempre hubo conciencia política, en otros países la gente dedica el tiempo a sus plegarias, pero aquí mucha gente se cagaba en Dios. Después cuando tenían un familiar enfermo en la casa le pedían a la Virgen de la Caridad que se lo curara, pero la blasfemia siempre estuvo en la boca de la gente pobre cuando sufría sus calamidades.

¿Cuáles cree que son los aportes principales de ese período a la historia del Estado y el Derecho en Cuba?

Hubo diferentes movimientos cuyos resultados se plasmaron en varias ramas del Derecho, que tomaron en cuenta a la masa popular. Fueron movimientos a favor de los enfermos, de la vejez, del voto femenino. Se reconoció, para todas las personas mayores de 21 años, el derecho al voto; decía «a todos los ciudadanos» con lo que quedaban incluidas las mujeres.

Las mujeres tuvieron mucha importancia en la elección de Grau, precisamente porque fue él quien aprobó el sufragio femenino y además estaba en contra de Batista. Este nunca tuvo simpatía en las masas. Los comunistas, a finales de los 30 trataron de «vendérselo» a la gente, pero qué va, ni modo.¹⁶ Era intragable. Yo en el año 50 di un viaje por los Estados Unidos, y coincidí en un mismo tren con Batista. Él cruzó por el vagón donde yo estaba, al lado mío iba un polaco exiliado allá por culpa del gobierno de Prío. Batista nos saludó: «Son cubanos, ¿cómo están?», me pareció amable en ese momento. Sin embargo, tenía una actitud repulsiva cuando hablaba en la tribuna.

Los movimientos de masas eran fundamentales para lograr modificaciones en las leyes. El más activo era el Partido Comunista a través de la CTC, de la Federación de trabajadores campesinos, de las amas de casas. El Partido Comunista sacó a las mujeres para la calle, y desarrolló su conciencia política para que no estuvieran en la casa fregando y mirando por detrás de las persianas. Las mujeres ocuparon posiciones destacadas porque el Partido las puso en el tapete. Además de luchar contra la discriminación de la mujer, también se enfrentaban a la discriminación de los negros, de los campesinos. Los demás partidos no tuvieron más remedio que aceptar eso.

¹⁶ Se refiere al apoyo dado por el Partido Unión Revolucionaria Comunista a Fulgencio Batista durante un tramo del camino hacia la Constituyente de 1940, alianza que continuaría hasta 1944.

El negro espacio del negro. Raza y nación en Cuba

Entrevista con Tomás Fernández Robaina

Después de contribuir decisivamente a las guerras independentistas del siglo XIX, los negros se encontraron sin espacio dentro del diseño social con que se inauguró el novecientos cubano. Las dos razas que habían aprendido a convivir en los campos de Cuba —amén de las inevitables tensiones raciales que también recorrieron las filas insurrectas— volvieron a enfrentarse de manera descarnada. Los prejuicios raciales creados durante 400 años continuaron perviviendo, los negros no fueron admitidos en la policía, se crearon cuerpos de artillería segregados, y los veteranos no recibieron el tratamiento que requería su aporte a la gesta patriótica. La ocupación norteamericana traspuso la filosofía racista de aquel país y agudizó las tensiones por índole de raza.

La cuestión afectó a los negros en general, rebasó las dimensiones clasistas y no distinguió ni trayectorias ni estatus público: al general Quintín Banderas le ofrecieron un cargo de cartero, al senador Martín Morúa Delgado le extendieron una invitación para un convite, con la condición de que dejara en casa a su atezada esposa; y al comandante del Ejército Libertador José Encarnación Montejo no se le concedió el indulto por dar muerte en defensa propia a un hombre, aun cuando así lo solicitó el Consejo Nacional de Veteranos, mientras sí era indultado un alto oficial blanco que había cometido delito de robo.

Los nacionalismos cubanos del XIX habían desconocido al negro. Si bien José Martí elaboró su proyecto inclusivo sobre la patria de todos, el miedo al negro y la exclusión consciente de los miembros de esa raza del discurso cultural y la práctica política entraron al siglo XX sin ser cuestionados de manera radical.

La primera respuesta orgánica al apartamiento de los negros fue la creación, en 1908, de la Agrupación Independiente de Color, dos años después convertida en el Partido Independiente de Color (PIC). El levantamiento de los independientes en 1912, hizo estallar la primera masacre llevada a cabo en la República: tres mil negros y mestizos muertos y asesinados, contra solo doce bajas por parte del Ejército Constitucional.

Más allá de amenazar con quebrar el bipartidismo que alternaba el poder en Cuba, el PIC planteaba un problema medular a la estructura republicana de control social. Previsión, el periódico del PIC, se preguntaba:

¿Somos los cubanos de hecho y de derecho ciudadanos de una república democrática o no? ¿Tenemos iguales derechos los nacidos en Cuba a sentirnos libres, respetuosos y respetados en el orden político? [...] El día en que en este país todos los nacidos en él puedan ser todo lo que haya que ser, desde Primer Magistrado de la nación hasta el último barrendero, entonces y solo entonces, empezará a brillar la aurora republicana para este miserable pueblo.

La campaña racista desatada contra el PIC arrancó desde su misma fundación y se extendió después como parte del complejo ideológico que pretería al negro como individuo y a lo afrocubano como cultura. En lugar de una guerra racista, los independientes se habían alzado para presionar al establishment a respetar el derecho del PIC a concurrir a elecciones.¹ El fin de la represión, con Evaristo Estenoz fusilado a quemarropa —junto a otros cincuenta hombres—, y con Ivonet arrojado en una fosa común (luego de tres días sin comer antes de morir), fue una «victoria» de la República contra sus ciudadanos. Los titulares de la prensa dieron cuenta entusiasta del hecho y se celebró un banquete en el Parque Central para celebrar el triunfo sobre los negros. El mito de la igualdad racial quedó sin sustentación alguna en Cuba republicana.

¹ Según la Enmienda del senador Martín Morúa Delgado, mulato perteneciente a la fracción miguelista, el PIC no podría concurrir a elecciones en 1912, objetivo perseguido por los independientes.

El reconocimiento del peso de la raza y la cultura negras en la formación de la síntesis nacional comenzó a abrirse paso después de la década de los 20. Los estudios históricos y antropológicos, la poesía negrista y la música popular comenzaron a legitimar la significación de la herencia negra para la cultura cubana. No obstante, la discriminación efectiva contra los negros fue un problema que, a pesar de avances y retrocesos, de los silencios y los espacios abiertos, quedó sin solución, aunque registre muchas complejidades. En 1948, como en la época del PIC, un artículo del periódico Hoy aseguraba:

Bajo el gobierno del PRC (Partido Revolucionario Cubano Auténtico) al igual que ayer bajo el Partido Liberal, el cubano negro no tiene oportunidad de hacerse industrial ni comerciante, no tiene acceso tampoco a la carrera diplomática, pasa las de Caín para obtener un título universitario y cuando lo logra, si es maestro, va a engrosar la larga fila de educadores sin aula; si es dentista o músico tiene que convertirse en sargento político para obtener un puestecito en el campo; si es abogado, está condenado a andar con los bolsillos rotos, porque no hay dependencia del gobierno, ni empresa privada, ni hombre de negocio que le dé empleo y en la carrera judicial las puertas están cerradas.²

² Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p. 158.

Para arribar a la nación cubana, los habitantes del siglo XIX, y los que les siguieron en el XX, debieron forjar una identidad compartida en medio de esas tensiones. El nivel de integración y asimilación de la cultura cubana fue fundamental para albergar la

conflictiva relación interracial, aunque la política no propugnó, en los hechos, una solución realmente inclusiva.

Tomás Fernández Robaina ha dedicado el centro de su actividad intelectual a la investigación de las problemáticas del negro en la historia de Cuba. Investigador de la Biblioteca Nacional José Martí, tiene publicados seis libros sobre el tema y es conferencista habitual en eventos en Cuba y el extranjero. Con una larga e interesante historia personal, tiene en proceso editorial un libro sobre sus relaciones con los intelectuales cubanos que trabajaron en la Biblioteca Nacional —entre ellos Cintio Vitier, Eliseo Diego y Fina García Marruz— y ha concluido también un testimonio sobre su relación con Reinaldo Arenas, de quien fue amigo en los años 60. Muy apasionado cuando defiende los derechos de los negros (y de los homosexuales), Fernández Robaina atesora en su casa quizás una de las colecciones más amplias, de las existentes en Cuba, sobre elefantes —tapices, tallas, esculturas, porcelanas— y asegura que su carácter se identifica plenamente con el sino de ese espléndido animal. La entrevista que sigue la sostuvimos en medio de aquel museo de paquidermos, temprano en la mañana, y si habíamos pensado que la conversación nos tomaría una hora, en realidad estuvimos más de dos hablando de hombres y mujeres «de color» — blancos, negros, mulatos, amarillos— y del común denominador que entre nosotros posee esa variedad cromática: el hecho de ser cubanos. El aporte del cosmos afrocubano a nuestra espiritualidad, la crónica del paso del negro por la historia cubana, la complejidad de la lucha contra la discriminación racial y los adelantos y regresos de esta era en cuanto a la integración racial, entre otros, fueron los temas que nos ocuparon.

¿De qué manera contribuyó la experiencia de la guerra independentista a la creación de un pueblo cubano multirracial?

Los movimientos conspirativos de los negros, como el de Aponte en 1812, estuvieron enmarcados dentro de un proceso general de lucha contra la esclavitud. Era un movimiento abolicionista de mucha complejidad, dentro del cual no podemos pasar por alto la existencia del miedo al negro en los siglos que precedieron al XX. Hasta esa fecha, todos los movimientos organizados por los negros habían fracasado o no habían llegado a realizarse plenamente. En el proyecto de la República Cubana, de la Nación Cubana, el negro no existía. No existía en el proyecto de José Antonio Saco, ni en ninguno de los proyectos de la burguesía o los terratenientes cubanos. El negro estaba ausente cuando se hablaba de la independencia nacional. Al comienzo de la Guerra de los Diez Años, toda la dirección está en manos de blancos. Yo estoy estudiando cómo se desarrolló, en esa guerra, el tema del negro, cómo Carlos Manuel de Céspedes se percató de que necesita a los negros, esclavos y libres, para llevar adelante su proyecto independentista y cómo esto fue visto por otros terratenientes esclavistas. La Guerra de los Diez Años, por esta cuestión, posee una connotación muy singular. A partir de esa guerra, el negro emerge como parte constituyente de la nacionalidad y de la cultura política y social cubana. Los negros, que habían empezado como simples soldados, llegaron al final de la guerra como generales. Las figuras de los Maceo, de Quintín Banderas, de Moncada, aportan matices importantes.

Algunos investigadores encuentran las causas del fracaso de la Guerra de los Diez Años, amén del regionalismo, en la agudización —en la etapa final de la contienda— de las tensiones raciales. La abolición de la esclavitud no se alcanza por la solicitud realizada por los blancos durante el pacto del Zanjón, sino por la negación de Antonio Maceo a aceptar ese Pacto. La Protesta de Baraguá trajo, entre otras cosas, la abolición gradual de la esclavitud de todos los que permanecían como esclavos y la abolición

inmediata de aquellos que habían peleado. El miedo al negro, que había surgido aun antes del siglo XIX, se manifestó cuando, tras la Protesta de Baraguá, Maceo quiso seguir la lucha y no encontró apoyo económico. Quienes tenían el dinero eran los terratenientes, los burgueses blancos que no quisieron seguir contribuyendo a esa guerra. Por supuesto, ya en la Guerra del 95, las peculiaridades son otras, pero no podemos olvidar que el miedo al negro estuvo presente durante el siglo XIX y que hay referencias a ello en los testimonios y los libros de memoria de los combatientes negros. En un texto de la época se le llama a Maceo «mosca negra que anda por el occidente». Ciertamente, hubo problemas raciales en el ejército independentista durante las guerras del 68 y el 95. Esa fue una constante a la hora de promover a los oficiales: los negros tenían que ser muy bravos, muy cojonudos, muy valientes para que se les reconocieran sus grados.

Existió una política de marginar a los negros, expresada en las discusiones sobre el derecho al voto, la tenencia de propiedades o el grado de instrucción, factores que pesaron mucho también en el ejército. Los negros, para ascender en la escala jerárquica, debían tener un nivel de instrucción que, obviamente, la mayoría de ellos no poseía. Por lo tanto, es preciso analizar el tema del negro en la Guerra de Independencia de forma dialéctica. La guerra contribuyó, en buena medida, a la creación de una nación multirracial, en la cual el negro no podía pasar inadvertido, y debía tener derecho, por el valor mostrado en las batallas por la independencia, a ocupar puestos públicos y a ser tomado en cuenta. Los racistas blancos, consciente y, a veces, inconscientemente, buscaban por todos los medios imposibilitar la llegada de los negros, con o sin instrucción, a los puestos altos, o a determinados puestos. Un hecho elocuente fue la preferencia otorgada a los que habían sido colaboradores de los españoles, a los integristas, que al poseer determinada educación fueron promovidos a cargos en las Secretarías y niveles de administración de entonces.

¿Qué tratamiento recibió la cuestión racial durante el período de las ocupaciones militares norteamericanas?

Bueno, todos los pájaros comen arroz y el totí es el que carga la fama. Evidentemente, en aquel momento los norteamericanos tenían un país en extremo racista. Las tropas que vinieron a Cuba pertenecían, básicamente, a las hoy llamadas minorías, descendientes de negros, de indios. Aquel racismo galopante fue transferido a la ocupación, pues los yanquis tenían el poder. Pero a los Estados Unidos se les achacan siempre todos los males del racismo en Cuba. Yo pienso que la ocupación incentivó el racismo blanco de los cubanos. Ahí están las cartas donde Maceo lucha contra la discriminación de la cual él mismo es objeto. Maceo decía: «nada pedir como negro, todo como cubano». Era casi unánime la esperanza de que con la república soñada, la república martiana, el mal de la discriminación racial se solucionaría. Por tanto, cuando vinieron los americanos, los racistas blancos se pusieron el anillo en el dedo ante tradiciones y prácticas que les resultaban comunes, pues mantenían a los negros *en su lugar*. La ocupación yanqui incentivó, estructuró y creó condiciones óptimas para lo que posteriormente se ha llamado el racismo y la política discriminatoria que imperó en Cuba. Ahora bien, esto hay que verlo con matices; no se puede decir que todo se hizo en función de crear el racismo o para luchar contra la discriminación racial y por la igualdad. Ese equilibrio es necesario para no presentar al Ejército mambí como la panacea de la multirracialidad. En ese ejército hubo de todo, hubo niveles, áreas donde eso pudo materializarse, cuajar, pero en otras no fue así. Por eso debemos huir de los términos absolutistas y triunfalistas.

También es necesario investigar el contexto. Ahora se habla de las minorías y de sus culturas. En aquel momento, la cultura dominante era la eurocéntrica, todo lo que no fuera la cultura del colonizador, del conquistador, era considerado como culturas inferiores que debían desaparecer con el tiempo.

En ese espíritu está inscrito el pensamiento de trabajos de Fernando Ortiz del año 1910.

Si Ortiz lo dice, o lo repite, en 1910, imagínate cuán difícil resultaba en el siglo XIX prever una nación integrada con los valores de igualdad, de derechos culturales y sociales para todos los miembros de la sociedad. En nuestro caso, yo me he enfrentado, en muchos momentos, a cubanos negros que dicen que jamás se sintieron marginados, discriminados, y que todo lo dicho sobre el racismo en la historia de Cuba es totalmente falso, politiquería demagógica del comunismo.

Mi lucha radica en no hablarles solamente a los blancos. En una etapa de nuestra historia, los negros miraron a los blancos como los poseedores de la cultura, por lo que debían ayudar a los negros a salir del estadio en que se encontraban. Como parte de esa política, muchos negros se asimilaron y ahora hay muchos que nada tienen que ver con la Santería ni con la rumba ni con las comparsas, más bien las detestan porque consideran que son asuntos de gente inculta. Hay muchos negros que escribieron: «Hay que olvidar el tambor africano», «África es la patria de nuestros ancestros, pero nosotros somos cubanos». Decían haberse asimilado totalmente a la cultura cubana sin deber nada a África ni a las culturas de ese continente. Renegar de esa idiosincrasia, de sus raíces, era la forma de acceder al poder, a los estratos de la sociedad dominante. Los negros necesitaban mostrar que portaban la cultura y los valores culturales reinantes en ese momento. A un político, o personalidad de importancia, nunca se le ocurría decir que era santero o palero, porque eso no era indicativo de prestigio. Así pueden encontrarse criterios de Fernando Ortiz y Rómulo Lachatañeré, quien decía que con la cultura y la educación todos los negros de las capas marginales progresarían, y los valores asociados a la «marginalidad» adquirirían una importancia solo histórica, folklórica, pero no un valor realmente social.

A pesar de que en la Asamblea Constituyente de 1901, encargada de redactar la primera Constitución de la República, apenas había negros y mulatos, los delegados establecieron el sufragio masculino universal como principio de la política cubana. Esa posibilidad de elegir y ser elegido ¿cómo se revirtió en la práctica de la participación política de los negros y mulatos y en su integración a la vida cívica nacional?

Con nivel cultural o sin él, votando o no votando, el negro fue simplemente un elemento de interés para los politiqueros de aquella época. Un negro era un voto. Con todo, la República nacida el 20 de mayo fue un paso de avance para los negros, independientemente del estatus neocolonial de esta. Fue un avance, sobre todo al comparársela con Filipinas y Puerto Rico, que quedaron, como es el caso de este último país, en condición de colonias. No obstante, aquella era una sociedad que consideraba al negro como elemento de sufragio y lo marginaba de la vida social y política. Para poder avanzar, el negro debía asumirse como portador de la cultura dominante, en su sentido más positivo o más desastroso. Es el caso de la politiquería, un recurso que los negros encontraron para avanzar socialmente. Y en esa actitud el «hombre de color» asumía posiciones demagógicas, politiqueras, de engaños, de acordarse de sus hermanos negros en función de las elecciones, para después seguir la misma postura de los politiqueros blancos, y vivir, como se decía, del jamón, del Estado.

La politiquería también era utilizada para mantener la ilusión de que había negros en el Senado o en la Cámara de Representantes, lo que era importante, pero significó, realmente muy poco para los propios negros. Cuando surge un «hombre de color» con una conciencia más avanzada, que trata de acercarse a los partidos creyendo honestamente que podía hacer avanzar a la masa negra, la realidad reflejaba que elecciones tras elecciones —y eso venía desde la colonia— nada se lograba para los negros. De ahí surge —como frustración del negro como votante dentro de la política tradicional cubana— la idea del Partido Independiente de Color (PIC). Los negros se habían sentido engañados, frustrados en sus aspiraciones dentro de los partidos existentes. El PIC había estado precedido por la fundación en 1908, de la Agrupación Independiente de Color. Este proyecto, muy interesante, podía haber contribuido a un balance, a un equilibrio importante en nuestra República, pero por el miedo al negro fue aniquilado.

Hubo muchas polémicas en relación con el alzamiento de 1912, dentro de los propios negros y mulatos. La prensa de la época da cuenta de un banquete, en el Parque Central, que festejaba el triunfo sobre los negros.

Ahí se estaba reflejando el racismo interiorizado, enraizado, de muchos cubanos, porque cuando se miran las fotos del banquete, cuando tú ves lo que se dijo, te das cuenta de que hay una postura totalmente racista. El PIC es, para mí, un ejemplo clave de lo que pudo haber sido algo muy positivo. Es evidente que hubo acuerdos entre Evaristo Estenoz y el presidente José Miguel Gómez, de eso no tengo la menor duda; como sé que no hubo tal alzamiento. Ahora hay un historiador que está haciendo un análisis de la guerra desde el punto de vista del Ejército Constitucional. La primera experiencia que tuvo ese ejército de «enfrentarse» a un supuesto ejército enemigo fue la guerrita de 1912. Y aunque todo eso fue una invención, es evidente que del lado constitucional, del gobierno, los movimientos armados se hicieron como si se estuviera enfrentando a una invasión increíble.³ Todos los que pelearon, la mayoría de los alzados, de los independientes de color, eran veteranos, gente de experiencia. No obstante, hasta el momento yo no he visto un solo parte del ejército asegurando que en determinado encuentro un solo oficial del ejército resultase herido por bala.

Hay un caso famoso en Boquerón, donde voluntarios negros resultaron asesinados por otros voluntarios, que alegaron haberse equivocado pensando que eran independentarios. Pero no hay una batalla entre las fuerzas de los Independientes de color y el ejército donde haya bajas por parte de estos.⁴

³ «Al iniciarse las operaciones por la fuerza armada gubernamental contra el Partido Independiente de Color, el Ejército nacional estaba compuesto por 15 000 hombres, estando divididos en: guardia rural con tres cuerpos de ejército: occidente, centro y oriente. Ejército permanente dividido en dos cuerpos: infantería y caballería; contando además con la artillería de costa y el cuerpo de sanidad militar. El armamento usado por el Ejército nacional estaba constituido por machetes paraguayos, revólveres Colt —último modelo—, sables, espadas de reglamento para la oficialidad y jefes, rifles Springfield del último modelo, ametralladoras Hoesi-Krupp de 200 a 300 tiros por segundo con sistema giratorio de ascenso y descenso, cañones de tiro rápido de costa y de montaña y artillería rodada sistema Krupp. La armada se componía de 23 buques, dos eran acorazados de segunda clase: «Cuba» de 2 400 toneladas y «Patria», con 1 700 toneladas. Los otros eran cañoneras de primera y segunda: Hatuey, Enrique Villuendas, Habana, Las Villas y Pinar del Río. El jefe superior de la armada lo era el coronel Julio Morales Coello. Tres de estos barcos tenían aparatos de telegrafía sin hilos, todos ellos con alumbrado eléctrico, muchos de ellos tenían reflectores de extensa proyección, telégrafo, teléfono y tubos acuáticos y bocinas para comunicación a corta distancia con otro buque. El armamento de los mismos se componía de cañones eléctricos de cuatro movimientos de alta y de baja, derecha e izquierda, pistoletas de percusión eléctrica y mecánica para el caso de que llegara a faltar el fluido eléctrico, cañones de 25 mm. de tiro rápido giratorios de carga y descarga simultánea. Iniciada la protesta armada del Partido Independiente de Color, el gobierno de José

Miguel Gómez repartió rápidamente más de 17 000 fusiles en todas las provincias». Silvio Castro, *La masacre de los Independientes de color en 1912*, Editorial de Ciencias sociales, La Habana, 2002, pp. 82-83.

- ⁴ «El balance exacto de la masacre racista de 1912 nunca será conocido. Las cifras oficiales cubanas informaron que el número de muertos era más de 2 000. Los ciudadanos norteamericanos residentes en Oriente lo estimaron de 5 000 a 6000. Guillermo Lara, un independiente que estuvo junto a Estenoz, habló de 5 000 muertos. Estos informes contrastaban con la cifra oficial de 16 muertos en las fuerzas armadas, entre los que estaban incluidos ocho negros y mulatos asesinados por sus compañeros blancos y otras víctimas de disparos escapados». Aline Helg, *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba (1886-1912)*, Editorial Imagen Contemporánea, La Habana, 2000, p. 312.

¿Qué cree de las diferencias entre los alzamientos de Cienfuegos y los de Oriente? En estos últimos los negros fueron masacrados, pero no fue así en el centro del país.

Los alzamientos de otros lugares no fueron realmente significativos. Lo sé porque he estado en los seminarios que se han dado sobre esto. En Cienfuegos sí hubo alzados, partidas, pero la represión no fue igual y pienso que hay que seguir hurgando más sobre este tema.⁵

- ⁵ Un criterio diferente es el de Alejandra Bronfman: «La rebelión no se limitó a Oriente. Cuando se amplía el alcance de la investigación a otras regiones, surge un cuadro más complejo. Una mirada cuidadosa al entramado de acontecimientos en Cienfuegos, en la provincia central de Santa Clara fue un lugar significativo de la organización del Partido Independiente de Color y el único lugar de insurgencia armada en 1912». Alejandra Bronfman, «Más allá del color. Clientelismo y conflicto en Cienfuegos», en *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad. Cuba entre 1878 y 1912*, UNIÓN, La Habana, 2001, p. 285. Aparecieron también grupos de insurrectos en Pinar del Río, La Habana, Las Villas y Oriente. Sus operaciones comenzaron el 20 de mayo de 1912 y fueron liquidadas en agosto.

Louis Pérez Jr., historiador cubanoamericano, sostiene que en el fondo de lo sucedido en el oriente del país, en aquel año de 1912 había un asunto de tierras.

Todo se da al unísono. Cuando hice la investigación para mi libro *El negro en Cuba*, encontré que Pedro Ivonet había comprado grandes extensiones de tierra en Oriente. Cuando uno lee el periódico *Previsión*, órgano oficial del Partido Independiente de Color, encuentra cartas donde ellos se identifican como pequeños agricultores, como personas que están luchando por surgir como una clase, por tener tierra para mejorar socialmente. Y no puede pensarse que el alzamiento tiene su causa exclusivamente en el problema racial, ni que fue solo un problema politiquero de Evaristo Estenoz, como me dijo una vez una historiadora cubana (me decía que Evaristo Estenoz quería venir a la arena política, aprovechar el hecho de aparecer como una figura, y tratar de pelear y discutir con los blancos los puestos políticos del país). Yo me niego a aceptar esa afirmación. He leído textos de Evaristo Estenoz. Pienso que era un hombre de principios y que realmente quería que el negro despertara y comprendiera que estaba siendo engañado por los políticos tradicionales y que algo era necesario hacer. Ese algo hubiera podido llegar a ser una revolución, aunque ahora se tilde al partido de reformista, por sus planes. Cuando uno lee su programa, se da cuenta de que la plataforma del PIC no era en modo alguno racista. Ellos demandaban la representatividad de los negros en el cuerpo diplomático; pero, además, el derecho a la tierra, a la creación de cooperativas, al acceso a la educación primaria, secundaria y universitaria, a la jornada de ocho horas, y todo eso no lo estaban exigiendo para los negros, sino para todos los cubanos. El programa del PIC era muy equilibrado, en función de nuestra cubanidad, de nuestra patria, acentuando aquellas áreas donde el negro, por las razones históricas que ya sabemos, había estado marginado y no contaba con las mismas posibilidades.

La denominación de la masacre de 1912 como una guerra racista, ¿era entonces una instrumentación del tema racial desde el poder, para ocultar la cuestión social implícita en ella?

En ese momento se publican dos folletos que son los más racistas que yo haya podido leer de los escritos en mi país, aunque hay toda una bibliografía racista —se pudiera hacer una antología del racismo en Cuba partiendo de fragmentos o de la reproducción de textos publicados donde se habla de la supremacía blanca y de que el negro tiene que desaparecer. En esos folletos se dice que dentro de cincuenta años no habrá negros en Cuba; que ya la guerra entre las dos razas que conviven en Cuba había comenzado, y que una de las dos dejaría de existir —la negra, naturalmente. Eso se publicó justamente en 1912, y luego hay toda una literatura que demuestra que en Cuba ha habido racismo a tambor batiente. La lucha en contra de eso es lo que hace rica la historia de nuestro país. Muchos cubanos tenemos en el subconsciente esa cosa del miedo al negro, que viene desde la colonia y que todavía se visualiza en nuestra realidad cotidiana.

¿Cómo se modificó la política hacia la raza después de 1912?

Ya en 1918, un periodista llamado Armando Pla publica un trabajo muy interesante en el que señala los avances del negro y las tendencias que había usado, o con las cuales había peleado, para luchar contra la discriminación. Pla llegaba a la conclusión de que el proyecto del PIC podía tener validez en la Cuba de entonces. Es evidente que en esa época imperaba un racismo muy grande, a veces no muy abierto, solapado, pero que se reflejaba en la valoración de las culturas afrocubanas, al considerar que todos los crímenes del pasado eran causa de los brujeros, de la gente negra.

Durante ese lapso, hay textos escritos sobre la superioridad blanca, aunque también hubo cambios. Sin embargo, creo que más que de carácter político, social, de resolver las esencias, las reformas se basaban en intenciones puramente politiqueras. El mismo presidente Menocal, conservador, es el que otorga la amnistía a los independientes que están presos en las cárceles. Eso hace que los negros simpaticen con Menocal, que voten por él. Es muy significativo que los gobiernos de los dos dictadores más connotados de nuestra historia, Gerardo Machado y Fulgencio Batista, hayan sido considerados como los momentos cuando, aparentemente, los negros lograron un espacio mayor, aunque, en efecto, hayan obtenido cierta representatividad. Existe la idea de que los negros estaban con Machado y que apoyaron luego a Batista. El negro pudo visualizarse un poco más en determinados momentos, pero eso también formaba parte de una política destinada a crear la ilusión de una igualdad racial. Sobre todo antes de la caída de Machado, se vivió uno de los momentos más importantes de la cultura cubana con el abordaje del tema afrocubano: cuando llega a reconocerse la existencia de valores estéticos, éticos y, sobre todo, de los aspectos culturales de la herencia africana. Todavía las religiones se veían de otra forma, pero empieza a reconocerse el conjunto.

A partir de 1928, con Machado todavía en el poder, Gustavo Urrutia comienza a publicar su columna “Ideales de una raza”. Derrocado Machado, continúan apareciendo en la prensa muchos textos acerca de la cultura afrocubana y del derecho de los negros. Es cuando aparece la sociedad Adelante, con su revista de igual nombre, ambas muy importantes. En 1937, se fundará la Sociedad de Estudios Afrocubanos. Hay una aparición del negro en la escena política y cultural, como antes no había sucedido. El negro comenzó a visualizarse desde el punto de vista cultural, aunque socialmente existían problemas. Hubo algo interesante, un texto que publica Carlos M. Trelles en el veintipico, en el que hace un estudio sobre la educación en Cuba y señala que, en esos

años, los negros están asistiendo más a la escuela y avanzando más en el plano educativo que los blancos. Trelles, que fue considerado y homenajead por la sociedad de color en aquella etapa por ser el autor de la *Bibliografía de los autores de la raza de color*, alerta, en esa investigación, sobre el hecho de que si los «etiípicos» o los «abisinios» seguían con ese ritmo de estudio y de superación, se iban a ir por encima de los «caucásicos». Él llamaba a estos a hacer algo para que los negros no se fuesen por encima. Esto era una posición racista y nadie habla nunca de Carlos M. Trelles. Yo soy un apasionado de él como bibliógrafo, pero no dejo de reconocer que era un hombre muy influenciado por el modo de vida norteamericano y refleja el modo de ser de los cubanos que no tienen conciencia de su racismo.⁶

⁶ En el año 1894, antes de que comience la Guerra de Independencia, ocurre un incidente racial en Matanzas ante el cual Trelles ofreció como solución emplear cantineros o dependientes negros para que les sirviesen a los negros, y blancos para que les sirviesen a los blancos. Él lo decía de forma natural, no pensaba que su conducta fuese racista, lo hacía para evitar problemas. (T.F.R.)

¿Cómo progresó la participación en los espacios públicos de negros y mestizos tras 1940?

Yo trabajo mucho la Constitución del 40. Pienso que fue un momento muy importante, no solamente para el problema racial, sino para todos los problemas sociales, desde el punto de vista legal, constitucional. Obviamente, la Constitución del 40 fue un texto muy avanzado, extraordinariamente avanzado para su época y generó, en el plano específico del racismo, grandes debates que dejaron artículos donde se le combate. Sin embargo, nunca se llegó a legislar o adicionar las leyes complementarias de condena a las acciones discriminatorias. Esa carencia de leyes especiales fue objeto de muchos debates, hasta el punto de que llegó la Revolución sin haber sido promulgadas. En la Constitución se decía que no había discriminación, pero era evidente que, en los centros de trabajo, a los negros se les discriminaba. Era muy raro ver en una cafetería o en un bar elegante a un negro trabajando, como tampoco en los bancos. Un ejemplo es la Ley del cincuenta por ciento. La mayoría de los centros de trabajo, sobre todo del comercio, estaba en manos de extranjeros, de españoles. En 1933 se reguló que en cada centro de trabajo debía laborar al menos un cincuenta por ciento de cubanos. En esa ley los negros fueron ignorados por completo, o alcanzó solo a algunos, para lograr una representatividad, pero el beneficio de los negros con esa ley fue mínimo, comparado con lo que significó para los cubanos blancos.

No obstante, quiero decir que la Constitución del 40 fue muy buena desde el punto de vista intelectual; pero en acciones positivas, como hubiera sido dar o garantizar derechos, no generó realidades diferentes a lo que sucedía en Cuba anteriormente. Nadie respetaba la Constitución. No quiere decir que, en algunos casos, en ciertos niveles, determinados negros pudieron verse beneficiados por su aplicación, pero no era la generalidad.

¿No fue abordado el tema del negro con la misma fuerza que el problema obrero, que al parecer avanzó más con el peso adquirido por los sindicatos después de la Revolución del 30?

Para esta etapa ya existe el Partido Socialista Popular y no se puede ignorar en modo alguno la labor de las fuerzas comunistas de aquella época e, incluso, un poco más atrás, de las ideas anarquistas en todos estos movimientos, en pos de una mejoría social y de un mayor espacio para la clase obrera. Eso es algo que se hace muy patente. En los 30,

cuando la revolución antimachadista, surge el movimiento del «poder a los soviets» en algunos centrales azucareros. Siguiendo esta tendencia progresista de la visión obrera, se pretendió crear la Franja Negra de Oriente, patrocinada por el Partido Comunista de la época. Los líderes del movimiento obrero tienen mucha incidencia en la vida política y social del país, garantizándoles derechos a los trabajadores, que constituyeron grandes conquistas de la clase obrera. Esas conquistas estuvieron impulsadas básicamente por los líderes del movimiento comunista. Estaban Juan Marinello, aunque fuese blanco, Blas Roca, Lázaro Peña, Salvador García Agüero y muchos otros. Dentro de esa lucha, el Partido Comunista de Cuba tomó como una bandera emblemática el problema de la cuestión racial y las posiciones de los comunistas constituyeron siempre una vanguardia, algo totalmente significativo, porque estaban planteando y apoyando la lucha contra la discriminación racial.

¿Qué opinión le merecen otros acercamientos al problema negro de la época, el del Partido Auténtico, por ejemplo?

No quiero absolutizar, porque podía haber personas que lo dijeran sinceramente, pero cuando uno lee las palabras de Carlos Prío Socarrás, que habló de la discriminación racial en unos discursos muy bellos, te das cuenta de que eran palabras muy lindas que en la práctica nada resolvían. Por eso mismo, por la esencia del miedo al negro que siempre se ha tenido en Cuba y del uso y el manejo del negro con fines politiqueros.

¿Cuáles serían para usted las principales manifestaciones de la ideología del racismo y cuáles las principales prácticas discriminatorias?

Había áreas, edificios, casas de vivienda, donde no les alquilaban a los negros; había áreas de trabajo y sectores donde los negros no podían trabajar. Recordemos que cuando algunas negras empezaron a trabajar en la tienda El Encanto, aquello se convirtió en un gran suceso. En los parques existían áreas donde los negros no podían caminar. Otro hecho es la necesidad de crear las sociedades de negros y mulatos que dieron origen a la formación de la Federación de Sociedades de Color.

¿Hubo diferencias entre negros y mulatos?

Hubo diferencias entre los negros y los mulatos; no quiero decir que las hay aún, y puede ser que en la psiquis de algunas personas aún quede; pero esto fue también algo empleado por la clase dominante durante la colonia para mantener a negros y mulatos diferenciados. Además, para la educación, las culturas de origen afrocubano eran temas folklóricos, de minorías, se estudiaba todo lo que era de negros como algo inferior, de gente salvaje, de gente chusma. Incluso entre los propios negros hubo un gran debate cuando en el año 1937 se decidió que recomenzaran los desfiles de comparsas, y hubo negros muy asimilados que consideraban que eso era un hazmerreír, una burla a los negros. Tanto es así, que hasta el triunfo de la Revolución no hubo un Conjunto folklórico nacional. La Sociedad de Estudios Afrocubanos, creada por Fernando Ortiz, pretendió investigar esas culturas, pero realmente no hubo una institución que divulgara, estudiara o tratara de rescatar estos valores. Todo lo que se hizo fue a partir de iniciativas individuales de Fernando Ortiz, Lydia Cabrera, Rómulo Lachatañeré, Teodoro Díaz Fabelo. No había una valoración justa de la herencia africana, ya no solo de la cultural, sino también de la histórica. Fernando Ortiz lo señala en un discurso, al ser nombrado Presidente de honor del club Atenas, cuando dice que en Cuba del negro no se quería hablar, y que solo se hablaba de determinadas figuras históricas.

Cuando yo estudié, en la escuela pública, se hablaba contadamente de algunos negros, no se hablaba de la intelectualidad negra, se mencionaba muy poco la participación negra. No recuerdo que me hayan hablado del Partido Independiente de Color. Es decir, los planes de estudio en la enseñanza general, desde la Primaria hasta la Secundaria, no contaban con la participación negra en la formación de nuestra historia.

¿Qué estimula la discusión actual sobre el nacionalismo cubano, en lo que respecta a la integración racial?

Los problemas sociales en Cuba han sido históricamente postergados por los problemas políticos y económicos. En el año 59 debió asestársele un golpe todavía más fuerte al racismo. Pero el miedo al negro también pesó, a su manera. Y ya no el miedo a que el negro tomara el poder, que fuera una mayoría dirigente, sino el miedo a que el tema negro pudiera ser usado por los enemigos de la Revolución cubana. Con eso se creó una imagen idealizada: el problema racial estaba resuelto. Ciertamente, tuvo solución en muchas cosas prácticas, como la eliminación de las divisiones en los parques públicos para blancos y negros, y la apertura del acceso de los negros a diferentes niveles de trabajo. Con mucha generalidad, muy eufemísticamente, se habló de la superación del problema negro, se pensó que la conciencia era el único factor determinante y no se creó un programa de prevención, de divulgación, de sistematización, para evitar, o al menos limitar, el resurgimiento de los elementos reproductores del racismo. Así, cuando las primeras personas señalaron que había problemas en ese aspecto fueron considerados contrarrevolucionarios; su discurso se consideró un atentado contra la unidad nacional por «dividir a los cubanos entre negros y blancos».

Martí dijo que «cubano es más que blanco, más que mulato y más que negro» en un momento en que se necesitaba de un discurso de inclusión, porque España estaba atizando el miedo al negro. Ahora bien, mientras Maceo estaba luchando por la libertad de Cuba, en Nueva York se publicó un análisis de su pensamiento. El texto inducía a creer que Maceo quería fundar una república de negros. Cuando los blancos leyeron aquel folleto dijeron: «Bueno, ¿vamos a estar apoyando a este negro para que funde una república de negros?». Con la Revolución avanzamos mucho, pero no en la profundidad que debimos avanzar, por estos temores sobre la conveniencia de no hablar del negro y de evitar la división de la unidad nacional. En nuestra sociedad hay muchos que tenemos como divisa el pensamiento martiano, pero hay otros que por cualquier motivo siguen viendo al negro en una escala inferior. Y aunque a la Revolución cubana no se le puede acusar —eso sería una gran injusticia— de tener una política racista o discriminatoria, hay individuos que, en diferentes niveles, pueden ejercer, inconscientemente tal vez, determinadas políticas raciales que se han generalizado. Yo he estado en reuniones con grupos y las cosas que se dicen que están pasando son asombrosas, y esto lo saben los niveles más altos del Estado cubano. Incluso el propio Fidel Castro ha reconocido que pensamos, muy románticamente, que el problema ya estaba resuelto, pero que en realidad está ahí y cada día se agudiza, por varias razones: la apertura del país a las inversiones y al turismo extranjeros, que traen de todo, desde lo más sano hasta los que solo buscan mulatas y mulatos. Pienso que estamos viviendo momentos muy importantes de nuestra historia social, política y económica. Es un momento difícil, porque el racismo en Cuba está muy enraizado. La gente no se da cuenta, a veces nosotros mismos, involucrados en este pensamiento positivo, progresista, a favor de una igualdad más generalizada, caemos en la trampa e involuntariamente reproducimos expresiones racistas. Es complejo y difícil, porque no hay conciencia masiva del problema. En Cuba hay blancos, negros y mulatos. Es

nuestra diversidad, y como en los quebrados, el común denominador es que todos somos cubanos, aunque es preciso reconocer que, por razones históricas, hay sectores de la población que han sido marginados.

La enseñanza cubana no puede tener una orientación eurocéntrica —aunque yo sea un admirador de la cultura europea—, hay que hacerle un espacio a la valoración de la participación del negro en la historia. Cualquier reforma en los planes de enseñanza, para ser efectiva, debe ir acompañada por una política de representatividad, de apertura de espacios. Cuando vemos el televisor no se ve a ningún negro, como tampoco en los diferentes niveles de la administración pública. ¿Qué está pasando? Cualquier video filmado al azar en las calles de Cuba mostraría por igual negros y blancos. Hay provincias como Guantánamo, donde la representatividad de los negros en niveles de dirección intermedios es realmente impresionante y justa. La representatividad es importante; sin embargo, si promovemos a negros que culturalmente, y desde el punto de vista ideológico, son, digamos, eurocéntricos, no hemos hecho nada para asegurar el respeto a la diversidad.

Con todo, en Cuba el problema racial es de menor gravedad que en otros países. Yo asistí a un Congreso de la familia negra latinoamericana y cuando oí las demandas de los negros en esos países, en Ecuador, en Argentina, en Uruguay, en Perú, parecían cosas realmente de ciencia ficción. Al hablar de los negros en Cuba, me dije: ¿de qué nos quejamos en cuanto al problema racial? Los problemas que tienen esos pueblos nosotros los tenemos superados: acceso a la educación, a la posibilidad de trabajar en todas las áreas. Nuestro problema es por qué eso no funciona de una manera más orgánica. No notamos el racismo porque estamos inmersos en esta realidad. A la inexistencia de trabajadores negros en un hotel no le concedemos la más mínima importancia, como mismo ocurre con que los ministros sean blancos o que todas las grandes figuras del país lo sean. Esas cosas están muy arraigadas, aunque yo nunca me preocupé por ellas antes de la Revolución. Este problema del negro y otras cuestiones sociales como el tema femenino, siempre han sido postergados ante hechos de la realidad cotidiana, crisis políticas, crisis económicas. Lo social se relega hasta que se convierta en un problema político o en un problema de envergadura.

La República al contado. Las seis primeras décadas de economía republicana

Entrevista con Oscar Zanetti

El decursar económico de Cuba entre 1902 y 1958 es objeto de acercamientos tan contradictorios que muchas veces parecen aludir a países diferentes. En los extremos, un discurso asegura el estado de miseria en que se encontraba la Isla al triunfo revolucionario, y otro afirma que poseía niveles de consumo por habitante similares a los de Japón y Europa Occidental. El eje de esas disonancias es la discusión sobre el futuro de la Isla, por más que sea el pasado el tópico específico en debate.

Oscar Zanetti, investigador de la historia económica de Cuba, piensa que el manejo intencionado de los datos puede convertir la República de 1902 en un infierno o en un paraíso, pero en ningún caso permitiría explicar el significado del período 1902-1958 para la historia insular. Zanetti ratifica que la Isla era, en 1958, el segundo país en América Latina en médicos por habitante, que su reserva monetaria, calculada en 385 millones de dólares, estaba entre las más satisfactorias del continente, y que Cuba había sido el primer país de Iberoamérica en disponer de la televisión; pero también que si se distribuían esos médicos, a La Habana correspondería un médico por cada 361 habitantes y al resto del país uno por cada 2 378; que, deducidas las deudas de la banca privada y estatal con el extranjero, la reserva se reducía a 124 millones y que mientras teníamos un número alto de televisores, en el país solo existían 60 librerías.

Por lo general, cuando se quiere deslegitimar la experiencia socialista se muestran los datos indicativos del progreso real republicano, y se silencia cómo ese desarrollo se revertía o no en el complejo de la vida social cubana. Por otro lado, parecería que la Revolución del 59 tuvo su causa en una situación generalizada de pobreza, y que su legitimidad quedaría debilitada al reconocerse el desarrollo alcanzado por la economía republicana. Sintomáticamente, el escenario futuro que la lógica debe imponer, la normalidad de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, pondría sobre la mesa algunas de las condiciones del funcionamiento de la economía cubana anterior a 1959. Esa posibilidad apenas ha alentado últimamente nuevos estudios sobre el período. Si se revisa la producción teórica actual sobre la economía cubana, no parecen abundar los especialistas con una perspectiva histórica de su desenvolvimiento. Zanetti, además, asesor de la Presidencia del Instituto de Historia de Cuba, enuncia un discurso más comprensivo de la realidad que aquella economía abarcaba. Conoce el desarrollo alcanzado por la Isla y evalúa con mesura las posibilidades abiertas por el libre mercado, pero entiende que ese crecimiento no podía sostenerse por sí mismo, al responder a demandas exteriores de una producción y a los capitales invertidos para obtenerla. Para el autor de Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898, Premio extraordinario Casa de Las Américas, esa imposibilidad se puso de manifiesto en 1925, cuando la demanda azucarera norteamericana y mundial comenzó a decrecer y, consiguientemente, decayó también la economía cubana. Una segunda etapa, asegura el catedrático, se inauguró después de 1925 hasta concluir en 1958, en la que el crecimiento per capita de la economía cubana fue casi nulo.

Su visión, polémica, no rehúye discutir determinados conceptos, por establecidos que se encuentren. Entrevistado en su oficina, en el viejo Palacio de Aldama, demostró habilidad para desmontar enfoques de otros estudiosos, y carencia de vanidad al reconocer que es solo un observador medianamente informado de la economía cubana posterior a 1959. Seguro de sí mismo, fue muy afable en la hora y tanto que duró la conversación, y se movió con sinceridad en temas que no poco arriesgan.

¿Cuál era el punto de partida de la economía cubana en 1902?

El punto de partida provenía de una circunstancia anterior a 1902: el panorama de devastaciones ocasionado por la Guerra de Independencia, y las condiciones en que esta hubo de desarrollarse.

A la altura de 1902, algunos sectores económicos se han reconstruido en medida apreciable, la producción tabacalera ha recuperado los niveles de preguerra, y aunque el azúcar no ha alcanzado ese crecimiento, se va acercando a los índices previos a 1895, que volverán a alcanzarse con la zafra de 1904. En este último año puede considerarse ya recuperada la producción azucarera, aunque ello se logre con una menor cantidad de

fábricas —la guerra fue, en este sentido, el último gran empujón al proceso de concentración industrial en el azúcar. La infraestructura también se ha recuperado bastante.

Este proceso de reconstrucción, que en 1902 no ha concluido, pero se encuentra bastante avanzado, descansa en los propios recursos del país. El gobierno de Washington —y por extensión el gobierno interventor— se negó a financiar algún tipo de actividad pública o privada en Cuba. El general Wilson, una de las principales autoridades del primer año de ocupación, comentaría años después que mientras el Parlamento británico había votado un crédito de 15 millones de libras esterlinas para la reconstrucción de Sudáfrica —de la República Bóer, que había sido su enemiga—, los Estados Unidos no habían dado un centavo para la reconstrucción de Cuba. Es decir, desde el punto de vista financiero, la Isla se recupera, fundamentalmente, a partir de recursos propios, aunque no deja de ser importante la inyección de capitales norteamericanos privados —no muy cuantiosos aún, si bien significativos— invertidos principalmente en tierras, para adquirirlas a precios sumamente ventajosos, y en los ferrocarriles. No obstante, en lo fundamental, tanto desde el punto de vista de los recursos materiales como desde el prisma de los recursos humanos, la economía se restablece a partir del esfuerzo cubano.

En lo que respecta a la estructura económica, ¿qué hubo de nuevo en la República después de la Colonia?

Los elementos característicos de la estructura económica que sigue a 1902 estaban dados desde la colonia, solo que de una manera quizás embrionaria. El rasgo de la monoproducción está definido desde la dominación española, de la misma manera que las circunstancias del mercado mundial contribuyen, con la competencia remolachera, a que se haga explícita la dependencia comercial respecto a los Estados Unidos. Los mecanismos de mercado del siglo XIX habían subrayado la ventaja comparativa del azúcar entre todas las producciones cubanas. El tabaco, por ejemplo, se producía a fines de siglo en cantidades importantes, pero su monto era secundario respecto al azúcar. A principios de la década de los 90 del siglo XIX, casi el noventa por ciento de las exportaciones azucareras cubanas se realizan en los Estados Unidos —y también la mayor parte de la tabacalera. Como decía un autonomista en la época, estaba claro que los Estados Unidos eran la metrópoli comercial de Cuba, por más que España continuara siendo la metrópoli política.

Otros rasgos estructurales, como el latifundio azucarero, también se perfilan a finales del siglo XIX. El latifundio original, resultante de la conquista española, se fue descomponiendo, subdividiendo, durante el siglo XVIII y principios del XIX, sobre todo en el occidente y centro del país, como resultado de la producción azucarera y el desarrollo de la agricultura comercial. El arribo a una producción plenamente industrial en el azúcar, la búsqueda de escalas óptimas de elaboración y el crecimiento de las fábricas, llevarían más tarde a la expansión del área necesaria para obtener la materia prima. El latifundio azucarero, que había empezado a perfilarse a finales del XIX, quedó constituido en el primer cuarto del XX.

Sin embargo, todavía a finales del XIX las características territoriales y la densidad demográfica que poseía Cuba mantenían abiertas diversas posibilidades de desarrollo. Esas posibilidades, claro está, eran mayormente teóricas, pero en el primer cuarto del XX la situación cambia. La industria azucarera quintuplica su producción y en un par de décadas ocupa todo el territorio nacional. En tales condiciones, los rasgos del latifundio y la dependencia respecto a los Estados Unidos —concretada a través del Tratado de Reciprocidad—, se consolidan y definen con carácter de permanencia.

¿Cómo caracterizaría el progreso económico general de las seis décadas de República burguesa?

Hay dos fases bien demarcadas. La primera, concluida hacia 1925-1929, es de un crecimiento muy rápido, quizás solo comparable, en América Latina, con Argentina. En estos veinticinco años se genera una expansión muy notable y un progreso material indiscutible —aunque el ingreso está mal distribuido, incluso si se le compara con la situación existente después de 1933. Paradójicamente, hay momentos de auge durante la Primera Guerra Mundial que son, al mismo tiempo, de deterioro real para las condiciones de vida de las clases trabajadoras, al crecer los precios con más rapidez que los salarios. No obstante, el progreso es indiscutible. Las dos décadas finales del XIX y el primer cuarto del XX son decisivos en el proceso de modernización de Cuba. Esa modernización capitalista es muy notable en el contexto latinoamericano, porque la propia producción azucarera, por sus características, está extendida por casi toda la isla. Cuba no posee las peculiaridades de otros países de la región, en los que el desarrollo capitalista se realiza básicamente a partir de enclaves, dentro de un marco tradicional de relaciones de carácter semifeudal, que apenas son modificadas. En el caso de Cuba, las relaciones monetario-mercantiles se propagan por todo el país, configurando una situación típica de lo que Lenin llamaba un desarrollo del capitalismo en extensión. Por esa razón, el impacto del agotamiento del «crecimiento hacia afuera» —según los términos de CEPAL— fue tan grande en Cuba a finales de la década de los 20. Aquella fue, para muchos especialistas, una crisis estructural. Como un sector mayoritario de la población se encontraba dentro de la esfera de las relaciones monetario-mercantiles, y prácticamente no quedaban áreas de economía «tradicional», cuando se produce aquella gran crisis que afecta al mercado, al intercambio capitalista, casi no hubo estrato alguno de la sociedad que quedase al margen de sus efectos, por eso es tan violenta la crisis de 1929 en el caso cubano.

En la segunda etapa, el crecimiento será muy lento, sobre todo si se considera en términos *per capita*. La producción azucarera decae bruscamente y se mantiene deprimida por casi 15 años; después, aunque se recupera, no sobrepasa en una cuantía significativa, lo alcanzado en la década de los 20. El declive del azúcar, principal renglón económico, determina la lentitud general del crecimiento. Los renglones secundarios, destinados al mercado interno (granos, arroz, huevos, ganadería, y algunas ramas industriales como los textiles, los materiales de construcción y la industria alimentaria), si bien experimentan un crecimiento significativo en los años 40 y los 50, no llegan a alcanzar un peso preponderante en el conjunto de la economía. Los niveles alcanzados por esos sectores no resultan suficientes para compensar el estancamiento del azúcar ni, por tanto, para impulsar el crecimiento general.

Desde el punto de vista material, sin embargo, hay un progreso apreciable aún en esta segunda etapa. Después de la revolución del 33, para lograr el indispensable equilibrio social, se adopta una política de regulaciones estatales que contribuyen a la redistribución del ingreso, en gran medida bajo la presión del proletariado organizado. En esas nuevas condiciones se benefician ciertos sectores de la población; incluso los trabajadores empleados en ramas de mayor rentabilidad —como los monopolios de servicios, telefónicos y eléctricos, o renglones de la industria alimentaria como el cervecero, llegan a alcanzar salarios muy elevados, ingresos que a veces podían ser superiores a los de determinadas capas medias.

Esa política redistributiva, asociada a un lento crecimiento, trae como resultado lo que, para mí, es característico de la segunda etapa republicana: el incremento de la marginalidad. La creación de empleos está muy por debajo del aumento de la población,

y crece de manera muy notable la cifra de desempleados. Según las encuestas de mediados de los 50, más de la cuarta parte la población activa estaba en situación de desempleo o subempleo. Además, se van incrementado las diferencias territoriales. La Habana es el centro de la actividad industrial y comercial no azucarera. En la capital se realiza más del cincuenta por ciento de las construcciones. La Habana crece y se desarrolla y se diferencia cada vez más de las ciudades del resto del país, por no decir del campo.

Comparado con América Latina, ¿qué grado de desarrollo alcanzó el capitalismo cubano?

Ya utilicé para referirme a este asunto la distinción hecha por Lenin en su estudio del capitalismo en Rusia. Son los conceptos del desarrollo del capitalismo *en extensión* — cuando las relaciones monetario-mercantiles se extienden por todo un territorio— y la del desarrollo del capitalismo *en profundidad*, cuando se van extendiendo las relaciones capitalistas por todos los sectores productivos y estos se articulan unos con otros, de manera tal que puedan garantizar un incremento sostenido de la productividad, y de ese elemento clave para el desarrollo capitalista que es la obtención de plusvalía relativa. Desde el punto de vista del desarrollo en extensión, Cuba está probablemente a la cabeza de los países de América Latina. La difusión alcanzada por las relaciones capitalistas en la Isla puede compararse solo con la de Argentina o Uruguay, y es superior a Brasil y México, potencias con recursos muy superiores a los de Cuba. Sin embargo, desde el punto de vista del desarrollo en profundidad, por las características de la economía cubana —especializada y dependiente en sus relaciones externas—, y por las singularidades demográficas y sociales del mercado cubano, relativamente pequeño, será escaso ese desarrollo. Para utilizar la categoría keynesiana, los eslabonamientos hacia un lado y otro de los sectores productivos fundamentales son escasos. Esto hace que la probabilidad de construir lo que hoy llamamos un desarrollo autosostenido sea mucho más baja, en el caso cubano, que en otros países de América Latina. El dinamismo tan fuerte que Cuba exhibió —mientras fue sólida la demanda de sus producciones fundamentales— se perdió porque la economía no pudo mantener ese ritmo, debido al insuficiente desarrollo en profundidad del capitalismo cubano, y el nivel de dependencia que tenía esa economía.

Según algunos escritos, en 1959 el Producto Interno Bruto per capita de Cuba duplicaba al de España y era un veinte por ciento más alto que el de Chile. De ser así, ¿qué significaba ese dato para la vida económica y social de este país?

No puedo verificar esos datos ahora, aunque pueden ser ciertos. El ingreso *per capita* de los cubanos en los años 50 estaba en torno a los 350 dólares. No sé si duplicaba al español, pero sí era mayor, al igual que si se le compara con Chile y otros muchos países latinoamericanos. Según ese indicador, Cuba ocupaba, según creo, un tercer o cuarto lugar entre los países del continente a mediados de los 50. La distribución del ingreso en Cuba tampoco era de las más desiguales en América Latina, si se toman en cuenta situaciones como la brasileña, la mexicana o la peruana. Con todo, sí había diferencias muy serias: el 5% de la población controlaba casi la mitad del ingreso del país y las diferencias territoriales eran muy marcadas.

Si se quiere sostener que Cuba era un país miserable se cae en una falsedad: Cuba no era un país paupérrimo. La situación de Cuba, para mediados de los 50, era la de un país que sentía sus posibilidades de desarrollo coartadas, limitadas, y que creía que estas podrían ampliarse si se superaban determinados obstáculos. No era la situación de quien

está hundido en la miseria absoluta, porque quien está en ese caso solo aspira a sobrevivir. Se podían plantear salidas a las serias dificultades económicas, justamente porque no se estaba en el fondo del pozo.

La revolución del 59, ¿más que una respuesta a la crisis de la economía, fue una respuesta a la crisis de la política?

Como todas las revoluciones, la de 1959 no es hija de la miseria ni de la corrupción absolutas. Es hija de las frustraciones y las insatisfacciones, de aquello que se considera puede conseguirse y que, por determinadas razones, no se alcanza. Sin duda, la descomposición política y moral generada por los gobiernos del Partido Auténtico, así como la completa quiebra institucional que entrañó la dictadura batistiana, sitúan el problema central en la instancia política y alientan la generalizada convicción de que las soluciones a las carencias e inquietudes de los cubanos deben encontrarse —o al menos iniciarse— en esa esfera.

La Revolución del 59 se produce en un contexto económico diferente al de la Revolución del 30, ¿en qué medida ese factor influyó en el decursar de ambos eventos?

En el 30 la «situación revolucionaria» se conforma de una manera clásica, es una crisis que afecta a todos los estratos de la vida nacional. En la década de los 50, Cuba ha tenido una situación económica crítica, sobre todo en los años 1953-1955; en el 56 y 57 hubo un respiro, aunque en el 58 las cosas se deterioraron otra vez. En todo caso, no había una situación de crisis económica aplastante, como la existente en los 30, ni una situación similar de tensiones sociales. La política compensatoria de Batista —estimulando las construcciones, por ejemplo—, hizo que los efectos de la contracción azucarera de mediados de los 50 no se sintiesen con toda intensidad, aunque eso implicó agotar prácticamente las reservas monetarias del país. La Revolución del 59 responde más claramente a razones de orden político. Esta Revolución se proyecta con un carácter mucho más radical, porque para los años 30 había opciones abiertas —el reformismo señaladamente—, que para los 50 ya se habían desgastado. Si se aspiraba a un cambio en el país, ese cambio debía plantearse en términos mucho más radicales que los del 30.

¿Cuál fue el papel del libre mercado en la economía de la Isla?

La estructura económica que Cuba heredó en 1902 es un resultado del libre mercado, de sus posibilidades y sus imperfecciones. Después de haber estimulado la especialización de Cuba en el renglón azucarero, el más rentable del país, las propias imperfecciones del mercado —dígase el proteccionismo norteamericano y europeo—, ahogan esa producción y la estancan. El gobierno debe adoptar una política intervencionista para corregir los mecanismos del mercado, que se habían revelado insuficientes para promover un nuevo dinamismo y enfrentar la crisis. El latifundio azucarero, junto con otros rubros de la agricultura con un esquema latifundista de propiedad, como la ganadería, generaban rendimientos bajos y un por ciento bastante notable de tierras ociosas. Las fórmulas de trabajo de la industria azucarera utilizaban los recursos en forma parcial, solo una parte del año. Los mecanismos de mercado no podían por sí solos ir creando alternativas. Si esos mecanismos hubieran indicado que produciendo hortalizas, granos, frutas, ganado o leche, podía dárseles un mejor uso a las tierras bajo control de las compañías azucareras, no habría hecho falta una reforma agraria: esas tierras se hubiesen puesto en producción y generado empleos. Fue

necesario ir a la búsqueda de soluciones políticas para superar esos obstáculos, porque el mercado era incapaz de propiciar los cambios necesarios.

El giro hacia el intervencionismo estatal en la economía, operado en lo fundamental después de 1933, ¿qué alcance tuvo?

El intervencionismo es un rasgo muy característico de la economía cubana a partir del gobierno de Machado, sobre todo después de 1926, y está determinado por la condición azucarera. Si el Estado no interviene para regular la industria —hacia 1926 existían unos 186 centrales—, en un lapso de diez años podía haber desaparecido la mitad o más de esos centrales. Para alcanzar la producción azucarera de 1933 —dos millones de toneladas— sobran las dos terceras partes de esa industria. Tal cantidad de azúcar se podía conseguir con solo sesenta de los grandes centrales en funcionamiento. Claro, estos estaban en manos norteamericanas, y fue por presiones de los hacendados cubanos —y de un sector de las compañías norteamericanas que necesitaba sostener los precios, por estar endeudado— que el gobierno empezó a regular la industria azucarera. Bajo Machado, esa regulación es de tipo económico, y posee como valor secundario el sentido social de preservar las fuentes de empleo que suponían los centrales, sobre todo a escala de su distribución territorial. Había municipios donde, si el central desaparecía, no había modo alguno de buscarse la vida y se creaba una crisis localizada terrible.

No obstante, no son los requerimientos sociales, ni siquiera los del colonato, los que alientan la regulación durante la dictadura de Machado. Esa política cambiará después de 1933, cuando, tras la experiencia de la Revolución, el Estado debe regular actividades con una finalidad social. Antes, por ejemplo, los asuntos laborales eran materia del Código Civil; pero a partir de 1933 se creará un cuerpo de legislación laboral específico, algo muy avanzado en el contexto latinoamericano. La naturaleza del desarrollo capitalista en Cuba, y de la crisis, obligaba a una regulación de ese tipo para preservar la estabilidad social y política.

La regulación irá avanzando; empieza por el azúcar, continúa por el café, el arroz, el tabaco y luego se extiende a ramas industriales como el calzado o el fósforo. Esa regulación busca garantizar la supervivencia de lo existente y redistribuir socialmente. A los centrales con baja productividad se les concedió el derecho a seguir moliendo, aun cuando hubiese sido mejor, dentro una lógica estrictamente capitalista, que desaparecieran. Esa situación se da también con el calzado y los textiles, cuando se distribuye el mercado entre los productores cubanos y los exportadores norteamericanos, hecho que a la larga contribuyó a bloquear el desarrollo de la productividad. La misión Truslow diagnostica esa situación en 1950, pero brinda como solución desmontar las conquistas sociales y laborales alcanzadas después del 30, soslayando los problemas estructurales que obstaculizaban el desarrollo. Pero ni el mismo Batista, en 1953 y 1954, en medio de la crisis y con un gobierno represivo —y aun aplicando algunas recomendaciones contenidas en el plan Truslow— se atrevió a cancelar ciertas conquistas obreras, pues ellas eran una pieza indispensable en la estabilidad del sistema.

La intervención estatal fue, en sentido general, reguladora, para mantener el equilibrio. No fue una intervención desarrollista.

¿Puede hablarse de desarrollo de un capitalismo de Estado en Cuba?

Es difícil, porque el Estado no interviene en la esfera de la propiedad, no hay propiedad estatal. El Estado impulsa la propiedad privada, sin asumir una condición de

sujeto del proceso económico. El Estado cubano poseía un único ingenio azucarero destinado a las prácticas docentes de la Universidad de La Habana. Cuando interviene Ferrocarriles Unidos, por estar quebrados, constituye una empresa paraestatal, en la cual pone a participar al capital privado. De ese modo, se crean empresas mixtas que irán extendiéndose bajo la política económica de Batista, la única que muestra un sesgo desarrollista —aunque sea un desarrollismo muy pervertido por las condiciones de corrupción en que opera. Así y todo, estamos viendo al Estado movilizar los recursos financieros del país —sobre la base de mecanismos compulsivos hacia la banca y otros sectores privados— y acudir en auxilio de capitales privados. Bajo el gobierno de Batista, el Estado financia la expansión de la ESSO Standard Oil, de la Compañía Cubana de Electricidad, de los Ferrocarriles Consolidados de Cuba, empresas todas de capital norteamericano. El Estado sostiene al capital privado sobre la base de recircular los activos financieros que se habían acumulado, sobre todo, en la segunda posguerra.

El corporativismo, ¿marcó alguna impronta en la economía cubana?

El corporativismo es un mecanismo de la época. Es la manera que encuentran las clases dirigentes y el Estado para organizar la sociedad de una manera en que pueda ser regulada. Se organiza la participación de cada sector y, sobre esa base, se conduce la actividad económica que desarrolla cada uno. Por tanto, si en la industria azucarera participan tres sectores, hacendados, colonos y obreros, se creará una asociación de hacendados, otra de colonos y un sindicato único obrero; los tres con sanción estatal. De ese esquema surge la llamada colegiación obligatoria, en los sectores profesionales, así como diversas fórmulas corporativas en otras áreas de la economía y en los principales renglones laborales. El corporativismo, expresión de los mecanismos de regulación de la economía cubana, es también una de las causas del escaso dinamismo de esos años. Es fácil concentrarse en el equilibrio y no en el desarrollo.

Usted ha asegurado que en la etapa comprendida entre 1925 y 1958 el crecimiento de la economía cubana en términos per capita fue casi nulo. Sin embargo, Jorge Salazar-Carrillo, profesor de la Universidad Internacional de la Florida, ha afirmado: «Al rayar 1959, Cuba había experimentado un singular proceso de desarrollo desde el abismo de la depresión en 1932-33. En veinte años su Producto Interno Bruto había crecido a una tasa cercana al diez por ciento anual como promedio. Aunque parte de este aumento se tradujo en alzas de precios, si se descuenta por la pérdida del poder adquisitivo de la moneda, podemos concluir que el ingreso nacional cubano casi se cuadruplicó para 1958». Usted, ¿en qué argumentos se basa para hacer su afirmación?

Me imagino que ese profesor, a quien no conozco, sea una persona respetable. Pero ningún economista puede tomar como base de análisis el *nadir* de una crisis. Él debe conocer que si calcula el crecimiento económico tomando como base la media de los años 20, la tasa anual sería diferente. Es como si, para estudiar el comportamiento de la economía cubana de los últimos años, valorásemos su evolución partiendo del año 1993. De ese modo, se podría afirmar la existencia de un crecimiento tremendo, cuando en realidad estamos lejos de recuperar los niveles de actividad de 1989. Ese es un tipo de análisis de las estadísticas viciado, o manipulador. Para poder calcular el ritmo de crecimiento de la economía cubana en las tres décadas posteriores a 1933 hay que partir de mediados de los años 20. O tomas el año 1925, o el promedio de un trienio, a mediados de esa década, pero es desde ahí donde debe empezar a calcularse. La caída fue tremenda a fines de los 20 —casi la mitad del Producto Interno Bruto—, después de los 30 comienza una recuperación que se mantiene con muchas oscilaciones, se acelera

al calor de la Segunda Guerra Mundial, y vuelve a fluctuar a mediados de los 50. Economistas de capacidad técnica tan reconocida, como Claes Brundenius, que ha hecho reconstrucciones del Producto Interno Bruto cubano y de su ritmo de crecimiento, y estudiosos tan poco sospechosos de parcialidad en estos terrenos, como Carmelo Mesa-Lago, reconocen que el crecimiento *per capita* de la economía cubana durante las tres décadas que van de los 20 a los 50 es sumamente débil.

Según la historia de Cuba, ¿es posible un tipo de relación con los Estados Unidos que conserve la independencia del país y fomente a su vez el intercambio económico entre ambas naciones?

En teoría, yo te diría que sí. No obstante, la historia ha demostrado cuán difícil resulta materializar esa posibilidad teórica. Las propuestas norteamericanas de cara al futuro no pueden ser más decepcionantes. La Ley Helms-Burton, ya no en los capítulos tres y cuatro, sino en los dos primeros, deja muy claro que cualquier gobierno cubano «de transición» será certificado por los Estados Unidos. Para que sean «normales» las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, ese gobierno futuro tendría que soportar la supervisión del legislativo norteamericano, quien decidiría si es democrático o no el régimen de la Isla. Los Estados Unidos no prevén relaciones con Cuba al estilo de las que mantiene con Portugal, Austria, Finlandia, y ni siquiera similares, creo yo, a las que mantiene con Jamaica. La perspectiva norteamericana tradicional, para mí reiterada, es la de una relación asimétrica, que suponga la dependencia por parte de Cuba. En la medida en que la economía cubana sea débil y el país no tenga una capacidad de negociación cohesionada frente a los Estados Unidos, las posibilidades efectivas de subordinación son mayores.

La historia no presenta ningún momento de relaciones paritarias entre ambas naciones. La subordinación pudo ser más o menos ostensible, pero siempre estuvo presente. Después de 1934, el sistema de la cuota azucarera hizo que la principal decisión sobre la economía cubana fuese tomada por el legislativo norteamericano y, posteriormente, por la Secretaría de Agricultura, al asignar el volumen de las ventas de azúcar de Cuba. En 1954, cuando los arroceros norteamericanos presionaron, Allan Ellender, senador por Louisiana, dijo que si Cuba seguía incrementando su producción de arroz y afectando a los arroceros de su estado —el cual también producía azúcar— habría que cortar la cuota azucarera cubana para dar más posibilidades a los productores de Louisiana. El resultado de esa presión fue que el gobierno cubano congeló la producción de arroz en Cuba.

La historia demuestra que la relación entre la Isla y los Estados Unidos durante todo el período republicano —aunque pudiera decir que también desde antes—, fue de subordinación. Los Estados Unidos no parecen concebir otro tipo de relación con Cuba que no sea la de colocarla en una condición subalterna.

¿Qué criterio le merece la idea de que la economía cubana fue destruida por la Revolución del 59?

Ninguna economía puede destruirse, porque tendrían que desaparecer las relaciones materiales entre las personas. La pregunta para mí sería: ¿La economía cubana ha retrocedido con la Revolución? Hay renglones en que sí. En la ganadería retrocedió desde el punto de vista de las cabezas de ganado, aunque no en la producción de leche y derivados lácteos, que para finales de los 80 era muy superior a la de cualquier etapa anterior.

La Revolución es un proyecto que se plantea trascender obstáculos históricos al desarrollo económico de Cuba. Esos obstáculos tienen que ver con la estructura monoprodutora, con la dependencia hacia los Estados Unidos, con el latifundio que inmovilizaba los recursos, con la creación de fuentes de empleo que mantenían inmovilizados parte importante de los recursos humanos del país. Yo no he estudiado la economía cubana después de 1959, en ese campo soy solo un observador relativamente capacitado. Pero, independientemente de la mayor o menor claridad que podía haber en 1959 respecto a los caminos a seguir —y había muchos criterios, algunos vinculados al concepto cepaliano de desarrollo, otros con un fundamento marxista más definido—, el hecho es que había obstáculos, cuya superación se sabía imprescindible, aunque la Revolución no hubiese formulado propiamente un programa económico.

Para evaluar la *performance* económica de la Revolución es preciso tener en cuenta dos factores fundamentales: la naturaleza de la relación con los Estados Unidos y el carácter de la economía socialista. Quebrar la dependencia no tenía que suponer necesariamente un antagonismo radical. Pero sucede que cuando Cuba da pasos para reducir y superar la dependencia, los Estados Unidos reaccionan con creciente hostilidad hacia el proceso revolucionario. Este es un problema serio, porque la economía se ve precisada a operar en condiciones anormales. No quiero apelar a una retórica justificativa en torno al bloqueo, por más que este tenga un peso y un costo mensurables. El problema va mucho más lejos. Si analizamos la economía internacional contemporánea, vemos que una de las ventajas comparativas de Cuba es su cercanía al mayor mercado del mundo. Pero la Isla está impedida de relacionarse con ese mercado, y desde allí se realizan todas las acciones posibles para que no se relacione con nadie más. La pérdida económica ha sido indiscutible. La política agresiva trae, además, aparejados costos indirectos, como es el caso de los gastos de defensa. Entre 1962 y 1965 todos los recursos del país se pusieron en función de su defensa. Ese costo notable va en detrimento del crecimiento de la economía. Además, la permanente hostilidad obliga a tomar decisiones políticas para preservar la cohesión social que no son, definitivamente, las más apropiadas para imprimir dinamismo a la economía.

El segundo factor es el modelo de crecimiento socialista, adoptado para la economía cubana por razones lógicas. El horizonte de un desarrollo equitativo, de una igualdad social, encontraba su fórmula más apropiada en el socialismo, aun con todos los defectos que tuvieran las experiencias históricas que se llamaron tales. Por otra parte, en las circunstancias de la Guerra fría, si uno de los contendientes te intenta aplastar con todas sus fuerzas, no te queda más remedio que establecer alianzas y aprovechar las posibilidades que la otra fuerza te ofrece.

¿Cuáles son los problemas que ha supuesto el desarrollo socialista de la economía cubana? El socialismo es calificado hoy por muchos como un desastre económico, atendidos a los resultados históricos de la Unión Soviética y del resto de los países de Europa del Este. El problema está en afiliar el socialismo a un exclusivo modelo de gestión económica, que tiene un fundamento histórico particular. Cuando se comienza a diseñar un modelo de desarrollo socialista en las décadas de los 20 y los 30, lo que se imponía en el mundo eran las grandes escalas de producción, los grandes consorcios con cadenas de montaje continuas, tipo Ford. Aquello era el «último grito» de la organización industrial. Además, era algo que se correlacionaba bien con la planificación centralizada de la economía. Las grandes unidades eran más fáciles de dirigir por un mecanismo de planificación centralizada. Ese modelo fue adoptado, en determinada medida, por el socialismo y le rindió resultados. Las tasas de crecimiento de la Unión Soviética en las décadas de los 30, los 40 y los 50 son comparables solo con las que ha tenido recientemente China.

En los países capitalistas, por otra parte, se hacían ostensibles las insuficiencias del mercado. La intervención estatal iba desde la Alemania nazi hasta la democracia norteamericana. En países de Europa Occidental, después de la Segunda Guerra Mundial, se introduce la planificación. Pero cuando comienza a producirse la segunda revolución industrial —la informatización, el desarrollo de la química, la biotecnología, etc.—, la situación cambia y se hace necesario otro tipo de organización productiva. Las unidades productivas óptimas son ahora, por lo general, más pequeñas, y el mercado recupera mucha de su importancia como gestor de los cambios en la producción. El sistema de mando centralizado del socialismo «real» se mostró incompetente para responder a esos cambios y su economía se tornó cada vez más improductiva.

Cuba obtuvo grandes ventajas de su relación con la Unión Soviética y con el Consejo de Ayuda Mutua Económica. Por primera vez, la Isla pudo crear verdaderos eslabonamientos productivos. En el país, llegó a producirse el 70% de los componentes de la industria azucarera y se organizó y amplió la producción de derivados. Otros renglones, cuyo desarrollo era antes insospechado, como la industria mecánica, también avanzan. Los cítricos y los productos lácteos muestran volúmenes muy notables de producción a finales de los 70 y durante la década de los 80. Pero alcanzar esos niveles supuso incorporar los mecanismos de gestión propios del socialismo real, que desde el punto de vista del desarrollo técnico ya estaban obsoletos. Más aún en un país pequeño, con las características de Cuba, donde esa situación, lógicamente, pesó mucho. Se llegó al extremo, por ejemplo, de concebir una enorme textilera en Santiago de Cuba, capaz de producir 200 millones de metros cuadrados de tejidos, cuya materia prima se encontraba a diez mil kilómetros de distancia. Los mecanismos de formación de precios de los países socialistas, aunque corregían las injusticias notables y evidentes del mercado mundial capitalista, también creaban deformaciones. El hecho de que en Cuba, a principios de los años 80, el segundo renglón de exportaciones fuese el petróleo, es un absurdo. Cuba no consumía toda su asignación de combustible y reexportaba el remanente, pero era un vicio de la economía depender de un recurso no generado por ella misma. A muchos de esos problemas intentó oponerse el llamado Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas, de fines de los 80. Los mecanismos socialistas ayudaron a que el país se industrializara, pero sobre bases realmente endebles. La mayor parte de esa industria no era competitiva a escala internacional. El gran problema del socialismo ha sido no saber adaptar su desarrollo a las situaciones de cambio. No obstante, en las décadas de los 70 y los 80 el ritmo de crecimiento de la economía cubana es uno de los mayores y creo que el más sostenido de América Latina.

He leído que el subsidio soviético a Cuba era casi equivalente al monto del plan de reconstrucción para Europa en la segunda posguerra...

El volumen de recursos que llegó del campo socialista fue muy importante, mas tenía como contraparte un conjunto de ineficiencias y costos de importaciones. El precio del petróleo era una ventaja indiscutible, pero si el combustible debía ser consumido en un camión Zil no bastaba siquiera, para sostener su consumo energético, una tubería directa desde Bakú hasta La Habana. La transferencia de recursos fue muy significativa, pero las condiciones en que esos recursos se emplearon fueron harto complejas, asunto que no siempre se aprecia. Hoy vemos que el derroche de recursos en los años 70 y los 80 en este país fue tremendo.

¿Cómo explicar, desde la economía, por qué aquella República desapareció y por qué sigue siendo una referencia hoy entre nosotros?

Puede explicarse a partir del bajo ritmo de desarrollo de los indicadores de la economía cubana prerrevolucionaria y de la insatisfacción generalizada en la sociedad. Con esa economía estaban insatisfechos desde los desempleados hasta los dueños de pequeños ingenios, pasando por los campesinos arrendatarios, los profesionales y cualquier otro sector social. En la medida en que la integración capitalista fue incapaz de proporcionar a la sociedad cubana un nivel de actividad económica satisfactoria, se fueron creando las condiciones para la Revolución. Esas condiciones fueron creadas por el insuficiente monto de la actividad económica, pero también porque las soluciones esbozadas como salidas a la crisis eran vistas como muy peligrosas por sectores importantes de la población. Es el caso del turismo, proyectado con un sentido terrible, con el control de la mafia y la promoción de la droga y los casinos de juego. De hecho, después de 1959, no se estimula el turismo internacional por el mal sabor de aquella experiencia. La renovación del turismo en los años 80 y los 90 se hace con una buena carga de prejuicios, algunos de los cuales no son infundados.

La República sigue siendo un punto de referencia porque constituye una parte indispensable de nuestra historia. Además, las circunstancias de funcionamiento de la economía cubana durante tres décadas fueron anormales. La regularización de esas condiciones, aun cuando no llevasen directamente a una dependencia hacia los Estados Unidos, sí supondrían —de hecho ya lo han supuesto— el retorno de algunas características económicas similares a las de la etapa republicana. Para analizar los comportamientos económicos resultará, por tanto, muy útil aquel marco de referencia. Por eso es tan importante que los economistas posean un sentido histórico y se muevan en una perspectiva de largo plazo, hacia el pasado y también hacia el futuro.

La imaginación contra la norma. Redescubrimiento fantasioso, quién sabe si verdadero, de Pablo de la Torriente

Entrevista con Juan Orlando Pérez

Entre los escritores que un día dejaron de ser mencionados en Cuba, cuyo crédito nunca más apareció en revistas ni en libros, está el de Juan Orlando Pérez. Pérez no participó en las contiendas políticas, sexuales, literarias e ideológicas que polarizaron el campo cultural cubano en los años 60, ni tampoco fue marginado en el largo quinquenio gris.

Su estado de salud le impidió participar en las polémicas de la fecha, aunque tuvo firmes criterios sobre cada evento. Conocía el neorrealismo y la nueva ola francesa, pero no podía entender el intento de prohibir en Cuba películas como La dulce vida de Federico Fellini, Accatone de Pier Paolo Pasolini o El ángel exterminador de Luis Buñuel. «¿Cómo puede “desviar” al obrero la complejidad de la belleza, la violenta sacudida de la libertad?», me dice hoy, ya casi recuperado de su padecimiento. Quien experimentó con nuestra vanguardia, habría repudiado entonces la mediocridad cósmica del «realismo socialista» y hubiera preferido el «idealismo burgués» y el

«revisiónismo marxista» si eran más creativos y socialistas que sus opositores. No estuvo en la reunión con Jean Paul Sartre, ni en Lunes de Revolución, ni en El Caimán Barbudo, ni en Ediciones El Puente, ni en el Salón de Mayo, ni en el Congreso Cultural de La Habana, ni en Pensamiento Crítico, ni en el Congreso de 1971.

Pérez habitaba otra dimensión, sus discusiones las ventilaba en largos soliloquios frente al mar. «Yo miraba el mar infinitamente, queriendo comprender algo, creyendo que había algo que yo debía comprender. Estar allí mirando el mar era como gritar».

Su única preocupación era escapar de la ciudad, y olvidar. Siendo medianamente conocido en algunos medios literarios desde los años 20 —había publicado una novela, *El mar*, y un excelente ensayo, «Llamado personal por un mejor periodismo cubano»—, Pérez estaba completamente enloquecido desde los años 40. Llegó a la demencia después del instante fatal en que se le reveló, durante una visita a la Galleria dell'Accademia, el secreto del David de Miguel Ángel, ese «niño-hombre cuyo cuerpo todavía le queda estrecho al brote repentino de la fuerza viril».

Estaba él viéndolo, dando vueltas alrededor de la estatua, cuando un muchacho de 18 ó 19 años se sentó desvaídamente en una silla, aburrido, frente al David, mirando sin comprender. Juan Orlando descubrió en la estatua la anunciación de la belleza perfecta de aquel dios adolescente, lo vio sonreír, marcharse, y se sintió perdido. Luego de conocer hasta dónde alcanza la belleza no quiso hacer otra cosa que encontrar al muchacho, y lo buscó desesperada, furiosamente. Arrasado, vagó durante años por Piazza San Marco, la bahía, las isletas, frecuentó las lanchas y las góndolas del canal, la costa del Lido, pero no lo encontró. «El amor al detalle y a la forma, llevan al más profundo de los abismos», me dice Pérez, despacio, licenciosamente, citando a Thomas Mann. De regreso a La Habana, aún en pleno delirio, se encerró en un cuarto a escribir lo que resultaría su obra magna: una serie de diez novelas, monumentales, como ninguna que se haya publicado en Cuba después de 1966, en las que reconstruye la historia insular de los últimos dos siglos y recrea algunas de sus ideas fijas: no hay espectáculo mayor que un ser humano; es necesaria la esperanza de la libertad; y es dolorosa, pero solvente, la elección de la verdad.

En su locura, poseído por un genio comparable solo al Burroughs de Naked Lunch, se dedicó a la «única palabra invulnerable de la lengua»: la literatura. Aún inéditas, ha conformado con sus novelas una ética subversiva de lo que la cultura occidental ha llamado «naturaleza humana». Sin participar en ningún acto público, ni dar entrevistas en más de cincuenta años, y con contados amigos que le proporcionan libros y revistas, aprendió a convivir con su anonimato de una manera en que ya es solo la única condición en que existe —a pesar de haber progresado en su salud mental, según los dictámenes médicos.

Su obra formula una temeraria indagación acerca de las posibilidades y los límites de la ética, la generosidad, la sinceridad, las pasiones y el poder, amén de la fascinación que ejerce al narrar, de su manera de complicarlo todo lógicamente, de conducir a su lector hacia los planos profundos, íntimos, de la emoción, y de su humor y desenfado malditos. Heterodoxo por formación, iconoclasta por conciencia, su discurso expone una afirmación sumamente radical: «Lo único que obtendremos de la historia es motivos de descreimiento, razones para desconfiar, justificaciones para intentar nuevas narraciones del presente que alienten la posibilidad de la liberación».

Pero otro será quien lo «rescate», haga largos ensayos sobre él, determine la influencia de Alejo Carpentier, Tom Wolfe, Pablo de la Torriente o Michel Foucault en su

escritura y lo proponga para la Distinción por la Cultura Nacional o para el Premio Tal de Literatura.

Nacido en 1910 de familia pudiente, frecuentó en 1924 el bufete de uno de los amigos de su padre, el Ortiz, Jiménez Lanier, Barceló. Allí conoció a Pablo de la Torriente Brau y a Rubén Martínez Villena, leyó sus textos y oyó a Rubén hablar de la Revolución mientras Pablo teclaba desafortadamente, los vio jugar pelota en la azotea, y asegura que un día corrieron desnudos entre las estatuas del salón del bufete. Por entonces, conoció a Mañach. De Mella solo ha escrito indirectamente «porque es una fuerza superior a su imaginación», y con Carpentier, Martín Casanovas, Marinello, y Fernández de Castro sostuvo relaciones, aunque discretas.

Con quien tenía más coincidencias de carácter, y puedo agregar hoy que de escritura, era con Pablo. Siempre se preocupó por saber dónde estaba y qué hacía, aunque después de los días del bufete ya sus vidas se habían distanciado bastante.

De esa época, que lo ha marcado hasta nuestros días, trata una de las novelas de la serie Los caballeros de la locura:

Muy serio, Rubén le respondió [a Pablo] que el hecho de que él escribiera poemas no significaba que fuera un bitongo. Temiendo haberlo ofendido, Pablo le explicó que la mayoría de los poetas que conocía no sabían siquiera cómo se jugaba al béisbol. «Se pasan el día hablando de Darío y de Verlaine, contando metros, y escribiendo ripios para leer en una tertulia». Rubén reconoció que él también había visto gente así. «Pero la verdadera poesía va con la vida, no contra la vida ni al margen de ella», añadió, todavía muy serio. Pablo pensó que la frase era un poco pedante, como si hubiera estado preparada.

Sin haber sanado completamente, con los años su locura ha devenido una tranquila sorpresa. Con todo, Pérez sigue observando el mundo por la ventana. En la alta noche, y desde hace mucho, solo mira el mar. Sintiendo morir, accedió a responderme, tras mucha insistencia, un cuestionario sobre el héroe de Majadahonda, que en su memoria bien podría confundir con el muchacho-dios, o incluso con el David. Escribió las respuestas, porque le fatiga la conversación y prefiere el silencio. La última vez que estuve en su casa me dijo: «A veces siento que el mar y yo, y todo nuestro largo pasado, solo han sido palabras que alguien ha escrito. Literatura». Lo que aquí sigue son sus respuestas, sus juegos con la historia y con la escritura, la fascinación por sus dos patrias: Cuba y la poesía. Un homenaje disoluto, severo y enamorado —perdón, pero es necesaria la palabra—, quizás póstumo, para Pablo de la Torriente Brau.

Roa en una carta le decía —y preguntaba— a Pablo: «¡Oh, abuelo mío, el marxismo no ha secado en mí el arroyuelo de la sensibilidad! Sigo siendo un comemierda del más claro linaje. ¿Y tú?». ¿A qué linaje pertenecía Pablo de la Torriente Brau?

Pablo de la Torriente Brau perteneció a un ilustre linaje cuyos vástagos tuvieron una brillante participación en distintos episodios de la historia mundial, aunque sus méritos hayan sido injustamente valorados. Un Miguel Torriente o Torrente estuvo entre la multitud que se enfrentó a los mamelucos de Murat en la Puerta del Sol de Madrid, el 2 de mayo de 1808. Es posible que este Miguel Torrente o Torriente fuera el mismo Cabo Torrente que peleó con Juan Martín el Empecinado en la toma de Guadalajara, y que tiempo después, en 1823, sería asesinado durante la matanza de liberales ordenada por Fernando VII. Se sabe de un Jean Torrent, de Burdeos, que participó en los Estados Generales de 1789 y en el alzamiento del pueblo de París, y luego colaboró con Robespierre y Saint-Just, cuya triste suerte compartió luego del 9 Termidor. También hay noticias de un tal John McTorr, un capitán del Tercer Cuerpo de Caballería del

Ejército británico, que desertó hacia las tropas de Washington poco antes de la batalla de Princeton y que, capturado por sus antiguos compañeros cerca de Yorktown, fue fusilado, tras un consejo de guerra, por traidor. De épocas anteriores se recuerda a Mijaíl Sergueievich Torrientikov, un oficial de la guardia imperial que conspiró contra el zar Iván IV, llamado el Terrible, pero al ser descubierto el complot fue detenido, torturado, y finalmente emparedado en un monasterio en las afueras de Kazán. En las antiguas crónicas escandinavas se habla de Thor Entëld, quien participó en una de las primeras expediciones vikingas a Islandia, a fines del siglo IX, pero de vuelta en Noruega desafió al despótico rey Harald I Harfager y fue desollado vivo y descuartizado a la vista del pueblo. To Rien Teng, cuenta el historiador del siglo XVI Shu Sian, fue uno de los líderes de la revolución de los turbantes amarillos contra la tiranía del último emperador Han, en el año 220, pero murió atravesado por las lanzas de los soldados del general Xian. Los historiadores han certificado asimismo la existencia de Torrientinchitl, quien capturado por las tropas de Moctezuma II en Tlaxcala, fue sacrificado en la gran pirámide de Tenochtitlán y su corazón ofrendado al cruel Huitzilopochtli.

La rama de los Brau es no menos interesante que la de los Torriente, aunque los herederos de este apellido se hayan distinguido en otros campos. Braulio Manio Spicer fue orador célebre en tiempos de Cicerón, y algunos dicen que superior a su famoso rival en el Senado, aunque de estilo más franco y cercano al pueblo. Caído en desgracia en la época de César, y muerto misteriosamente a principios del reinado de Augusto, a quien se oponía, Braulio Manio es solo conocido hoy por contados eruditos, hasta los cuales no han llegado más que vagas referencias de sus grandes discursos, tristemente perdidos. Su caso es comparable al de Braumedes de Eubea, de quien solo se sabe que enseñó filosofía y retórica en Atenas entre 410 y 408 a.n.e. Del extraño sistema materialista de Braumedes, basado en el principio de la creación continua, no han sobrevivido más que descripciones crípticas y probablemente engañosas, por lo que resulta ya imposible reconstruirlo. Braumedes fue, al parecer, mal recibido por los atenienses, y se retiró pronto de la ciudad, abriendo las puertas del triunfo para el astuto Sócrates. Un personaje no menos enigmático es el del monje benedictino Brauberto de Praga, quien en el siglo XII escribió una escandalosa «Vida de los Santos y Apóstoles», especie de sátira lujuriosa de las «vidas de santos» aprobadas por Roma. Desgraciadamente, no han quedado copias de la obra y tampoco se conoce el destino de su misterioso autor, cuya existencia algunos historiadores niegan. Poco más se sabe de Siegismund Borau o Bora, hermano de Katherine Bora y cuñado de Martín Lutero, con quien escribió las noventa y cinco tesis de Wittenberg. Hombre al parecer extraordinariamente introvertido y esquivo, su fama decayó mientras que la popularidad de su compañero se extendía, al punto de que su papel en la reforma ya ha sido olvidado. Tampoco fue afortunado Carl Friedrich von Braunschweig, primo tercero y colega de Johann Sebastian Bach, con quien estudió música en Luneburgo en 1700. Recientes estudios han señalado la posibilidad de que algunas grandes composiciones bachianas, entre ellas algunos temas principales de *El arte de la fuga*, sean meras variaciones de algunas extraordinarias composiciones realizadas por von Braunschweig entre 1710 y 1722 y que se perdieron en el incendio de la biblioteca de Brunswick en 1876. Otro caso aún discutido es el de Mathias Braun, discípulo de Rubens, a quien algunos expertos atribuyen algunas postreras obras maestras del gran pintor. Un anticuario de Ostende asegura haber encontrado el diario de Braun, en el que presuntamente este contaría cómo el maestro, enfermo de artritis en las manos, le encargó a su discípulo la realización de los grandes encargos que llegaban de las cortes europeas, y le obligó también a prometer que guardaría el secreto hasta la muerte.

Braun, al parecer, rendido de admiración y respeto por el gran artista en declive, prometió eterna discreción. Más generoso que Rubens fue Cervantes, quien dio crédito como verdadero autor de su Quijote a Cide Hamete Benengeli, o Said Ahmed brau 'engelij, en árabe, nombre indescifrable para el buen español. Comoquiera que el público no creyó en la palabra de Cervantes, las pistas que conducirían al verdadero autor de la novela se han perdido, aunque se supone que nació en Trípoli y fue soldado, pirata, comerciante y escritor. La relación de nombres sería infinita, pero al menos habría que mencionar a precursores de la familia tan notables como Hideatsu Brauito, cuyos delicados dibujos de templos, aves y lagos, que datan de finales del siglo XIV, aparecen injustamente como anónimos en las salas del Museo Imperial de Arte Nacional de Tokyo; Braunenguengue, poeta en la corte de Mansa Munsa, emperador de Mali, hoy totalmente desconocido pero muy popular en su época por sus fábulas, comparables a las de Esopo, y Alexandra Baraushnikova, joven promesa del ballet del Teatro Mariinski, de San Petersburgo, quien murió trágicamente en un accidente callejero en 1900, a la edad de 19 años, abriendo así el camino del triunfo para la muy inferior Anna Pavlova.

Recientemente, algunos importantísimos hallazgos históricos han atraído la atención de los más importantes gobiernos europeos hacia el linaje de Pablo de la Torriente Brau. Han sido descubiertos en la Biblioteca Nacional de Alemania varios expedientes que demuestran que entre julio de 1933 y febrero de 1945 el gobierno alemán investigó meticulosamente los árboles genealógicos de las distintas casas reales o principescas alemanas, a fin de localizar a sus posibles herederos. Tal vez el propósito verdadero de esta investigación era eliminar todo posible pretendiente al trono imperial. La investigación, que al parecer estaba dirigida personalmente por Himmler, fue interrumpida poco antes del final de la guerra, y casi todos los expedientes, menos los que han sido encontrados ahora, fueron incinerados con otros documentos secretos de la Gestapo y del Ministerio del Interior. Hasta el momento, solo se ha podido determinar que la Gestapo detuvo e interrogó en agosto de 1934 a un tal Robert Heberstradt, descendiente directo de Auguste Heberstradt, secretario de Estado en tiempos de Federico Guillermo III y nieto de Marguerite Heberstradt, de soltera Braunschweig, hermana a su vez de aquel Carl Friedrich von Braunschweig que fue colega y compañero de estudios de Bach en Luneburgo y que murió sin descendencia. Carl Friedrich von Braunschweig y su hermana fueron, sin saberlo, los únicos herederos por línea directa de Wilhem von Braunschweig, hijo natural de una joven lavandera llamada Elise con Otón IV, también llamado Otón de Brunswick (o Braunschweig, en alemán), rey de los romanos y emperador de Alemania, y sobrino de Ricardo Corazón de León. El destino de Robert Heberstradt no ha sido conocido, aunque alguien con su mismo nombre fue enterrado el 13 de agosto de 1934 en el cementerio de la ciudad de Suhl, en Turingia. Si este Heberstradt fuera el mismo detenido por la Gestapo unos días antes del 13 de agosto, y comoquiera que en el momento de su arresto aquel no tenía descendencia, es posible adelantar la hipótesis de que los derechos pasaron a la rama de la familia cuyo único descendiente varón era Pablo de la Torriente Brau, primo trigésimotercero de Robert Heberstradt. Por consiguiente, entre agosto de 1934 y diciembre de 1936, cuando murió, Pablo de la Torriente habría sido el legítimo heredero de la corona del Sacro Imperio Romano Germánico, de la corona del Imperio Británico, y, en razón de los derechos dinásticos de Ricardo Corazón de León, quien murió sin descendencia, también podría haber tenido Pablo legítimas aspiraciones a las coronas de Francia y de España.

Lamentablemente, a tan brillante y encumbrado linaje habría que agregar individuos menos ejemplares, pero cuya existencia sería imposible e inútil negar. Debe decirse que

en el linaje de Pablo de la Torriente Brau, por los siglos de los siglos, figuraron también vulgares cultivadores de arroz, de trigo y de maíz, pastores y acarreadores de cabras, herreros, tejedores de lana, pescadores, mercachifles, marineros, piratas, mensajeros, asaltadores de caminos, mercenarios, juglares, acróbatas, magos, alquimistas, abogados, obreros, celestinas, dentistas, eunucos, arquitectos, mendigos, periodistas, escribanos, prostitutas, cristaleros, verdugos, tragasables, zapateros, sacerdotes, maestros de danza, usureros, bufones, aristócratas, esclavos, escuderos, albañiles, meseros, bailarinas, peregrinos, vampiros, brujas, hombres lobos, santos y dioses. Pudiera creerse que tales ancestros demeritarían el linaje de los Torriente y los Brau, pero en absoluto es así, puesto que pocas familias tienen un pasado mejor. Por demás, si se examina bien, estos anónimos antepasados son en todo punto semejantes a los ilustres personajes antes enumerados. Todos fueron puríticos comemierdas. Por donde se ve que, después de todo, Pablo de la Torriente y Raúl Roa eran familia, tal vez primos de novena o décima generación.

Usted ha considerado «escritores esenciales» a Hemingway, Stendhal, Balzac, Dickens y a Pablo de la Torriente Brau. ¿Qué valores encuentra en el cubano para incluirlo en esa selecta enumeración?

La irrupción de Pablo en el panteón mundial de la literatura debe haber sido tan escandalosa como la de Hiliodomiro del Sol en el de la gloria franchute, aunque la inmortalidad de los escritores debe ser más original y divertida que la de los generales y dictadores. Al llegar Pablo, Homero lo habrá confundido con el pícaro Odiseo, fecundo en ardides, y Virgilio, contradictoriamente, con el piadoso Eneas. Cervantes, entristecido, habrá creído que era otro loco, fantasioso desfacedor de entuertos. Quevedo, que aún se preguntaba aquello de

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?,

habrá dejado escapar un suspiro de alivio. Víctor Hugo, a pesar de su rencor por las burlas de Hiliodomiro del Sol, debe haber pensado en la linda figura que el recién llegado habría hecho junto a Cambronne en Waterloo. Byron le dirigió una mirada de tenaz rivalidad. Pope, Elliot y Borges, que tomaban juntos té de Ceilán y discutían etimologías célticas, lo miraron con frío desprecio anglosajón. Aunque, en el fondo, Borges sintiera profunda envidia por el joven héroe. Whitman, arrebatado, entonó un canto cósmico, pan-sexual y trans-humano. Mark Twain le hizo al novato una seña de complicidad. Kafka lo miró de arriba abajo, sin entender nada, y pensó otra vez que el mundo no tenía sentido. Rimbaud, que apuntaba su arma contra Verlaine, bajó el brazo, distraído. Oscar Wilde, Jean Genet, Luis Cernuda y Allen Ginsberg, reunidos en un rincón, también clavaron sus miradas en la figura apolínea del advenedizo, mientras sus corazones palpitaban de prisa. Virgilio Piñera, venenosísimo, habrá pensado, respecto a sus colegas, que «nadie sabe mirar, contemplar, desnudar un cuerpo», pero mirando a Pablo, habrá calculado que «Nada podría detener este cuerpo destinado a los cascos de los caballos,/ turbadoramente cogido entre la poesía y el sol».

Pablo, por su parte, se habrá paseado triunfalmente por la inmortalidad, dejándose vacilar, pero en menos de lo que canta un gallo debe haber armado un juego de pelota cuatroesquinas Cuba-Estados Unidos: él, Rubén Martínez Villena, Roa, y Wichy el Rojo contra Salinger, Hemingway, Kerouac y Tom Wolfe. Ganaría Cuba, por supuesto, aunque los yanquis protestarían diciendo que los cubanos hicieron trampa. Jane Austen, George Sand, Alfonsina Storni y Sylvia Plath colocarían en la frente de los vencedores

coronas de laurel, y Pablo, entrevistado por algún periodista polizante, dedicaría el triunfo al despreciado Emilio Salgari, comandante en jefe de los escritores de aventuras. Luego vendría tremenda estilística gozadera.

A Pablo terminarían por expulsarlo de las filas de la inmortalidad literaria, por falta de ejemplaridad. Incumplimiento de los estatutos. Violación de la disciplina partidista. Problemas político-ideológicos, perdón, político-literarios. Con un espíritu profundamente crítico, pero, eso sí, constructivo, debemos admitir que Pablo no cumple ninguno de los requisitos para ser admitido en la organización. Entre nos, hablando en confianza, *off the record*, y sin que conste en acta, en realidad es mejor así. Mejor que se olviden de él en la historia oficial de la literatura, que no le entreguen el certificado de cumplidor en la emulación por la legitimidad literaria, que no le sea conferida la distinción por la literatura cubana ni la bandera de proeza cultural.

El envidiable destino literario de Pablo de la Torriente Brau consiste en ser olvidado, tal vez muy menospreciado; considerado, si acaso, una rareza. En un acto de extrema benevolencia, los críticos le darían tal vez el título de precursor del testimonio político, género por el cual casi ningún escritor que se respete quisiera ser recordado. A Pablo nunca lo considerarán un clásico, y es muy provechoso que así ocurra. De esta manera, los jóvenes escritores de Cuba, en busca de una nueva expresión, tendrán en su propia tradición algo que descubrir, una literatura vital, palpitante, que es todavía casi virgen, que ha sido apenas rozada por la crítica, que no han manoseado los profesores de literatura y que ni siquiera los escritores profesionales conocen mucho. Tal vez alguno de esos jóvenes se salve como escritor si en el momento oportuno, cuando esté desorientado y a punto de impostar el tono y la orientación de algún autor falsamente clásico, le cae en las manos *El soldado desconocido* o *Presidio Modelo*. La obra de Pablo, mal valorada, mal entendida, vista tal vez con prejuicio, puede todavía sorprender al joven escritor y al lector aburrido, puede descubrirles otra forma de literatura, más que una forma de literatura política, una política de la literatura, la excitación, el encanto, la naturalidad del acto de escribir, que en Pablo es casi mágico, no un oficio aprendido sino un irreprimible impulso carnal que, como todo impulso de la carne, siempre conduce a la infinita libertad.

Aunque parezca descabellado, podría decirse que la obra de Pablo tiene en el sistema de la literatura cubana una función semejante a la que tiene la obra de Lezama. Tampoco Lezama es enseñado en las escuelas, tampoco los profesores y los periodistas manosean sus textos, de una dificultad invencible para tontos voluntarios. El joven escritor termina su adolescencia sin saber bien quién diablos es ese Lezama, del que se habla tanto, aunque su nombre siempre aparezca rodeado de misterio, asociado a antiguas historias de guerras civiles político-literarias y a escandalitos sexo-culturales. De repente, a los dieciocho o diecinueve años, el joven escritor lee *Muerte de Narciso* o el capítulo VIII de *Paradiso* —siempre el capítulo VIII—, y su vida cambia, de repente siente vértigo, al fin se da cuenta de cuán lejos se puede llegar en las artes de la literatura, cuán grande y complicado y divertido puede ser este juego.

Pablo no está vinculado a ningún escándalo político-sexual, pero peor, está vinculado a la historia política, tan antiliteraria, tan aburrida y previsible, al menos como se enseña en la escuela. A los jóvenes no se les aleja de la obra de Pablo intencionalmente, sino con mala propaganda y errónea educación. De manera que también el joven escritor se llevará una sorpresa cuando, venciendo tal vez su hastío o su repugnancia por la historia política, se disponga a leer a Pablo, y descubra que la literatura no es tan maravillosa como él pensaba, sino algo muchísimo mejor. Qué gran escritor sería el que aprendiera a escribir leyendo a dos hombres y dos escritores tan distintos y tan parecidos como Lezama y Pablo. Debía extenderse un reconocimiento a todas las personas que, aunque

con distinta intención, los han rodeado de silencio a los dos: desde el círculo de silencio al que han sido relegados, el Gran Gordo Lezama y Pablo de la Torriente incitan a la subversión contra los órdenes clásicos. Nada más esencial en literatura y en política que esa rebelión de la imaginación contra la norma, de la posibilidad infinita contra la fatalidad, el proyecto literario de la libertad creativa y el proyecto cívico, aún más importante, de una moralidad de la libertad. Méritos técnicos, escuela y estilo, aparte.

La libertad es el derecho de todo hombre a pensar y actuar sin hipocresía, decía José Martí. ¿En qué modo fue Pablo libre?

Es el propio Pablo quien encontró y registró para la posteridad la réplica perfecta contra aquella frase martiana. «Cada hombre ha de llevar en su interior una serie de disfraces, para poder concursar en el carnaval de la vida. El infeliz que no se viste de máscara resulta el verdadero disfrazado». La frase es del capitán Castells, jefe del Presidio Modelo. Este hombre, Castells, espléndido y terrible personaje, asesino brutal y vulgar filósofo antilibertario, es uno de los más poderosos símbolos de la opresión física y moral ofrecidos a la literatura por la memoria cubana. A diferencia de los abstractos imperialismos, o de dictadores lejanos e inalcanzables, oscuros usurpadores del supremo poder, a quienes nunca se ve dictando órdenes de muerte, sino pronunciando discursos sobre la patria, Castells fue un hombre al que sus víctimas podían ver y escuchar, al que sentían caminando por los pasillos, o veían asomado a la ventana, al que imaginaban en su despacho del presidio, silencioso y letal, decidiendo quiénes iban a morir y a quiénes se les concedería un día más de gracia. Castells era apenas el dictador de una pequeña nación carcelaria, su pueblo eran unos pocos miles de hombres, pero sobre ellos ejercía un poder omnímodo, mayor que el de Machado en su república, donde quedaban todavía partidos políticos, periódicos, abogados y maestros. El terror que Castells ejercía sobre los presidiarios debió ser semejante al que causa un fortachón abusador en los dormitorios escolares, o un sargento demencial en las barracas del Ejército, pequeños tiranos que violan todas las noches el honor de los débiles.

El honor de un hombre puede tal vez tolerar la dictadura de una nación extranjera o la de un mandamás local, pero no puede resistir los abusos de otro hombre real. Un hombre ingenuo puede creer que es libre en una nación de esclavos, pero no puede creerse hombre si deja que lo abofeteen injustamente y no se rebela contra su agresor, aunque no tenga ninguna posibilidad de vencerlo. Pablo, en su relato del presidio, observó tres ejemplos de hombres que fueron libres incluso en aquellas circunstancias, los reclusos José Bravo, William Muller y Alberto de Huerta, asesinados por Castells, que no los podría haber vencido de otra forma. Al evocarlos, Pablo escribe: «¡Un prisionero indefenso, que se rebela, es más héroe cien veces que el vencedor que dirigió la carga en que fue capturado!... ¡Y si este prisionero se rebela en el momento de la captura, en el de la marcha y en el de la muerte, su grandeza sale del territorio humano; pasa a ser un sobrenatural signo de lo increíble!». De Muller afirma: «Tuvo algo indefinible, superior al valor; porque encarnó, como ningún otro, el arquetipo de lo que, para un preso, es el verdadero hombre libre!». Y de Alberto de Huerta: «Si algún día el hombre ascendiera lo suficiente en la escala zoológica, lo suficiente para comprender que cabe la nobleza y la dignidad de un presidiario, se le rendiría a su memoria un homenaje que perpetuara su recuerdo, merecedor como pocos del respeto y la admiración». Pablo mismo era uno de los hombres sometidos al despotismo de Castells, pero su condición de preso político lo protegía de los horrores sufridos por los presos comunes. Realizó su propia rebelión andando desnudo y pelilargo por el presidio, pero hasta esa simbólica protesta le fue permitida. No atravesó por las mayores pruebas a que la opresión puede someter a un hombre. Pudo observar, eso sí, la forma pura de libertad

que es la de los presidiarios abandonados a su suerte, aislados del mundo y rodeados de asesinos; hombres que no pueden esperar ninguna ayuda exterior ni confiar en que vencerán a sus enemigos, y aun así libres, obstinadamente libres, incapaces de suplicar a sus opresores un día más de vida. Los hombres que son libres sin la esperanza de la libertad.

Presidio Modelo es uno de los grandes libros cubanos sobre la libertad. Solo podía ser escrito por un hombre que comprendiera muy bien qué es la libertad y qué riesgos tiene. Necesita lectores libres: tal vez por eso no es más popular. Los personajes que se mueven en las páginas de *Presidio Modelo*, los presidiarios, enfrentan la alternativa de rebelarse contra el despotismo, huir o enfrentar a los asesinos, o esperar pasivamente que un golpe de suerte los salve de la muerte y los escoja para sobrevivir, aunque el precio de la vida sea una abrumadora indignidad, soportar los abusos en silencio, delatar a los rebeldes, convertirse en cómplices de los asesinos. Parecen alternativas extremas, pero los hombres comunes las enfrentan constantemente: el silencioso que se muerde los labios para no denunciar una mentira, el que es conminado a hacer o decir algo en lo que no cree, el que en una reunión duda si levantar la mano para pedir la palabra y decir su opinión, el periodista que piensa si quitar una línea de la verdad porque no se la publicarán. Los hombres comunes viven en el sobresalto de la libertad, de escoger continuamente entre la libertad y la opresión. «Hay momentos —dice Pablo— en que un hombre cobarde alcanza la grandeza del valor, hay momentos en que un valiente llega hasta la estatura de un héroe... Pero es muy difícil ser héroe siempre, constantemente... Como si fuera un oficio... ¡Como si fuera una costumbre!».

No por casualidad, Pablo fue tan tenaz observador de los dilemas morales de la libertad y de la locura sanguinaria de la tiranía. Es posible que a él, que era libre siempre, constantemente, como si fuera su oficio ser libre, le causara curiosidad y compasión la dificultad de otros hombres para ser libres también. El era del tipo de los que ya no dudan, de los que no vacilan antes de decir su opinión o dejar en un artículo una línea arriesgada, y actúan espontáneamente, siempre de acuerdo con su conciencia. Entre su conciencia y su vida ya no había, al parecer, conflicto, pues Pablo, como todos los grandes libertarios, había descubierto que «ser bueno —y no hay bondad que no sea ejercicio de libertad— es el único modo de ser dichoso». Por eso, tal vez, Pablo luce siempre tan jovial en medio de peligros mortales. Así como se desnudaba sin prejuicios, así escribía sin cortapisas, o se iba a la guerra sin miedo. La libertad, para él, no era una conquista ardua y cotidiana, sino su plena naturaleza, la misma que Martí, otro gran cronista del presidio, dijo haber alcanzado solo cuando llegó a la guerra de Cuba y se sintió al fin libre en la noche estrellada sobre las montañas. Esa plena naturaleza de la libertad, debe haberla adquirido Pablo mientras aprendía a leer en las páginas de *La Edad de Oro*.

El autor de «105 días preso» vapuleó bastante la visión rosa del héroe, del héroe de libreto histórico. ¿Qué sería un héroe «de verdad» para él? Con su vida, ¿qué concepto de héroe, de revolucionario, dejó Pablo de la Torriente? Para los que no pudimos verla, ¿podría describir la escena de Pablo en La Peña del Alemán, polemizando con Calvo, el cura fascista?

El padre Calvo escuchó con atención el pequeño discurso del periodista cubano. Apreció su facilidad de palabras, cualidad infrecuente en aquellas polémicas de las trincheras. El padre Calvo reconoció de inmediato a un verdadero rival, no como aquellos campesinos rojos que decían solo burradas, o los estudiantes de Madrid que no lograban hacerse entender y que confundían a todos. Apreció la agudeza del cubano, la fineza de sus argumentos. Pero notó que era demasiado apasionado. Calculó que era

muy joven, tal vez de unos veintiocho o veintinueve años, sin saber que se equivocaba. Le gustó su voz, con aquella limpia varonía juvenil, aunque el cubano tratara de hablar en un tono más grueso para imponer respeto y hacerse oír. El padre Calvo sintió un poco de ternura por aquel desconocido muchacho cubano que trataba de hablar como un hombre mayor. Seguro que era un romántico o un engañado que había venido a España a una guerra que no le incumbía para nada. Comoquiera que el discursito del cubano parecía extenderse, un soldado junto al padre Calvo, hizo ademán de mandar a callar al orador rival, pero el sacerdote lo detuvo con una mano, mientras ponía un dedo sobre sus labios, indicando silencio.

Cuando el cubano terminó el primero de los que serían sus tres discursos de la noche, el padre Calvo, contrario a su costumbre, permaneció unos instantes en silencio, observado por los soldados que tenía alrededor. Habitualmente, había en su rostro una pequeña sonrisa congelada, que nunca se sabía si era una sonrisa o simplemente la forma natural de su boca y sus labios. Cerraba mucho los ojos, como si la luz siempre fuera demasiado fuerte para él. Le gustaba la oscuridad, desde los tiempos del Seminario. Le gustaban los claustros, las celdas, los corredores sombríos, en los cuales se orientaba perfectamente. Veía muy bien en plena noche. Mirando a través de la oscuridad, más allá del parapeto, había tratado de encontrar el sitio de donde venía la voz del cubano, habría querido ver su rostro, que imaginaba fresco y limpio como el de un adolescente, tal vez muy trigueño, cubano al fin. Sin embargo, la voz parecía de blanco, como la de un español, salvo por el acento. No pudo ver nada, a pesar de su facilidad para orientarse en la noche, demasiada distancia. En ese momento, mientras los soldados lo miraban esperando que respondiera, los ojos de Calvo estaban casi cerrados, y la pequeña inquietante sonrisa parecía más fija que nunca. El padre Calvo, a diferencia de sus soldados, sabía que no ganaría esa noche la polémica de los parapetos.

Le puso una pequeña treta, que sabía que su rival podría evadir fácilmente. Casi se hubiera sentido decepcionado si el cubano no hubiera podido responder. Él mismo, Calvo, sabía la respuesta perfecta contra su propia pregunta. Escuchó la insolente respuesta del cubano: «Oye, fascista... ¡debías tener más talento para lo que has estudiado!». El padre Calvo sonrió, y esa vez su sonrisa fue verdadera, aunque contenida. Jovencito arrogante. También Calvo había sido arrogante en su juventud, pero había aprendido finalmente la conveniencia de la disciplina y la humildad. El cubano respondió perfectamente, y Calvo asintió, como si fuera un profesor comprobando los conocimientos del alumno. «¿Estás contento ya, fascista?», terminó su respuesta el cubano, y Calvo agradeció internamente el gesto de reconocimiento de su rival. De repente pensó que a lo mejor el cubano también estaría imaginando el rostro y el carácter de su enemigo. El padre Calvo pensó que para el cubano él sería un viejo agrio y maligno, un sacerdote oscurantista y antimoderno, el símbolo de todo lo que odiaba. Se equivocaba, puesto que Pablo no se había interesado ni por el rostro ni por el carácter de su rival, y había considerado la polémica como una batalla contra un enemigo glacial y abstracto, el fascismo. Su última pregunta, que parecía dirigida a un hombre concreto, el reconocimiento de un rival respetable, había sido espontánea, no premeditada. Pero a Calvo le hubiera gustado creer que el otro le había dado ese reconocimiento, casi un gesto de confianza. Le hubiera gustado creer que lo respetaba y no lo consideraba solo un viejo reaccionario, sino también un hombre inteligente.

De repente estalló un clamor entre los soldados que rodeaban al padre Calvo. Viendo que su orador permanecía callado, como si prefiriera rendirse, empezaron a dar gritos, insultando al cubano y a todos los rojos. El padre Calvo los miró y sintió un poco de vergüenza. Esa canalla no sabía que tenían enfrente a un hombre superior a cualquiera de ellos, ni siquiera se habían dado cuenta. Tampoco el cubano estaba entre gente que

supiera apreciar sus cualidades. «Te van a sacrificar, infeliz, para ganar una guerra que no pueden ganar», pensó, como si estuviera conversando con el cubano en franca intimidad. Alguien haló el brazo del padre Calvo y le exigió que respondiera algo. El padre Calvo alzó su voz y lanzó un último ataque contra el cubano. Sabía que la polémica no duraría más, y que todo acabaría en gritos y tiros entre los dos lados. El cubano había ganado los dos primeros lances, pero el padre Calvo no quería rendirse ante aquel jovencito zoquete y dejar a sus soldados en humillación. De todas maneras, en un último arranque de simpatía por su enemigo, le ofreció un consejo casi paternal: «¡Tú harías mejor en no meterte en las cosas de España!». La voz del padre Calvo acalló la gritería, se hizo el silencio, y el cubano respondió, fervorosamente, la pregunta que le había hecho su enemigo. «Yo sé que tú sabes lo que significa en el mundo un avión italiano», dijo el cubano, y el padre Calvo sintió que el otro había al fin reconocido su inteligencia. Pero el cubano siguió su discurso, y terminó despidiéndose de todos sus enemigos, como si se hubiera olvidado de su más digno rival. Después, como había previsto el padre Calvo, los soldados comenzaron a insultar al cubano y a disparar contra el parapeto donde lo imaginaban oculto. «¡Hijo de puta, vete a tu país!», gritó un soldado al lado del padre Calvo. «No va a volver», pensó el sacerdote, mientras se retiraba del parapeto, para descansar. «Te van a matar, infeliz, y no vas a volver a ver tu tierra». Se echó en el suelo, mirando la noche estrellada. En el otro lado del parapeto, el cubano también se había echado en el suelo, y también miraba las estrellas, pensando en su tierra, en su mujer, en su casa y en sus perros. Ya había olvidado al padre Calvo, aunque más tarde, lo inmortalizaría en una crónica que el sacerdote nunca leería antes de morir. Aquella noche, mientras el cubano pensaba en su tierra, el padre Calvo, mirando las mismas estrellas, pensaba en su joven y arrogante rival, que sería sacrificado por gusto, haciéndose el héroe en una guerra perdida. «Lástima», pensó, sinceramente.

Lo que no sabía el padre Calvo era que Pablo de la Torriente Brau era un verdadero héroe que a esa misma hora estaba pensando en el miedo. Mientras recordaba a Cuba, Pablo temblaba por el frío, pero le dio por pensar que a lo mejor había una relación entre los recuerdos y el miedo. «A lo mejor, en la guerra, cuando uno tiene un recuerdo, es porque se tiene miedo», se dijo. Pobre Pablo, que ni siquiera sabía si de verdad tenía miedo o no. Pablo debía pensar que los héroes también tienen miedo, como cualquier hombre, y quizás le extrañaba qué poco miedo tenía él. Eso es lo que piensa todo el mundo, que los héroes son hombres comunes, que también sienten miedo, tienen dudas y debilidades, defectos y excesos, y cometen errores políticos, militares y sentimentales. Pablo creía que era el pueblo, la gente común, la que sentía el irresistible impulso de hacer perfectos a sus héroes, sin manchas y sin debilidades, pero no es el pueblo, sino la historia oficial y la propaganda las que realizan esa purificación casi religiosa.

La gente es astuta y piensa que la historia acerca de héroes sublimes, perfectos, es mentira, y que todos esos personajes gloriosos a los que la patria agradecida les ha levantado estatuas en los parques y plazas públicas, fueron en realidad pequeños hombres afortunados que supieron vencer el miedo en el momento más oportuno. En efecto, la gente no se equivoca, los héroes perfectos de la historia oficial son de mentira. Para convencer a la gente descreída, a veces los historiadores y los propagandistas han tratado de añadir algunos toques de presunta humanidad a sus héroes, un defecto de carácter en este, una ligera vacilación en aquel, un pequeñísimo vicio en otro que afortunadamente fue corregido con una posterior conducta ejemplar. Esta versión tiene también bochornosos tintes rosa, como la de la perfección épica. Además de ser francamente reaccionaria, pues, de tal suerte, pareciera que la humanidad de un héroe

está en sus defectos y no en sus méritos y hazañas. Pero tal vez ese interés en descubrir defectillos menores en los héroes encubra la incapacidad de realizar tres interpretaciones más atrevidas. En primer lugar, la de los pequeños grandes héroes populares, hombres modestos como aquel personaje del cuento de Pablo llamado precisamente «El héroe», ennoblecido por un único acto de supremo valor. En segundo lugar, la de los héroes que no solo tuvieron pequeñas debilidades o vacilaciones que no es políticamente necesario ocultar, sino que fueron muy contradictorios e inconsecuentes, llenos de repudiables vicios de los cuales no fueron redimidos por sus hazañas viriles. Pablo de la Torriente vio a algunos de estos héroes en el Presidio Modelo, y anotó sus nombres, lleno de admiración. La última posibilidad es la de los héroes cuya humanidad no puede ser medida con una vulgar escala política de defectos y virtudes, puesto que han llegado a extremos de valor, sabiduría y bondad que épocas como esta, escépticas y mezquinas, no pueden comprender y tampoco tolerar. Esa es tal vez la verdadera humanidad, aunque sea tan rara. Pablo también vio a algunos de estos hombres, Mella, Rubén Martínez Villena, Gabriel Barceló, que no fueron más humanos porque cometieran pequeños pecadillos contra la moral oficial, aunque probablemente los cometieron, y tal vez no muy pequeños. Fueron más humanos y más heroicos porque fueron mejores, porque su vida y su pensamiento tuvieron una amplitud, una riqueza, una calidad muy superiores a la de la gente común. Sus actos tienen que haber sido inspirados por la cristalización de una calidad humana que es definitivamente inexplicable, que no tiene que ver con factores socioeconómicos, ni familiares ni ninguna otra razón de ese tipo, sino que parece ser espontánea, azarosa. Un estado de gracia. No les eran desconocidas las mayores emociones, la alegría, el amor, la amistad, el sexo, la tristeza profunda, pero sí, con toda seguridad, la envidia, la hipocresía, la maldad, la ambición mezquina, la violencia inútil. A lo mejor ni sentían miedo. O a lo mejor sí, pero un miedo extraño, distinto del que siente un hombre común, mediocre. Por eso Pablo se preguntaba aquella noche en el parapeto si tenía miedo o no. Porque su miedo, si es que en definitiva tenía miedo, no era como el que sentiría cualquier otro hombre ante la muerte. A estos hombres es muy difícil encontrarles los defectos comunes que son tan visibles en otros. El mismo Pablo escribió, a propósito de Mella, que este era «perfecto como un sueño en nuestros recuerdos apasionados». También Pablo lo es. El padre Calvo no tenía la menor idea de con quién se estaba metiendo.

Julio Antonio, Rubén y Pablo, muertos todos muy jóvenes. ¿Cuáles de los proyectos que los tres dejaron inconclusos le hubiese interesado ver terminados? ¿Qué cree que dejó cada uno en el carácter o la sensibilidad del otro? ¿Qué le resulta más importante de lo hecho por ellos en los años que vivieron?

Hubiera sido interesante ver cómo funcionaría un Gobierno Revolucionario dirigido por Mella, con Rubén como Ministro de Cultura, Raúl Roa en las Relaciones Exteriores, Antonio Guiterras dirigiendo la Economía o la Defensa, Juan Marinello como Rector de la Universidad y Pablo como director del periódico de la Revolución. En el Consejo de Ministros también podrían estar Leonardo Fernández Sánchez, Gabriel Barceló, Eddy Chibás. ¿Habría durado mucho tal gobierno? A lo mejor no, pero de todas maneras hubiera sido hermoso que aquellos muchachos hubieran gobernado Cuba aunque fuera durante una semana. A ver qué pasaba. La mayor incógnita que dejó esa generación con la muerte prematura de sus líderes y la desbandada de los sobrevivientes, es qué hubiera pasado si su revolución hubiera llegado a triunfar, aunque fuera brevemente, y alguno de ellos hubiera llegado a ser Presidente de la República. No es posible saber qué hubieran hecho, si se habrían puesto de acuerdo para aprobar el primer Decreto, si habrían empezado por la reforma agraria o por la libertad de prensa. Pero es fácil

imaginar que hubieran sido días muy agitados, interesantes y hasta divertidos. Por lo menos, el periódico de la Revolución, dirigido por Pablo, hubiera sido durante esa corta semana una verdadera maravilla.

De los proyectos que dejaron pendientes, el más interesante es la Revolución, la victoria revolucionaria. Naturalmente, también hubiera sido interesante ver cómo envejecerían los muchachos, si perderían originalidad y valor, imaginación y honestidad. Habría que ver cómo se hubieran acomodado al poder, en caso de que lo hubieran conquistado. Habría que ver si hubieran perdido el buen humor, la curiosidad intelectual, la amplitud de miras, la generosidad y la honestidad. En cuanto a los proyectos individuales, claro que hubiera sido interesante ver qué rumbos habría seguido el pensamiento político y filosófico de Mella, de Rubén y de Pablo de la Torriente a medida que avanzaran los años, en la época del *New Deal* y la Gran Depresión, de las purgas stalinistas y finalmente, de la guerra contra el fascismo y la Guerra fría.

Mella hubiera llegado a ser un gran líder continental y tal vez mundial, y un notable pensador político. O tal vez no. Rubén había abandonado la poesía mucho antes de su muerte, pero siempre quedará la sospecha de que hubiera llegado a superarse mucho si hubiera continuado escribiendo versos. ¿Se habría integrado a los movimientos poéticos más avanzados? Nunca se sabrá. Pablo, si hubiera dado el paso definitivo hacia la narrativa de ficción, hubiera escrito una o dos grandes novelas modernas, y hubiera tenido una influencia muy profunda en la literatura cubana. ¿Tal vez una novela sobre España, que rivalizara con la de Hemingway? ¿Cómo pensaba terminar *Aventuras del soldado desconocido cubano*? Si hubiera sobrevivido a la guerra de España, ¿habría reportado la Guerra mundial? ¿Qué formidable biografía de Mella hubiera escrito! Pero todas estas preguntas son inútiles. Parece una fatalidad que este tipo de hombres estén destinados a morir en plena flor de su juventud.

Mella es el culpable de todo, el que le hizo creer a los demás que una revolución verdadera era posible en Cuba. El propio Mella parecía un personaje fantástico, un rey griego, hermoso y fuerte, con una voluntad titánica y un valor inagotable, así que si él, que parecía irreal, era de verdad, de carne y hueso, tal vez la revolución que predicaba también fuera verdadera y pudiera triunfar algún día. Rubén también estaba predicando la revolución, pero cuando su revolución, la de los Veteranos y Patriotas, fracasó, fue Mella el que lo encaminó hacia la revolución verdadera, la gran revolución social antimperialista. Rubén llegó a preguntarse «¿Qué hago yo aquí donde no hay nada grande que hacer?», una duda que a Mella, al parecer, nunca le pasó por la mente. Mella, siendo menor, fue maestro de Rubén, su tutor, además de su amigo. Rubén, delgado, frágil, hacía perfecto contrapunto con el atlético Mella, como también con el no menos atlético Pablo de la Torriente. Pero al mismo tiempo, el temperamento poético de Rubén se complementaba perfectamente con los temperamentos más concentrados, directos y realistas de Pablo y de Mella —de quien no ha quedado para la historia ningún poema conocido, aunque fueran ellos mismos personajes poéticos. Si Mella y Pablo le daban a la revolución una tensión casi física, de vigor muscular, Rubén le proporcionaba su pasión romántica y una severa disciplina moral.

La muerte de Mella tuvo más efecto en Rubén que en Pablo, por supuesto. Rubén, al parecer, lloró el día que recibió la noticia, una de las pocas veces que lo vieron llorar. Probablemente, la muerte de Mella decidió también el sacrificio de Rubén, su larga agonía al frente de la Revolución. La muerte súbita de quien parecía un dios invencible, fue un terrible augurio del destino de aquella generación, y la prueba de que la Revolución no era una aventura romántica sino asunto de vida o muerte. La muerte de Rubén causaría gran impresión en Pablo, quien escribió en *Ahora*: «No era posible que

quien le conociera dejara de sentirlo siempre al lado suyo. Tenía Rubén el secreto profundo de la emoción». Podrían detectarse más influencias ideológicas y políticas entre ellos, podrían compararse las personalidades, pero lo más probable es que lo que ellos mejor compartieron fueran emociones. Se admiraron y se quisieron, se gustaron con limpia atracción viril, compartieron ideales políticos, secretos personales y sueños de juventud, rieron y jugaron juntos, hablaron de mujeres y de deportes, discutieron sus artículos y poemas, y murieron sucesivamente por la misma revolución. ¿Qué mayor influencia puede causar un hombre en otro que la de llenar con emociones la memoria de su juventud?

En cuanto a sus realizaciones, además de la revolución, podría decirse que la mayor de todas fue crear al hombre cubano moderno, una criatura todavía en edad infantil. Estas son algunas escenas de su nacimiento. Mella venciendo en las regatas universitarias y haciendo después un congreso revolucionario de estudiantes. Rubén gritando de pura desesperación en la Academia de Ciencias. Mella nadando mitológicamente hasta el barco soviético. Rubén aprendiendo a pilotear un avión para bombardear el Palacio Presidencial. Mella en huelga de hambre durante 18 infinitos días. Rubén boconeándole a Machado. Pablo y Rubén jugando pelota en la azotea del bufete de Fernando Ortiz, cuando atardecía en La Habana. Mella amando a Tina Modotti sobre bultos de periódicos revolucionarios. Rubén renunciando a la poesía. Mella dejándose fotografiar desnudo. Rubén disfrazado huyendo de la policía. Mella diciendo «¡Muerdo por la Revolución!». Pablo, herido en la cabeza el 30 de septiembre, viendo a Trejo sonreír mientras moría. Rubén dirigiendo la huelga contra Machado desde su cama de enfermo. Pablo paseando desnudo por el presidio. Rubén, sin voz, arengando a los obreros en el entierro de las cenizas de Mella. Pablo, advirtiendo acerca de *Presidio Modelo*: «No accedo a que se suprima ninguna palabra, por puerca que parezca». El día que Pablo murió en Majadahonda, el hombre moderno cubano terminó de nacer.

Con Hiliodmiro del Sol, Pablo rechazaba la historia oficial, la regimentación de los valores aceptables y reivindicaba el lugar en la historia de los que no tienen historia. Para decirlo como algunos ensayistas de éxito: ¿En qué lugar coloca usted al soldado desconocido cubano dentro del discurso sociocultural contemporáneo —de centro y margen, de hegemonía y subalternidad?¹ En ese libro el narrador dice que Hiliodmiro quizás no fuese más, en el fondo, que un «tipo de relajo». «Ni más, ni menos, que cualquiera de nuestras grandes figuras». ¿Cómo reaccionó la comunidad de historiadores ante semejante afirmación?

¹ A la luz de los últimos avances de la genética, ¿podría tener comprobación la «teoría de la aparición espiritual» de Pablo, según la cual: «el que ha sido vivo antes de estar muerto, ese sale de todas maneras; y el que ha estado muerto antes de morir, ese no sale de ningún modo, ni a nadie»?

Desde principios de los años 90, cuando, tras largos estudios y experimentos, algunos relevantes científicos comenzaron a entrever la posibilidad de intervenir los códigos genéticos para clonar o reproducir individuos, el gobierno norteamericano decidió crear un comité especial secreto que mantuviera informado al Presidente de los avances de las investigaciones y de sus posibles repercusiones para la seguridad nacional. El 27 de enero de 1993, apenas siete días después de que la nueva administración demócrata se instalara en la Casa Blanca, el presidente Bill Clinton se reunió de manera urgente con el presidente y el vicepresidente del comité, los señores Leon D. Weisserberg y Dean H. Talmond III, ambos provenientes de la Sección de Desarrollo Tecnológico del

Pentágono. Weisserberg informó al presidente Clinton que, de acuerdo con la información obtenida por el comité, sería posible la clonación de seres humanos vivos en un plazo de tres a cinco años. El Presidente, que no se encontraba preparado para enfrentar una noticia de esta índole, se mostró totalmente desconcertado. Pero Weisserberg y Talmond tenían preparada una noticia aún peor. Según Talmond le explicó a un atónito presidente Clinton, el comité había concluido que sería posible realizar, casi simultáneamente con la clonación de seres humanos vivos, la reproducción de individuos ya muertos a partir de fragmentos de ADN obtenidos de sus cadáveres. Clinton soltó una maldición, que Weisserberg interpretó como una expresión de asombro y terror, y Talmond como una manifestación de júbilo. La reunión de aquella noche duró casi cinco horas, al cabo de las cuales Weisserberg y Talmond lograron convencer al Presidente para que aprobara dos de las tres sugerencias que traían preparadas. La primera, entorpecer las investigaciones de los centros científicos civiles norteamericanos y extranjeros, para atrasar al menos diez años el momento en que estarían en condiciones de clonar seres humanos. La segunda, preparar las condiciones para realizar la primera clonación humana en los Estados Unidos, en un plazo de tres a cinco años. El Presidente rechazó, en un último acto de horrorizada obstinación, su apoyo a la tercera sugerencia: preparar una lista de individuos muertos que al gobierno norteamericano le interesaría reproducir en secreto. Pero Weisserberg y Talmond sabían que esta última decisión también sería tomada, aunque a su debido tiempo.

Cuando la oveja Dolly, el primer animal superior clonado, conmocionó al mundo en 1996, Sam, el primer ser humano clonado, había cumplido ya tres meses de vida. En la actualidad, Sam Milliard tiene ya poco más de seis años y vive cerca de Helena, Montana, con sus padres adoptivos John y Sally Milliard, dos antiguos empleados del Pentágono que desconocen por completo el origen de su hijo. Otros quince niños con similar historia viven en diferentes lugares de los Estados Unidos, con edades entre cinco años y dos meses. En 1999, poco antes del final de la administración Clinton, Leon D. Weisserberg se retiró y Dean H. Talmond III lo sucedió al frente del Comité. En la noche del 13 de febrero del 2001, Talmond se presentó en la Casa Blanca a solicitud del presidente George W. Bush, quien había leído atentamente el informe que sobre el tema de las clonaciones le había preparado su antecesor. Bush, que tenía fama de no tolerar las reuniones largas, despidió a Talmond al cabo de media hora, pero antes le dio la orden que su antecesor en la Casa Blanca no había querido dar. Talmond, por su parte, al escuchar que el Presidente aprobaba la reproducción de individuos muertos, de acuerdo con los intereses estratégicos de los Estados Unidos, le enseñó la lista que él y Weisserberg habían mostrado a Clinton ocho años antes. Bush la leyó, asombrado.

La lista la encabezaban algunos presidentes norteamericanos, Washington, Jefferson, Madison, Lincoln, los dos Roosevelts, Kennedy (cuyo nombre hizo que Bush hiciera una mueca de disgusto). Seguía una lista de científicos notables, desde Galileo, Pascal y Newton, hasta Einstein y Oppenheimer. También se incluían jefes militares y grandes estrategas, Clausewitz y Napoleón, Wellington y Kutuzov, Zhukov, Rommel y McArthur, así como grandes economistas y hombres de negocios, Adam Smith y John Keynes, John Rockefeller y Henry Ford. Notables deportistas del pasado como Charles Paddock, Jim Thorpe, Johnny Weismuller, Joe DiMaggio y Babe Ruth también habían sido considerados. Finalmente, la lista incluía una serie de escritores, artistas y personalidades del espectáculo. Bush hizo otra mueca de escepticismo al leer que la seguridad nacional de los Estados Unidos demandaba la resurrección de Rodolfo Valentino y Mary Pickford, Charlie Chaplin y Marilyn Monroe, Ernest Hemingway y Andy Warhol. «¿Andy Warhol no era un pervertido?», preguntó. Talmond asintió en silencio, y el nombre de Warhol fue borrado de la lista.

No sería el único. Durante los tres meses siguientes, la lista sería revisada y corregida numerosas veces, y muchos nombres preseleccionados fueron borrados a medida que avanzaban las investigaciones sobre su pasado. Chaplin y Einstein fueron considerados izquierdistas y en consecuencia, eliminados, así como Zhukov, por sus vínculos con Stalin, y Rommel, con Hitler. Valentino, Pickford, Garbo, Clark Gable, Gary Cooper, fueron vetados junto con muchos otros actores del pasado para no disgustar a las estrellas actuales. En lugar de Weismuller se decidió clonar a Ian Thorpe, lo que resultaba mucho más económico, una decisión que se aplicó a todos los antiguos deportistas. Keynes fue vetado por la Secretaría del Tesoro. Rockefeller y Ford fueron descartados para no provocar una guerra de derechos sobre la propiedad de sus empresas. Newton resultó ser homosexual, y corrió la misma suerte que Andy Warhol. Hemingway resultó sospechoso del mismo pecado, pero finalmente lo eliminaron por su condición de suicida. Todos los Kennedy fueron borrados de la lista por orden directa del presidente. «Ni un Kennedy más», dijo Bush a Talmond, en confianza. La eliminación de Marilyn Monroe dolió infinitamente a Talmond, pero fue ordenada por la Primera Dama, temerosa de que la resucitada, «esa cualquiera», volviera para cantar «Happy Birthday, Mr. President» en los cumpleaños de su marido. Trágicamente, también fueron eliminados de la lista Lincoln («No es realmente necesario», dijo Bush), Franklin D. Roosevelt («Un paralítico, no vale la pena», arguyó Talmond, y el presidente asintió con gusto), Jefferson («Tenía relaciones ilícitas con sus esclavas, con las cuales procreó», informó Talmond, y ambos esposos Bush se cubrieron el rostro con horror), y hasta el mismísimo padre fundador, George Washington fue borrado luego de una conversación secretísima entre Talmond y el Presidente, desarrollada en los jardines para que no quedara registrada por las grabadoras de la oficina oval.

A inicios del verano de este año, la lista había quedado reducida a cero. Bush, exasperado, llegó a proponer a los apóstoles Pedro y Pablo, pero Talmond, sagazmente, recordó al presidente que Pedro había negado tres veces a Jesús y que Pablo, antes de su conversión, había sido un encarnizado perseguidor de cristianos. Además, dijo, la resurrección de los santos socavaría las bases de la Iglesia, y crearía un grave problema político si cada religión comenzaba a exigir la clonación de sus creadores y adalides. Bush, aterrado ante la idea de nuevos Cristos, Mahomas, Confucios y Budas, se sintió derrotado. Pero el día 4 de julio, mientras asistía a una ceremonia rutinaria en el Cementerio Nacional de Arlington, el presidente tuvo una idea salvadora, digna de él. Esa tarde llamó a Talmond a la Casa Blanca y le informó su decisión. Era necesario, de todas maneras, probar el procedimiento de reproducción de individuos muertos antes de que otros países estuvieran en capacidad de hacerlo. Puesto que ningún hombre célebre era completamente digno de la resurrección, habría que probarlo en un hombre común, correr el riesgo, tentar a la suerte. Y él tenía el candidato perfecto, que nadie podría objetar. La clonación sería casi un acto de justicia histórica, una indemnización, un homenaje que el pueblo norteamericano rendiría a uno de los suyos. Talmond, aunque interiormente sintiera que la idea del Presidente no tendría buen resultado, decidió acatar su orden.

En la mañana del 11 de septiembre, mientras el presidente Bush visitaba una escuela en la Florida, el jefe de su gabinete se acercó a él y le susurró al oído una terrible noticia. La foto con la expresión horrorizada de Bush mientras su asesor le daba aquella noticia, recorrió el mundo. Los periodistas creyeron que el Presidente había recibido en ese instante la noticia de los ataques terroristas contra Nueva York y Washington. La Casa Blanca no hizo ningún intento de corregir ese error. En realidad, Bush fue informado de los trágicos acontecimientos en Nueva York doce minutos más tarde, cuando se encontraba fuera del alcance de los fotógrafos de prensa. La noticia que el

jefe de gabinete de la Casa Blanca había susurrado a su oído y que había producido esa expresión de horror y confusión, había sido el «nacimiento» técnico del primer hombre clonado a partir de un individuo muerto, el Soldado Desconocido del Cementerio Nacional de Arlington. Bush escuchó una noticia que destrozó su corazón: «El niño está bien, señor presidente... Pero es negro, señor presidente, ne-gro».

Fue así que Hiliodomiro del Sol, el Soldado Desconocido norteamericano, cubano de Santiago de Cuba, protagonizó la primera resurrección de la historia realizada por las manos del hombre. En la actualidad, el niño, que goza de excelente salud y come con un apetito voraz, está bajo el cuidado de especialistas del Pentágono, que no tienen la menor idea de qué hacer con él, tan retozón como es. Dean Talmond ha sugerido al presidente que tal vez la doctora Condoleezza Rice, o el general Colin Powell, estarían interesados en adoptar al niño y educarlo en los más puros valores norteamericanos. Pero el niño, que suele ser cariñoso con todos los que lo rodean, ha manifestado pavor por ambos personajes.

Mientras tanto, la comunidad de historiadores, enterada gracias a una filtración, del error cometido por el Presidente, ha puesto el grito en el cielo. Una reunión de historiadores ha calificado a Hiliodomiro del Sol de advenedizo, aventurero, intruso, y difamador, esto último por las revelaciones hechas al periodista cubano Pablo de la Torriente y recogidas por este en un libro titulado *Aventuras del soldado desconocido cubano*, que pasara inadvertido en el momento de su publicación, pero que ahora, a la luz de los últimos acontecimientos, ha cobrado súbita importancia. En el libro, Hiliodomiro del Sol cuenta cómo usurpó el puesto de Soldado Desconocido, y revela información confidencial acerca de la gloria histórica y los más ilustres próceres que la habitan. Los historiadores han calificado a este libro de verdadera bazofia literaria, originada por la envidia y el resentimiento de un vulgar gacetillero, sin ningún respeto por la veracidad histórica ni por las tradiciones patrióticas de otras naciones. «¿Qué sabrá un cubano de lo que es la historia?», exclamó un delegado francés. «¿Dónde queda Cuba?», preguntó otro delegado, alemán. «¡Pero si son unos indios todavía!», se ofendió un tercero, representante de Su Majestad Británica. «Fue un grave error dejarlos que andaran sueltos», señaló el delegado italiano, mirando de hito en hito a su colega español. *Aventuras del soldado desconocido cubano*, según dijeron los historiadores, es irrespetuosa y malintencionada, confunde hechos verídicos con otros puramente ficticios, juega insensiblemente con acontecimientos de la mayor gravedad e importancia, manipula arbitrariamente personajes reales, y tiene como finalidad hacerle creer al lector que todos los hombres gloriosos de la historia, aquellos que simbolizan el alma de las naciones, el espíritu de las épocas, el carácter de los pueblos, no eran más que unos ridículos hombrecillos vanidosos, indignos de la admiración de la gente común, en suma, «tipos de relajo» [sic] como el mismo autor del libro, en un único arranque de honestidad, califica a Hiliodomiro del Sol. En una declaración extraordinaria, la comunidad de historiadores puso este libro en su lugar dentro de lo que llamaron «discurso sociocultural contemporáneo» [sic]: una bufonada obscenamente subversiva, una cruel agresión contra el respeto y la moral, y un vil y alevoso ataque contra la mayor mentira de la historia, que es, aunque los historiadores no lo dijeran, la historia misma. En cuanto al presidente Bush, la asamblea acordó rebajar significativamente su protagonismo en la historia del presente período, ya en proceso de elaboración, como castigo por su flagrante ineptitud.

El humor de Pablo podía ser tremendo. En el prólogo a Bufo subversiva, Pablo «mató» a Roa, y dijo que había que celebrarle a este dos entierros, uno para sus amigos y otro

para sus enemigos. ¿Podría explicarme por qué Marinello habría de estar en los dos entierros?

En el cementerio de Colón, Marinello fue visto entre los amigos de Roa, uno más en la multitud. Pero mientras la concurrencia celebraba la entrada del difunto en el infierno —menuda guerra que les daría a los demonios—, Marinello pensaba en la gloria patriótica y en las tradiciones nacionales. Mientras aquella comparsa de guasones, ironistas y lengualargas se divertía imaginando cómo Roa organizaría una revuelta entre los condenados eternos, y pondría al mismo diablo a fregar con frenesí proletario las calderas de aceite, Marinello calculaba el lugar que el fallecido tendría en la Historia de Cuba. El pobre Marinello había preparado unas palabras para despedir el duelo en caso de que le encargaran tan dolorosa misión. Su bello discurso terminaría con una frase sublime:

El nombre de Raúl Roa será recordado como uno de los más excelsos de la hornada flamígera que, arrebatada y exultante, consumida por ígneos ideales apostólicos, alcanzó cumbres de inefable arrojo y de incoercible, hiperbólica, pasión épica, y que en la cúspide de los tiempos recibirá sobre su frente la insignia láurea que la inmortalidad reserva para los más ilustres epígonos y exégetas de la libertad.

Pero Marinello no tuvo ocasión de pronunciar su discurso, pues, en su lugar, fue designado para despedir el duelo Pablo de la Torriente Brau, quien, aunque conmovido, tuvo tiempo para hacerle un último encargo al muerto: «Raúl, mi socio, mira a ver si convences a Satanás para que le consiga puesto allá abajo a Batista».

En el entierro de Roa al que asistieron sus enemigos, también fue visto Marinello, con triste expresión en el rostro. La despedida de duelo había sido encargada a Jorge Mañach, pero a última hora este se disculpó y, no habiendo orador más notable y bien reputado entre la concurrencia, Marinello fue llamado para cumplir la dolorosa tarea. Ignorando por completo el humor de los presentes, Marinello pronunció el discurso que había preparado para el entierro anterior. Pero como viera que la concurrencia no aprobaba las insignias láureas ni mucho menos los ígneos ideales apostólicos del difunto, decidió agregar un último comentario, que hubiera enorgullecido al propio Pablo de la Torriente, aunque resultara absolutamente descorazonador para los presentes: «No se alegren, que este Roa es tan jodedor que es capaz de escaparse del cementerio por las noches para ir a halarle los pies de la cama a los imperialistas y a los burgueses». Pobre Marinello, siempre un poco fuera de lugar.

Pablo escribió, en un documento dirigido a un Congreso de artistas: «Pensamos que el arte no es más que una manifestación de la vida y que el artista, por tanto, no puede ser otra cosa que un intérprete de esta. Por ello, para nosotros no puede haber artista honrado, si no penetra con valor en la vida y a ella le arranca los temas para sus obras». Entiendo que ni Pablo, ni Julio Antonio, ni Rubén son referentes demasiado cercanos para muchos de los intelectuales jóvenes de este país. Aquellas palabras, ¿siguen siendo válidas?

Mella, Rubén y Pablo son famosos desconocidos. Los que ahora son jóvenes ignoran masivamente la historia y las hazañas de aquellos antiguos. Quizás, algunos de los jovencitos más despistados crean que Mella nació de su madre siendo ya de bronce, como en la estatua frente a la Universidad. Encuestas no oficiales aunque tal vez dignas de algún crédito, arrojan que el 70,87% de los jóvenes actuales solo sabe que Pablo murió en España y que fue ejemplo de combatiente internacionalista. Rubén es más conocido como ejemplo de intelectual revolucionario, pero lastimosamente, solo el 3,04% de los jóvenes han leído sus poemas y artículos. Mella es el más conocido, casi el

90% de los encuestados sabe que fundó el Partido Comunista y que fue ejemplo de luchador antimperialista. Es posible imaginar que algunos muchachos no sean del todo ignorantes, sino que estén confundidos, y piensen que Mella murió en la guerra de España, Pablo escribió poesías de amor y Rubén fue campeón de las regatas universitarias. O tal vez, que Mella estuvo en el presidio de Isla de Pinos, que Pablo padeció tuberculosis y Rubén murió al final de una huelga de hambre, asesinado por Machado con sus propias manos. La encuesta arrojó el inquietante resultado de que el 83,89% de los jóvenes tiene la curiosa idea de que Mella, Pablo y Rubén fueron una especie de castos y severos sacerdotes de la revolución, que pasaban los días consumidos de odio hacia el imperialismo y dedicados exclusivamente a su destrucción. Al parecer no se permitían siquiera una sonrisa, síntoma de superficiales alegrías mundanas, ajenas al objetivo central de su abnegada y heroica lucha. La encuesta no aclara cuántos de los jóvenes entrevistados eran intelectuales o presumían de serlo.

Comoquiera que Pablo no era virgen de casi ninguna alegría o tristeza humana producida por hombre o mujer, su mensaje acerca del arte y de la vida no debiera ser interpretado con la misma severidad disciplinaria que una tesis de la sección cultural del Comintern, cuyos funcionarios e ideólogos, según parece, creían sinceramente que los escritores revolucionarios solo debían escribir himnos de combate y novelas ejemplares, protagonizadas por la clase obrera en alianza con el campesinado. Teniendo en cuenta cómo vivió Pablo, su idea de la vida y de su relación con la literatura debió ser algo distinta de la que tenían aquellos dignos compañeros. Cuando hablaba de la vida, es probable que quisiera decir el mundo, la naturaleza, la tragedia moral del hombre. Cuando él hablaba de la revolución, posiblemente no quisiera decir solo el triunfo popular contra los explotadores, sino también la muerte y la redención, la soledad y la tristeza, la melancolía y la esperanza. La vida y la revolución en toda su dramática complejidad, desde el heroísmo de los grandes actos populares, hasta el desgarramiento y la soledad fatal de los que se apartan, de los que no participan, de los que realizan su propia historia al margen del movimiento colectivo o francamente contracorriente.

El valor que Pablo reclamaba de los escritores sería mucho mayor entonces que el de un simple propagandista que se arriesga a dar con sus huesos en la cárcel por escribir una novela-panfleto contra los poderosos. Es una forma de valor que tal vez no pueda comprender nadie más que un verdadero artista. El valor que hace falta para descubrir y mostrar a los demás la tristeza y la decepción donde se supone que reinan la alegría y la esperanza fervorosa, la corrupción donde debía haber entusiasmo y confianza, una lenta decadencia incubándose como un cáncer en las épocas de crecimiento. El valor que hace falta para contar historias de olvidados, de despreciados, de incomprendidos. El valor que hace falta para mirar el mundo y pensar en el pasado como nadie lo hizo antes, para descubrir la fragilidad de los mitos, la imperfección del heroísmo, la vanidad injustificada de la gloria. El valor que hace falta para tocar la verdad con la mano, la verdad que puede ser el corazón de un hombre solitario o el destino de un pueblo. El valor que hace falta para hablar de la belleza o del horror, en pleno reino del horror. Finalmente, el valor que hace falta para demostrar, desafiando el escepticismo y la desconfianza, los fundamentos y los ejemplos de la redención moral del hombre, su verdadero, ridículo, prodigioso heroísmo, y la grandeza de su pequeña inútil rebelión contra la muerte. Nada que ver con las tesis del Comintern. Por lo demás, lo que dice Pablo es una verdad de Pero Grullo: cada escritor es necesariamente un intérprete de la vida, hasta el que escribe poemas sobre la luna, hasta el que calla o miente. Si calla o miente, está contando la historia ejemplar de su propia mentira o de su propio silencio. Sería inútil tomar medidas al respecto.

Teté Casuso le diría a Pablo que se podía «pensar en la revolución, y amar las cosas bellas del mundo: ¡los árboles, las montañas, el mar, la noche, las flores, el sol y las estrellas!... Y que lo demás (era) sarampión marxista». ¿Podría usted definir en qué consiste este último concepto?

Sarampión marxista: enfermedad del sistema nervioso central que provoca una severa disfunción intelectual y un rápido y notable desajuste social.

Orígenes y causas: Fue primero observada por Carlos Marx a mediados del siglo XIX, en varios dirigentes partidistas, filósofos, ideólogos y propagandistas. Todavía en la actualidad estos grupos son considerados de alto riesgo, aunque la enfermedad se ha extendido a otras zonas de la población. Es endémica de reuniones, asambleas de balance, congresos y actividades de todo tipo, incluyendo las culturales. Su origen clínico aún es discutido, pero la mayoría de los expertos se inclinan por la hipótesis de que ciertas lecturas desatentas o francamente extremistas y aberrantes de Marx pudieran ser la causa.

Otros expertos la asocian con una enfermedad menor denominada *manualis konstantinovus*, o simplemente manualismo soviético, que se desarrolla de forma explosiva, como plaga, en escuelas, universidades, centros de estudio e investigación, organizaciones políticas y de masas y, en general, por la espina dorsal burocrática de la administración central del Estado.

También ha sido considerada la hipótesis de que el sarampión marxista no esté asociado con lecturas de Marx ni con actividad intelectual alguna, sino con la ignorancia más supina, el oscurantismo político, el abuso de poder, la reacción social y moral, la corrupción administrativa, la falta de transparencia democrática y el oportunismo mundo y lirondo.

Sintomatología: En fases tempranas de la enfermedad, el paciente puede manifestar creciente lentitud analítica, reiteración discursiva, deterioro lingüístico, incoherencia conceptual y dificultades para el pensamiento lógico. Si no es tratado en un período inicial de la enfermedad, el paciente puede alcanzar rápidamente el estado grave, caracterizado por una expansión extrema de todos los desórdenes psiquiátricos ya descritos, hasta el punto de que puede perder toda capacidad de comunicación con otros individuos. Es frecuente que en fases avanzadas, el sarampión marxista aparezca asociado a otras patologías, como el furor maníaco, caracterizado por «un fluir continuo de frases incoherentes, acompañado a veces por un espectacular empleo de gritos, vociferaciones, amaneramientos y provocaciones» (Artemov y Smirnova, 1953); la neurosis fóbica, que puede ser xenofóbica, homofóbica, sexo-fóbica, arte-fóbica, ideo-fóbica, humor-fóbica, gente-fóbica, otro-fóbica (Rumiántzev, 1956); y episodios esquizofrénicos agudos, reconocibles por «una escisión de la personalidad, en particular entre las funciones intelectuales y afectivas, y alteraciones en la formación de los conceptos con ideas delirantes y alucinaciones» (Krapelei, 1968).

A medida que la enfermedad se desarrolla, la conducta social del paciente suele experimentar grandes transformaciones. El enfermo deja de realizar actividades intelectuales creativas y se limita a las reproductivas, memorísticas o de imitación, en las cuales manifiesta una dedicación obsesiva. Asimismo, el enfermo se vuelve extremadamente susceptible, y desconfiado hacia todas las personas que lo rodean, a las que convierte en sus enemigos. Pierde toda capacidad de tolerancia, aceptación de las diferencias, negociación y diálogo.

Algunos casos extremos desarrollan patologías conspirativas y le echan a perder la vida a cualquiera que se les cruce por delante (Fontani, 1971). Es también común la pérdida de toda sensibilidad literaria, poética, ecológica, social, política, histórica y humana, cualidades que consideran afeminadas, antipatrióticas, e ideológicamente

diversionistas. El paciente de esta enfermedad generalmente se recluye en pequeños universos ilusorios creados por él mismo y rechaza tenazmente cualquier intento de ayuda que se le brinde. En fase terminal, el paciente puede perder todo vínculo con la realidad exterior, al punto de caer en coma social y fallecer históricamente.

Posología: Se recomienda la destitución inmediata de todos los cargos públicos y políticos. Interrumpir viajes al extranjero y toda forma de estimulación material. Eliminar privilegios y prebendas. Es probable que sea necesaria, incluso, la hospitalización en edificios populares multifamiliares, en los cuales el paciente podría realizar actividades intelectuales muy beneficiosas como el estudio del costo de la vida. Como parte del tratamiento, realizará lecturas profilácticas, a discreción del médico, aunque se recomienda fervorosamente atender la variedad y la calidad de los textos. En el momento oportuno, curso de reeducación política, y lecturas directas de textos de Marx y de otros filósofos y políticos marxistas, no marxistas, premarxistas, posmarxistas y antimarxistas. El tratamiento puede concluir con la reintroducción del paciente en sociedad, en sitios altamente beneficiosos para la cordura política como fábricas, cañaverales, construcciones o servicios comunales.

Observaciones. Algunos pacientes pueden experimentar recaídas, si se sigue un tratamiento inadecuado o blandengue, consentidor y paternalista, o simplemente cómplice, hipócrita y encubridor. Es muy frecuente, además, que el tratamiento recomendado provoque reacciones extremas, como que el antiguo paciente de sarampión marxista se transforme de la noche a la mañana en un vulgar agitador contrarrevolucionario. En esos casos, el sarampión marxista pudiera haber sido confundido con un caso simple de deshonestidad y doble moral. (Wajciek, 1980; Grivachov, 1985; Hyörg, 1989; Díaz, 1990).

Bibliografía clínica. Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Adorno, Benjamin, Marcuse, Freud, Fromm, Lukacs, Brecht, Gramsci, Althusser, Sartre, Pasolini, Guevara, Castro, Foucault, Baudrillard, Poulantzas, entre muchos otros. También, especialmente recomendables, Bulgakov (*Corazón de perro* y *El maestro y Margarita*), Pasternak (*Doctor Zhivago*), Orwell (*1984* y *Rebelión en la granja*), Kundera (*La broma*), Solzhenitzsin (*El Archipiélago Gulag*), Díaz (*Las iniciales de la tierra*).

Teté le escribió una carta a Pablo, cada día, durante los dos años de prisión de este. ¿Se puede decir algo diferente cada día?

Los que escriben cartas de amor se vuelven infinitamente locuaces. Casi tanto como los cronistas de la revolución. Para los enamorados, cada palabra dicha por el amado o por la amada es importante, cada recuerdo tiene un interés extraordinario, cada opinión parece tan relevante como si la hubiera dicho un presidente o un ministro. Para los cronistas de la revolución, cada pequeño incidente puede ser trascendental, y cada simple individuo resulta curioso, ya sea un entusiasta militante, ya sea de los apartados, de los que están fuera del juego. La revolución, así como el amor son temas inagotables, de una vastedad inderrotable. Además, el que escribe cartas de amor, como el que escribe crónicas de la revolución, se queda siempre no solo con la impresión de haber escrito muy poco, sino también con la de haber omitido u olvidado lo fundamental. Cuando el enamorado siente que ya no le queda nada por decir a su amada o amado, y el cronista de la revolución que ya ha contado lo más importante y que solo le quedan anécdotas completamente prescindibles, es que el primero ya no está tan enamorado, y el segundo comienza a volverse un poco contrarrevolucionario.

El amor y la revolución, mientras duran, provocan el mismo efecto de una infatigable curiosidad, en el que cuenta las historias y en el que las lee. Así sí se puede escribir algo nuevo todos los días, incluso si quien escribe no es un escritor profesional, con la

disciplina de inventar todos los días amores y revoluciones de ficción. Pero, por mucha disciplina profesional que tenga, el escritor no podría inventar sus historias si no tuviera una cualidad que puede tener también cualquier hijo de vecino, vivir mucho, no más tiempo, sino más vida. Esa sensibilidad hiperbólica de los niños, que encuentran asombrosos los hechos más comunes y misteriosos, y atractivos los personajes más aburridos. Curiosidad y agudeza que algunos adultos conservan hasta la muerte, principalmente los enamorados y los revolucionarios. Si se vive así, viendo y sintiendo tanto y tan profundamente, apenas alcanzará el tiempo para contar la millonésima parte de todo lo vivido. No en balde Teté Casuso escribía una carta todos los días. Y tal vez hubiera podido escribir diez. O mil, si le hubiera dado tiempo. Ojalá fuera posible escribir todo el tiempo de la vida, sin perder un solo segundo, aunque sin dejar al mismo tiempo de vivir mucho, muy intensamente. Escribir como respirar. Y aun así, probablemente al final todo estaría aún por ser dicho.

El «gran bosque de la imaginación» de Pablo se incendió con la idea de irse a España. Y allá fue, contento como un adolescente, concentrado y recio en la conciencia de la muerte posible. ¿Qué vieja aria de amor guardará su recuerdo?

Para Pablo, Chreyl Studer cantaría «La muerte de Isolda», de *Tristán e Isolda*, de Wagner, que seguro él escuchó alguna vez en el Teatro Nacional, o en un disco:

*Mild un leise
wie er lächelt,
wie das Auge
hold er öffnet-
seht ihr's, Freunde?
Säh't ihr's nicht?
Immer lichter
wie er leuchtet,
stern-umstrahlet
hoch sich hebt?
Seht ihr's nicht?
Wie das Herz ihm
mutig schwillt,
voll und hehr
im Busen ihm quillt?
Wie den Lippen,
wonnig mild,
süßern Atem
sanft entweht-
Freunde! Seht!²*

² «¡Cuán suave y dulcemente él sonríe, cuán afectuosamente abre los ojos! ¡Lo ven, amigos? ¿Acaso no lo ven? ¡Ved cómo él brilla, deslumbrante, subiendo a lo más alto mientras las estrellas centellean a su alrededor! ¿Acaso no lo ven? ¡Ved cómo su corazón se hincha de orgullo y lleno de coraje, palpita en su pecho! ¡Ved cómo por sus labios, suave, gentilmente, fluye el aliento! ¡Miren, amigos!».

La soprano invisible cantaría el aria mientras atardece sobre La Habana, el aire traería su voz del mar, o del cielo, y la llevaría por toda la ciudad. Justo en ese momento, un muchacho que se puede llamar Pablo o José o Manuel o Juan, escribiría una carta que diría así:

A V. le conté el día en que finalmente sentí que recuperaba la ciudad de mi memoria y de mi amor, el día que vi el atardecer de La Habana desde el Morro, mientras leía a Lezama y escuchaba las guasas de los pescadores aburridos. Entonces, al ver elevarse la robusta columna de luz desde la ciudad al cielo, al ver el entretejido de colores brillantes detrás de la muralla de edificios, al ver el sol hundirse en el mar y dejar paso a la noche profundamente estrellada, reconocí mi viejo amor perdido, mi juventud casi terminada, mis sueños, mis pobres esperanzas, mis queridos fantasmas, aquellos que están irreparablemente lejos de la ciudad muerta. Un barco pasó, rumbo a algún puerto extranjero, y los marineros, asomados a estribor, me miraron con curiosidad, extraño muchacho de pie en la punta del castillo, de frente a la ciudad, como si estuviera a punto de arrojarse al mar.

La situación en Cuba es tal, que a veces parece el país presa de un delirio interminable. Pero, ¿sabes?, el atardecer de La Habana sigue siendo tan hermoso y tan triste como tú lo recuerdas, el más hermoso y el más triste del mundo. Nada, nadie, ha podido ensuciarlo.

Que se le regale a Pablo el atardecer de La Habana mientras Cheryl Studer canta «La muerte de Isolda».